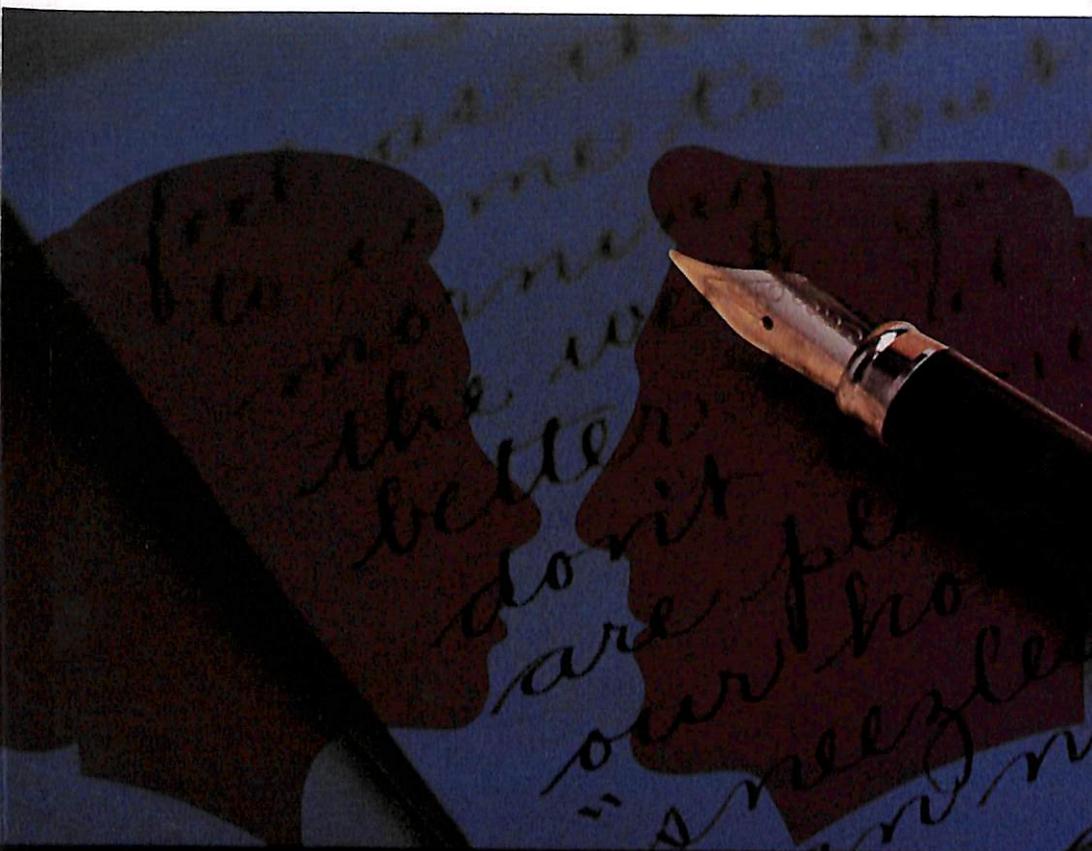


LECCIONES DE SEXOLOGÍA

CARLOS MONCADA OCHOA



NOVELA
CONCURSO DEL LIBRO SONORENSE 2014

SONORA
INVENTO Y CREO QUE ME VA



Carlos **Moncada** Ochoa

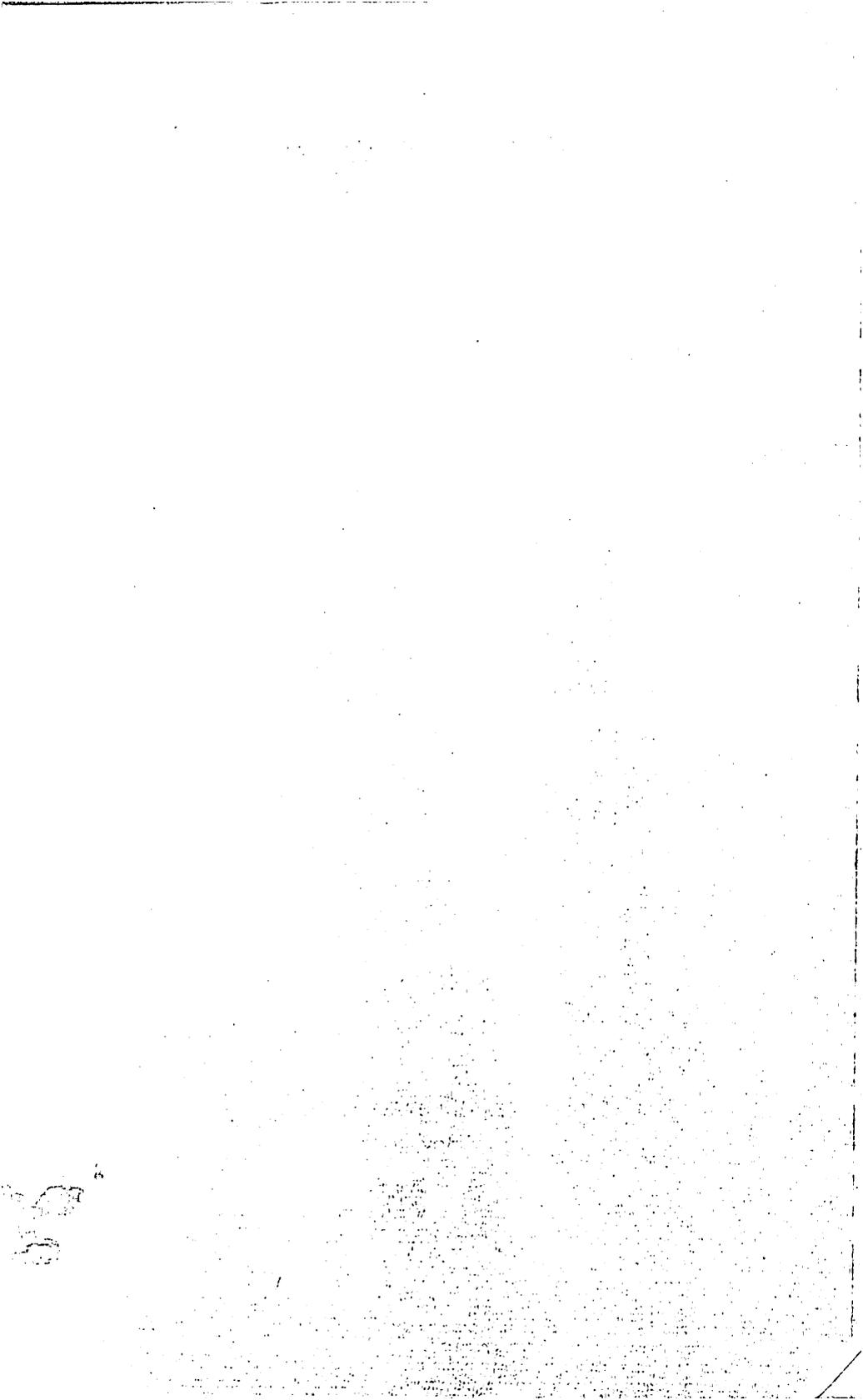
(Cd. Obregón, Sonora, 1934)

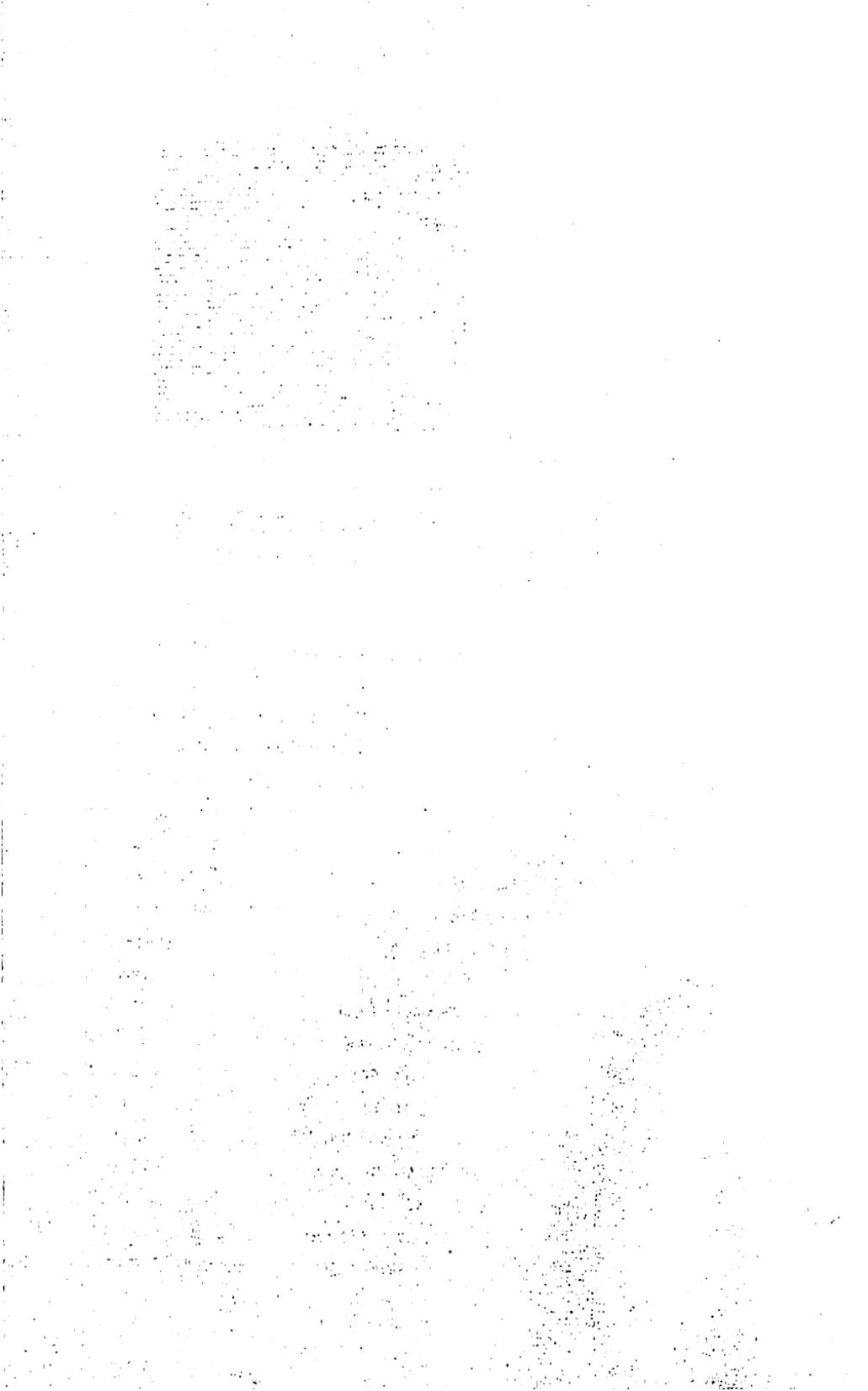
Se ha dedicado a la literatura y al periodismo en Sonora y en la Ciudad de México, incluida la cobertura en Nicaragua, durante la emergencia del sandinismo, para el diario *Unomásuno*.

Ha incursionado en la narrativa, la crónica y el ensayo y, en un par de ocasiones, la biografía. Ganador del Concurso de Cuento que se celebra en Puebla, en 1971, y en ocho ocasiones, del Concurso del Libro Sonorense. Es también apasionado investigador de la historia política de Sonora, siempre con enfoques periodísticos.

Aunque comenzó a escribir a temprana edad, había rebasado los 70 años cuando se aventuró con su primera novela, *Venus de manos rojas*, premiada en 2012. Fue igualmente triunfadora la segunda, *Lecciones de sexología*, 2014, que hoy se publica.

Su libro reciente que debe estar comenzando a circular es *Club de lectores*, en el que cuenta cómo y qué comenzó a leer en la adolescencia y qué y cómo ha seguido leyendo hasta su octogenaria edad.





Lecciones de sexología

Concurso del Libro Sonorense 2014
Novela



Instituto Sonorense de Cultura

Lecciones de sexología
Carlos Moncada Ochoa
Concurso del Libro Sonorense
Novela 2014

ISBN: 978-607-7598-96-1
Primera Edición

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA
Lic. Claudia Pavlovich Arellano
Gobernadora Constitucional

Lic. Ernesto de Lucas Hopkins
Secretario de Educación y Cultura

Mario Welfo Álvarez Beltrán
Director del Instituto Sonorense de Cultura

Mtro. Josué Barrera Sarabia
Coordinador Editorial y de Literatura del Instituto Sonorense de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA
Rafael Tovar y de Teresa
Secretario de Cultura

Antonio Crestani
Director General de Vinculación Cultural

Edición: Gabriela Soto Soto
Diseño editorial y de portada: Aarón Alejandro Lima
Fotografía de solapa: Conrado Quezada Escandón

©D.R. Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro
Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000
literatura@isc.gob.mx
Impreso en México

Lecciones de sexología

Carlos Moncada Ochoa



Instituto Sonorense de Cultura



La lección del experto

—Me acerco, señoras y señores, al final de esta larga conferencia, y veo con pena que tendré que cerrarla con la confesión de un fracaso. Y es que he disertado durante más de una hora sobre diversos aspectos del amor, de su posible origen, evolución, efectos —y dejaré pendiente, porque no quiero ponerlos tristes, su desvanecimiento—, y soy incapaz de definirlo. Si preguntamos qué es el amor a un joven soltero y a un anciano, a una pareja de recién casados y a un matrimonio que se ha mantenido estable varias décadas..., si hacemos la pregunta a un obrero pobre y a un rico hombre de negocios, a un homosexual y a una lesbiana..., ninguna definición coincidirá, sin contar con que no darán una auténtica en los términos que exige el viejo Aristóteles: el género próximo de lo definido y la diferencia específica que lo distingue de otros estados del alma. Se limitarán a describir, cada uno, su experiencia. Abrigo la esperanza de que en la parte siguiente de esta velada, para mi muy grata, que se destinará a las intervenciones del público, uno de ustedes nos proporcione la definición del amor que tanto he buscado.

Dio las gracias a la asociación que lo había invitado a este foro de su estado natal, del que no había huido por el calor —el chiste era obligado—, sino por el anhelo de superarse en una profesión con la que de alguna manera beneficiaría a sus coterráneos.

Le aplaudieron entusiasmados, y mientras se inclinaba con gentileza, vio que la presidenta de la agrupación, doña Carmela de Fernández, subía los cinco peldaños del proscenio con un amplio vestido que disimulaba su gordura, sonriente, cargada de collares, pulseras, reloj, aretes con brillantes, feliz, como si el éxito fuera suyo.

La presidenta anunció que el doctor en psiquiatría

Ángel Rodríguez Johnson respondería las preguntas que le formularan y acomodó con habilidad el comercial:

—Enseguida compartiremos en el patio un vino de honor y podrán ustedes adquirir su libro *Sexología del amor*.

A su lado, el conferenciante se pasaba por la frente un pañuelo con las siglas de su nombre bordadas, no porque hubiera sudado —el aire acondicionado de la sala se pasaba de frío—, sino para lucir sus manos largas y finas, más jóvenes que su dueño.

Levantaron la mano cinco mujeres y dos hombres.

Lo de siempre: las que causan el problema son las más interesadas en conocer las soluciones, pensó.

Una de las edecanas, veinteañera, esbelta y fresca, se desplazó con rapidez y puso el micrófono inalámbrico en manos de un caballero cincuentón, de traje claro y corbata cara con el nudo mal hecho.

—En su opinión, ¿son más infieles los hombres que las mujeres?

Hubo risas y comentarios en voz baja. El ambiente se distendió.

Qué bueno. Me cae de a madre que el público se ponga solemne.

El doctor Rodríguez sonrió.

—Si quisiera quedar bien con las damas, citaría la opinión de Schopenhauer, que aunque habla con desdén de las mujeres, sostiene que por naturaleza son fieles, y al revés, los hombres. Pero este filósofo se fue del mundo hace un siglo y medio. Nuestra sociedad nada tiene que ver con la suya. Plantémonos, pues, en la actualidad. Tomando en cuenta que la infidelidad del marido implica la existencia de "la otra", y la infidelidad de la mujer la intervención "del otro", las matemáticas nos obligan a reconocer, en principio, que hay un empate de infidelidades.

—¿Ya hizo una encuesta? —preguntó desde su butaca, sin tomarse la molestia de pedir la palabra, una mujer madura.

—En mi libro encontrarán varias encuestas realizadas en diferentes fechas, con habitantes de diversas ciudades del país y en grupos de niveles culturales y posiciones económicas distintas. En todas los hombres figuran como los más infieles.

Las mujeres batieron palmas, encantadas. El conferenciante esperó que se apagarán los murmullos.

—Pero aunque incorporé las encuestas por exigencia metodológica, asiento la puntual observación de que no las avalo. Muchos hombres mienten, por orgullo machista, sobre el resultado de sus conquistas. No es siempre verdad que se han acostado con las mujeres a quienes pretenden. No sólo atentan, así, contra la reputación de esas damas sino también contra la estadística.

Otra vez se agitaron las mujeres, pero el doctor no se detuvo, sólo elevó la voz para dominar los murmullos.

—Las mujeres, en cambio, tienden a ocultar sus deslices y alteran, igualmente, los resultados. Y esto, a pesar de que en los últimos años la discreción se ha relajado. Las amigas de la esposa que se queja de que su marido la engaña no vacilan en recomendarle que le pague con la misma moneda. Y si la engañada lo hace, la felicitan por su atrevimiento, a veces no porque la admiren sino porque desahogan sus propias frustraciones a través de la conducta ajena. El cambio se advierte también en el lenguaje. Hasta hace pocos años, cuando el varón lograba la conquista plena de la mujer asediada, lo informaba, petulante, a sus cuates con una expresión grosera: "Me la tiré". Ahora, aunque no son casos frecuentes, hay mujeres que cuentan, divertidas, a sus amigas: "Pues anoche salí a tomar unas copas con Fulano y me lo tiré", es decir, asumen el papel de quien posee, no de quien es poseída.

Se había hecho el silencio.

El conferenciante ofreció disculpas para el caso de que al-

guien considerara fuertes los términos usados. Se movieron algunas cabezas para indicarle que no se preocupara.

El micrófono estaba ya en las manos blancas y delgadas de una muchacha con aire de estudiante universitaria; él le rogó, con un ademán, que esperara; buscaba entre las tarjetas que había preparado, y que por primera vez consultaba, el complemento de su respuesta,

—Ahora, es cierto que los adulterios han sido origen de escándalos, separaciones, crímenes, pero en su gran mayoría pasan inadvertidos. Esto piensa una mujer en la novela *El jinete polaco*, del autor contemporáneo Antonio Muñoz Molina:

Algunas veces lo engañé. Pero volvía a casa por la noche y lo encontraba dándole la cena al niño y me moría de vergüenza al ver con qué naturalidad se creía el embuste que yo había inventado para justificar mi retraso. Era tan íntegro y tan feliz que no podía imaginarse que yo lo engañara. Pero no es un crimen no querer a alguien.

Puso a un lado la tarjeta. Invitó a hablar a la joven.

—Mi novio está casado y me jura hasta las lágrimas que no puede divorciarse, no porque ame a su mujer, sino por lo mucho que ella lo ama; divorciarse la destruiría. ¿Qué me aconseja usted?

—Si me asegura que su novio no se encuentra en esta sala, le contestaré con entera franqueza.

—No, no está aquí.

—Entonces, le sugiero que lo mande al carajo y se busque otro novio.

La sala se volvió un manicomio de risas, aplausos y chillidos jubilosos. El conferenciante disfrutaba, pero adoptó un tono serio:

—Ésa es una decisión a la que usted misma, estoy seguro, habría llegado; yo coopero con un empujoncito. Pero tengo la obligación, como científico, de informarles que hay opiniones serias en el sentido de que se puede amar, al mismo tiempo, a dos personas diferentes, porque el amor es para uno solo; cuando un amante lo dirige a A y se agota, lo dirige a B y se robustece. Y en este juego puede suceder que coincida el enfoque hacia los dos. Permítanme que acuda otra vez a la sabia literatura.

Echó mano otra vez de las tarjetas y leyó nueve líneas de una de las novelas *Cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell

El amor que usted siente por Justine no es un amor diferente inspirado por un objeto diferente, sino el mismo amor que siente por Melissa y que trata de realizarse por intermedio de Justine. El amor es terriblemente estable, y a cada uno nos toca una cierta porción, digamos una ración. Puede presentarse en infinidad de formas y volcarse en una infinidad de personas. Pero es limitado en su cantidad, se gasta, se aja y estropea antes de haber alcanzado su verdadero objeto. Su meta está en una de las regiones más recónditas de la psiquis, donde puede llegar a reconocerse como un amor a sí mismo, fundamento sobre el que alzamos una especie de salud del espíritu.

—Y tengo aquí también, me arriesgo a aburrirlas, una cita de *Un corazón de mujer*, de Paul Bourget, un francés un tanto olvidado que fue el príncipe de la novela psicológica:

—¿Qué me ha amado? —repitió Casal— ¡Si por lo menos yo estuviera seguro de ello.

—Pues ciertamente te ha amado.

—¿Y al otro?

—Al otro también.

—No, eso es imposible; no hay sitio en el corazón para dos amores.

—¿Por qué no? —dijo Lord Herbert, alzando los hombros y encendiendo enseguida su pipa.

Comenzó a incomodarlo que la edecán no le diera el micrófono al hombre joven que había levantado la mano desde el principio, pero no lo objetó porque acababa de apoderarse del aparato la mujer más bella de las asistentes.

—¿Podría explicarme por qué, si la ciencia ha avanzado tanto que los hombres exploran ya los planetas más lejanos, no se ha inventado un aparato que detecte las promesas mentirosas antes que caiga una en la trampa del matrimonio?

¿Y por qué hacen las mujeres guapas las preguntas imbéciles?

—Si se refiere usted a promesas como “si me aceptas, te amaré toda la vida”

¡Dios mío, qué rostro perfecto!

Contesto que puede utilizarse el polígrafo o detector de mentiras que usa la policía para investigar a los delincuentes. Pero el caballero que le jure amarla para toda la vida saldrá airoso de la prueba, porque estos aparatos no adivinan el futuro. Es verdad que el amante está seguro, en este momento, de adorarla siempre, pero no puede predecir, quizá ni sospechar, que ese gran amor se extinguirá. Desde luego —coqueteó— no le deseo eso a usted, me limito a ejemplificar con supuestos.

La presidenta de la asociación intervino para señalar que sólo se admitirían dos preguntas más: “la de nuestro amigo el periodista Antonio Castellanos, que nos ha apoyado en la difusión de este hermoso evento, y la de nuestra respetada amiga doña Marcela de Pérez Sojo”. Luego seguirían platicando con el doctor Rodríguez mientras autografiaba su libro.

El periodista era el que había estado solicitando la palabra; se puso de pie, con el desparpajo un tanto insolente propio de los de su oficio, y disparó:

—Usted es uno de los sexólogos más prestigiados del

país, doctor, y también debe ser uno de los más felices, porque seguramente aplica en su vida privada las sabias enseñanzas de su libro. ¿Es así?

El conferenciante sonrió levemente y dijo con voz clara:

—Mi vida privada... es privada.

Los dos hombres se miraron en silencio unos instantes. Finalmente, el periodista se encogió de hombros y se sentó.

La señora de Pérez Sojo rompió el curioso paréntesis con su pregunta:

—Su conferencia ha sido magnífica, doctor, muchas gracias. Pero le confieso que me siento frustrada por la falta de definición del amor. No entiendo cómo se puede disertar sobre el amor sin precisar qué es. Me atrevo a pedirle que intente definirlo relacionándolo con los valores, que al fin de cuentas constituyen el sostén y guía de nuestra existencia.

Lo que faltaba: un sermón.

—Que no se pueda, en opinión de este servidor, definirlo con palabras, es una cosa, y otra, diferente, que estamos seguros de la existencia del amor, puesto que lo sentimos. Es el eje en torno del cual giran nuestras vidas, y en ocasiones el vendaval que las destruye. En cuanto a los valores, que respeto y reconozco, afortunados aquellos que bajo su limpia luz viven su amor. Pero hay amores ciegos y sordos a las virtudes que pregona la moral. No las reconocen o simplemente las ignoran. En la maravillosa *Saga de los Forsythe*, el inglés John Galdsworthy reflexiona sobre el romance una dama casada, de conducta hasta entonces impecable, con un joven arquitecto. Leo la cita:

En la seguridad nacida de muchos matrimonios inofensivos, se había olvidado que el amor no es una flor de invernadero, sino una planta silvestre, nacida de una noche húmeda, de una hora de luz solar. Una planta que brota de una semilla silvestre que, cuando florece por casualidad en nuestros jardines, llamamos flor, y cuando lo hace fuera, llamamos cizaña; pero, flor o cizaña, su perfume y su color siempre son salvajes.

Resonaron los aplausos y algunos gritos de mujer en el salón. Las más emocionadas se levantaron para subrayar el homenaje... El psiquiatra Rodríguez Johnson, de pie también, movía los labios para que en ellos se leyera *gracias, gracias*. Inclino la cabeza de abundante cabellera entrecana, que en pocos años estaría blanca por completo. Se quitó los lentes y descubrió sus ojos café claro enmarcados por cejas muy arqueadas. Acomodó en el rostro una agradable sonrisa. Algo quedaba del don Juan.

II

Prostitución visual

Arrellanado en el viejo sillón de madera, Antonio Castellanos observaba a través del cristal de su cubículo, la sala de redacción. Se preguntó si era una auténtica sala de redacción, silenciosa y desierta.

Había llegado a este periódico algo más de diez años atrás; entonces, sí, la redacción era un cuerpo vivo, sobre todo por la tarde y las primeras horas de la noche. El tecleo en las máquinas de escribir era música, igual que los gritos y maldiciones de los reporteros, que sólo bajaban de tono cuando el director se dignaba salir de su despacho para ir al escritorio de uno de ellos... a regañarlo, claro. No le había tocado a él nunca el jalón de orejas. Siempre había sido eficaz y laborioso, obsesionado en la persecución de la noticia. No por milagro era ya jefe de información.

Ahora no se escuchaban teclazos, sino toques débiles a las teclas de las computadoras, y rara vez coincidían más de tres reporteros en la sala de redacción. Desde las fuentes informativas enviaban por Internet las notas calientitas, y por sus *iPads* o sus *tablets*, de una vez con las imágenes correspondientes. A las oficinas iban a reportarse para recibir órdenes de trabajo o a cobrar los sábados. No más.

Ensimismado, no advirtió que había entrado al cubículo Patricia hasta que ella le pasó la mano delante de los ojos.

—Si vas a dormirte, por lo menos cierra los ojos —le dijo—. ¿Qué maldad estás planeando?

En lugar de contestarle, movió un poco la pantalla de la computadora para que leyera lo que llevaba escrito.

Patricia, una chamaca curvilínea de poco más de veinte años se inclinó con desparpajo dejando que la falda se untara a su trasero. Leyó la crónica de la conferencia en unos segundos y levantó su cara bonita, limpia de maquillaje.

—Según lo que escribes, el tipo es un genio. Un genio perverso, agregaría. No me explico por qué no quisiste que te acompañara. Me habría comprometido a no intervenir, a permanecer muda. Porque aunque no lo soporte, no niego que en su especialidad es un fregón; y lo que él diga, y el estudio de sus gestos, sus reacciones, es fundamental para mi trabajo. Lo sabes.

—Y sé también que lo quieres hacer caca —replicó Antonio, volviendo la pantalla a su posición normal—, en lo que sólo estoy de acuerdo a medias. Fue una conferencia entretenida y lo elogio sin ganas, más bien por el compromiso con las señoras de la asociación. El maldito viejo me puso en ridículo.

Le contó que lo había dejado con la palabra en la boca.

—Y sólo me miraba, burlón, hasta que me senté. Más tarde, en el patio, le pedí una entrevista, ya no sobre su vida sino sobre su libro, y anduvo dándome descolones ingeniosos, que hacían reír a su montón de admiradoras, pero sin decirme de plano que no. Lo que le interesa al viejo coqueto es quedar bien con las mujeres, y no ha de faltar una...

Se detuvo y se quedó viendo la fresca sonrisa de Patricia, sus brazos redondos cuya desnudez exhibía una blusa sin mangas, la curva de sus senos apretados. Hizo rodar el sillón hacia atrás para verla mejor mientras su expresión de molestia se transformaba en risa.

—¡Tú me servirás! —le dijo.

—¡Órale, háblame claro! —exclamó la muchacha.

Todos en la redacción la veían con deseo y estaban pendientes de sus contoneos y su descuidada manera de sentarse. A ella la halagaba la admiración que provocaba alrededor pero a nadie dejaba pasar de los piropos. Sin contar con que Antonio, que rebasaba su edad con varios años, no habría permitido que alguien le faltara al respeto.

—El doctorcete —le explicó— se fue por tres días a Guaymas. No sé qué se le perdió allá. Parece que hizo su

servicio social en la región.

—En Empalme —acotó ella.

—Cuando vuelva, la asociación le ofrecerá una cena y luego dará una segunda conferencia antes de volver a México.

—¿Y yo, qué?

—Tú te pondrás excepcionalmente cuero y me acompañarás a la cena. O no, no, irás con un vestido sencillo, como si acabaras de presentar el último examen de Prepa, y me ayudarás a convencerlo de que nos dé la entrevista.

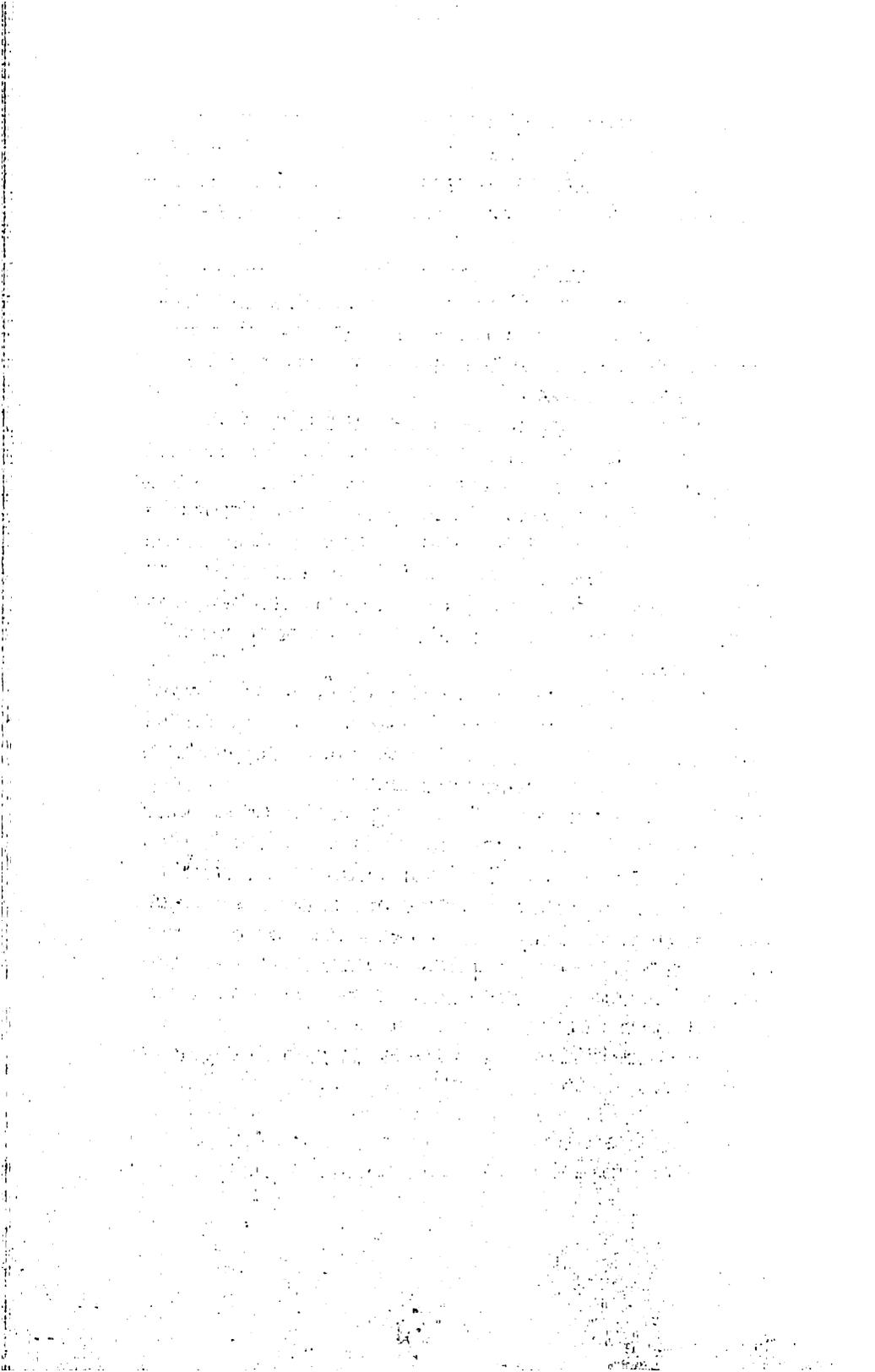
—Te ayudaré, ¿cómo?

—Sólo tendrás que sonreírle y dejar que te mire.

Además de sus atributos corporales, Patricia era inteligente y compartía con Antonio un interés en el doctor Rodríguez que no sólo era periodístico. Preparaba su tesis sobre sexología para concluir la Maestría en Ciencias Sociales; las teorías del psiquiatra eran su principal objeto de estudio, no porque las aprobara sino por lo contrario: las consideraba cínicas y se aprestaba a hacerlas papilla.

Antonio confiaba, y esto a ella le parecía absurdo, en que la entrevista le serviría para obtener una orientación del psiquiatra sobre la bronca sentimental que lo atormentaba. Su mujer, de la que se había separado meses atrás, lo seguía para hacerle escenas en cualquier lugar de la ciudad, sobre todo cuando iba acompañado de la muchacha con la que el periodista vivía. Era "una telenovela de pueblo", se burlaba la reportera. Comprendía, sin embargo, que Antonio quisiera escapar de aquella situación sofocante que no era, en sí misma, un problema grave, pero sí cuando la sociedad chismosa en la que vivían lo observaba con lentes de aumento.

Se pusieron a planear una estrategia para conseguir la entrevista.



III

¿Hay una fórmula para seducir?

Pasaban unos minutos de la medianoche cuando dejó la carretera internacional, la 15, y dobló al bulevar que lo llevaría a San Carlos, donde le habían reservado una habitación. Con el pretexto de que necesitaba trabajar un par de días y al mismo tiempo, disfrutar del mar, dijo a los directivos de la Asociación que no cenaría; había optado por dormir unas horas y salir de madrugada a Guaymas en un auto previamente alquilado. Pero en cuanto calculó que sus anfitriones se habían alejado, metió algunas prendas de vestir a la maleta y salió volando a la carretera.

Ahora, en el hotel, a un centenar de metros del mar, que la oscuridad no le permitía ver, escuchaba el monótono oleaje a pesar del ventanal cerrado.

Le hastiaba la similitud de las preguntas que le hacían en todas las conferencias. Comenzó a desvestirse mientras recordaba algunos de los rostros que había conocido en Hermosillo. Rostros de mujeres.

Cerró los ojos. Unos recuerdos jalaban otros recuerdos.

No se puede aprender a amar en cabeza ajena ni librar las batallas del amor sin salir herido o golpeado. ¡Y estas mujeres me piden recetas para hacerse amar y mantener el control de la relación! Qué bueno que me hacían preguntas y observaciones mientras firmaba libros; tenía pretexto para contestarles con brevedad, y a veces, para fingir que no escuchaba. Pero el truco dejó de funcionar cuando amainó la firmadera. Doña Fulana de Pérez Sojo, la rica dama preocupada por los valores, que me había estado cazando, me soltó este torito:

—Nos ha dejado claro que no quiere ventilar su vida privada, pero ¿se puede saber cuando menos si es casado?

—No, señora.

—¿No? —se le demudó el rostro porque entendió: “no, no se puede saber”, y me apresuré a aclarar:

—Sí, sí lo puede usted saber; no, no estoy casado actualmente. Y la del rostro hermoso (¿Aurora, me dijo? ¿O Aurelia?):

—Pero lo ha estado. ¿Cuántas veces?

—Tres.

Y la estudiante universitaria:

—¡Tres! Los hombres cuando mucho conquistan una mujer, pero usted cerró su récord con tres. ¿Cuál es su fórmula?

Y el más pendejo fui yo, que con tal de lucirme con una respuesta ingeniosa, sin prever las consecuencias, repliqué:

—¿Cerraré mi récord? ¿Por qué me limitas?

Hubo una lluvia de frases cursis y tontas de las mujeres que me habrían hecho huir si hubiera tenido el valor de alejarme de aquel rostro (Aurora, no Aurelia)... combinado con hombros blancos que parecían brillar, en contraste con el verde oscuro de su blusa y el escote de ¡imagínate lo demás! En fin, cosas del oficio.

El muchacho que lo condujo a la habitación había regulado con tino la temperatura. La amplia cama le prometía un descanso reparador. Se acostó y apagó la luz. Juguetearon en su mente las últimas imágenes.

¿Hay una fórmula para seducir? Esa es la palabra que no se atreven a utilizar; seducir. Deben sentirla pecaminosa. Y lo es. La conquista implica ganarse la voluntad y la simpatía de alguien. Seducir significa llevarla a la cama mediante estratagemas. Hay mujeres y hombres que me han presumido su táctica personal. Un compañero médico me describió la suya: dejaba frases elogiosas, a veces versos ajenos, en las servilletas del restaurante, a las meseras guapas o se las daba a amigas piernudas —usó esa expresión— cuando se marchaban de una reunión. “Las palabras vuelan o no las escuchan bien”, explicaba muy serio, como si dictara una receta de cocina, “pero las escritas las leen una, dos, varias veces, y causan efecto prolongado. Reaccionan tarde o temprano”.

Una no dio señales de haber leído el romántico mensaje, ni le

respondió, ni hizo la menor alusión cuando se lo encontró después. Y se enamoró localmente de esa muda o indiferente. Yo no supe contener el sarcasmo: ¿te aseguraste de que sabe leer?

Hay mujeres que se pasan de listas. Provocan al enamorado y juegan con él, ceden un poco, digamos, uno o dos besos, el rápido apretón de un seno y luego se niegan a seguir. Pero suelen quemarse con el fuego con el que hacen malabarismos, si no con ese enamorado, con el siguiente.

No recuerdo haber hecho un plan para seducir una mujer. Todo ha sido fácil, o más bien, natural y espontáneo. Es como si al encontrarnos, ella y yo, operara un acuerdo tácito que intuimos y acatamos. Fue así desde la primera vez que me acerqué a una mujer con intenciones sexuales..., intenciones confusas aún por mi extrema juventud.

Tenía trece años y la niña que se hallaba acostada en la recámara vecina, once o doce. Mi madre, mis hermanas y una amiga se habían ido a una fiesta y habían dejado a la chica, hija de esa amiga, supuestamente al cuidado de mi padre, que trabajaba en su gabinete. No se acostaría hasta que ellas regresaran. A oscuras, me dirigí a la cama de la pequeña y en un susurro le advertí que la tocaría. Yo seguía un impulso ciego pues ponía las manos al azar en su cuerpo y percibía, por ocasión primera, la magia, no de palpar un sitio concreto de su físico, sino de descubrir el límite de un cuerpo distinto, hecho de otra materia, con reacciones similares a las mías que ni yo ni ella comprendíamos.

Era mágico también que el instinto la convirtiera en mi cómplice. ¡Qué drama familiar hubiera estallado si ella, asustada, hubiera gritado y mi padre hubiera acudido a ver qué pasaba! Sintonizamos nuestros instintos en la misma frecuencia. Y en los años siguientes... le he dado muchas vueltas a esa inocente iniciación y me gusta recordarla. Pero debo dormir. Aunque...

Hizo un esfuerzo para sacar una conclusión antes de hundirse en el sueño:

Mientras muchos trabajan en el huerto, yo me he sentado al pie del árbol aguardando que caiga la fruta madura... Muchos amores sin raíces profundas.

IV

Las mujeres causan adicción

Ángel Rodríguez Johnson era hijo de médicos: un especialista en males del aparato respiratorio, originario de la Ciudad de México, y una pediatra norteamericana. Se conocieron en un congreso médico celebrado en Acapulco y en breve tiempo se casaron. Fue una decisión sensata. En la primera y única visita que hizo el novio a sus suegros, en Boston, comprendió que un noviazgo prolongado agotaría sus ahorros y aprovechó la oportunidad para pedir su mano.

La doctora gringa, rubia, alta, bien formada, alegre y sana, veinte años más joven que su marido, se vino con gusto a vivir a la capital. Cantaba y bailaba en las reuniones y fiestas en notorio contraste con la bonhomía y reposada índole del marido quien, por otra parte, se notaba orgulloso de la extroversión y los atractivos de su mujer. No le molestaba que la admiraran; le habría ofendido que no le pusieran atención.

Era una profesionista bien calificada y no tardó en ser contratada por el Seguro Social, donde su marido tenía plaza. En los primeros años de matrimonio trajo al mundo dos hijas, y diez años más tarde, sin haber sido programado y cuando consideraban que no habría más descendencia, les llegó Ángel.

Las niñas se llamaban Camila y Camelia, nombres que debieron sonar musicales en su infancia. Ángel las recordó siempre tiernas y cariñosas con él.

A diferencia de sus hermanas, nació en Ciudad Obregón, Sonora, adonde sus padres habían conseguido traslado, para esperar ahí sus respectivas jubilaciones, muy próxima ya la del padre. En aquella población tranquila cursó desde la primaria a la preparatoria, perdió a su padre y se quedó solo con su madre pues las dos hermanas, enfermas de nos-

talgia por la Ciudad de México, adonde las habían enviado a estudiar, se las arreglaron para casarse con sus novios capitalinos y dejaron Sonora sin pesar.

También Ángel, a los dieciocho años, volvió a la metrópoli en compañía de su madre, viuda ya, para estudiar medicina en la UNAM, pero no se alejó con el desparpajo de sus hermanas, pues en Sonora había hecho amigos y novias con las que había estrenado experiencias amorosas. En esa tierra le había nacido la adoración obsesiva por las mujeres. Las sonorenses se convirtieron en puntos de referencia para calificar a las muchas que conocería en diferentes partes de la República. Para aprobar en la escala personal del joven Ángel, la mujer de Puebla, Veracruz o cualquier otra ciudad, debía tener piernas fuertes y torneadas como las sonorenses, estatura, busto, cabellera y presencia señorial como las sonorenses.

A pesar de su juventud, el futuro médico se había graduado en la materia. De niño, era frecuente que en su casa se concentraran las amigas de sus hermanas para charlar o planear salidas a la playa o al cine. Entonces las muchachas solían prenderse flores en la cabeza y conforme revoloteaban de una habitación a otra, esparcían aromas que el pequeño recordaba de adulto con placer. No estaba en edad de apreciar la belleza de las formas de la mujer, vivía el amor puro que se concentra en la armonía de los rostros y las cabelleras y en la suavidad de las manos que acariciaban, a la pasada, su cara. Pero se arreglaban las ropas o se calaban las medias en presencia del niño que las veía con ojos de inocencia, aunque las imágenes deben haberle quedado impresas en la subconsciencia.

Adolescente, todos los días se iba a la zapatería donde trabajaba su amigo Salomón, en el centro de la ciudad, y se instalaban en la puerta del negocio, a la hora en que las secretarías y empleadas de los comercios salían a comer. Las estudiaban y disfrutaban visualmente con supuesto sentido crítico. Salomón era unos años mayor y se atrevía

a soltar piropos a las muchachas, que fingían que no escuchaban, aunque en ocasiones las traicionaba una sonrisa de complacencia. Ángel, en cambio, manifestaba su admiración con la intensidad de la mirada. En un par de ocasiones halló pretexto para ir a los comercios y oficinas donde las chicas laboraban y descubrió lo fácil que era trabar relación con ellas, de su edad o mayores.

En la UNAM hizo amistad con estudiantes sonorenses que lo invitaron a pasar vacaciones en sus casas, y cuando tuvo que realizar el servicio social para titularse, logró —o más bien, logró su madre— que lo mandaran al hospital del Seguro Social en Empalme, centro ferrocarrilero a 15 kilómetros de Guaymas.

A los 60 años, cargado de lauros académicos y éxitos editoriales, aunque había dejado de visitar Sonora en largos lapsos, seguía sintiéndose atado emocionalmente a esa tierra en la que descansaban los restos de sus padres. Su madre había fallecido en México, pero en cumplimiento de su voluntad, que le había expresado verbalmente y por escrito, llevó sus cenizas a Ciudad Obregón para enterrarlas en la tumba de su marido.

De hecho, no era en esta ocasión Guaymas la meta de su viaje sino el panteón de la antigua Cajeme. Iba a depositar flores en la última morada de ambos y a recordar, aunque deseaba olvidarlo, el diálogo que había sostenido con su madre cuando sepultaban a su padre.

—He sido muy afortunado —le dijo Ángel—. Dios me dio padres perfectos.

Ella inclinó la cabeza y ahogó un sollozo.

—No hay perfección cuando hay engaño —dijo.

De ninguna manera quería escuchar él la menor confidencia que enturbiara el respeto amoroso a su padre.

—Deben haber sido sus errores los que comúnmente comete cualquier varón.

Ella se prendió de su brazo, dominada por un irreprimible temblor.

—No, no —replicó— Él fue intachable. El engaño no fue suyo.

En los años que sobrevivió, nunca explicó el significado de sus palabras. Y él no se atrevió a preguntar.

El divorcio, ¿fracaso o libertad?

Habían armado con varias mesas un cuadrado en torno del cual comenzaban a acomodarse una veintena de personas. Aunque cada año que añadía a su edad le causaba mayor alergia la charla intrascendente, la soportaba con gusto si quienes chachareaban a su alrededor eran mujeres guapas, bien vestidas y perfumadas con aromas gratos.

La mujer del rostro hermoso, cuyo nombre sabía ahora (Aurelia, no Aurora), estaba a su izquierda, y a su derecha, la presidenta de la Asociación, que abandonaba su asiento una y otra vez sin ir a un sitio definido. La estudiante universitaria con novio cuentero le había quedado lejos, y lo lamentaba porque había descubierto que su delgadez era engañosa; un trasero de buen volumen daba estructura atractiva al cuerpo. En compensación, se había agregado una mujer de modales exquisitos, aunque con un tic ingrato que la hacía guiñar los dos ojos a la vez; se excusaba por no haber asistido a la conferencia; iba acompañada por un médico psiquiatra de tez intensamente oscura —en contraste con su apellido: Verduzco—, que se empeñaba en introducir temas científicos en la plática.

De pronto, el doctor Rodríguez dirigió la mirada a la puerta, por la que acababa de entrar Patricia. La vio detenerse en el umbral sólo el momento necesario para descubrir cómo se había instalado el grupo de la Asociación, y sin titubeos se dirigió a él.

No iba disfrazada de colegiala, como había sugerido Antonio; llevaba un vestido de satén rojo que llenaban sus formas de mujer apetecible. Muy elegante para una reportera, pensaron una o dos señoras nostálgicas de su juventud. Caminaba con gracia sobre zapatillas de tacón, rojas también, que realzaban la firmeza y hermosura de sus piernas. Llevaba un libro en la mano, el del doctor Rodríguez.

Le tendió la mano al médico, que se había levantado para saludarla y comenzó a explicarle por qué estaba ahí, pero él insistió, de entrada, en que se sentara en el lugar de la presidenta, que discutía a distancia con los meseros.

—Mi jefe está invitado a esta cena pero no puede venir, y me pidió que pasara a verlo a usted para insistirle en una entrevista para nuestro periódico.

Ángel respondió que ya había dado una rueda de prensa.

—Queremos una entrevista exclusiva y que enlace sus tesis sobre el sexo con su vida personal.

—No acostumbro hablar de mi vida privada; si lo hiciera, no ayudaría con ello a nadie —respondió, no con la sequedad que hubiera deseado porque el atractivo de la muchacha lo perturbaba; tenía los altos pómulos arrebolados, él habría dado cualquier cosa por plantar en ellos húmedos besos.

La reportera no cedía ante la negativa.

—Mi director pregunta por qué creer en sus tesis sobre el amor, pues usted no ha sido capaz de estabilizarse en ninguno de sus tres matrimonios. Se supone que pudo haber aplicado en su provecho sus propias enseñanzas.

El doctor Rodríguez se rio con ganas.

—Si tuviera el cinismo de Augusto, personaje de Oscar Wilde en *El abanico de lady Windermere*, te contestaría como él a Cecilio, cuando le pregunta si había estado casado dos veces y una divorciado, o dos veces divorciado y una casado: "Tengo muy mala memoria. La verdad es que no me acuerdo", ¿Tu director cree que el esposo o la esposa que son desdichados junto a su cónyuge pero no se divorcian son triunfadores, y que son fracasados los que logran el divorcio para quedar en libertad de aceptar otro amor?

Había levantado la voz para que todos se sintieran incluidos en la charla. Dos señoras aplaudieron la respuesta y no dejaron a las demás escuchar lo que el doctor agregaba:

—O simplemente, para quedar en libertad, que ya es mucho.

—Entonces, dijo Patricia, mientras abría la libreta y enarbolaba una pluma, ¿usted es tres veces triunfador? Y si lo es, ¿en qué posición quedan sus ex esposas? ¿Son las perdedoras?

El doctor puso su mano sobre la de Patricia, como para impedirle escribir, en realidad, para gozar su contacto, y con amable sonrisa cerró el capítulo.

—Muy bien, reconozco tu habilidad periodística. Me sacaste una declaración de tres líneas sobre mi vida. Pero no más. Te invito a la conferencia de mañana; será la última.

—¿Y me dará otras tres líneas?, preguntó ella con coquetería y sin retirar la mano. Tuvo que hacerlo el médico, pues ya estaba enfocada en ellos la atención de todos los comensales.

—No prometo nada, pero me hará feliz verte allí.

Ella guardó su pluma, recogió la libreta y se despidió; ahora no se limitó él a estrecharle la mano, la besó en la mejilla. Luego admiró gozosamente el movimiento de su bien formado trasero, tentadoramente compacto, cuando iba hacia la puerta; lo devolvió al mundo la observación maliciosa de la señora Pérez Sojo:

—Doctor Rodríguez: nos ha dado usted una lección extra: cómo se conquista a una jovencita.

El médico se sintió halagado, pero contestó como corresponde a un caballero sexagenario:

—¡Ay, mi querida señora, temo que ni aunque viajara en reversa por el túnel del tiempo regresaría al hermoso pasado!

Emitió una risita forzada.



VI

Entre Gracia y Ester

Increíble el parecido. Ester rejuvenecida. Ester en Sonora, adonde jamás ha venido. Aún así, se diría que esta hermosa Patricia es su doble. El mismo cuerpo apetitoso, la misma alegría en la voz y los gestos, la sensualidad, la coquetería, la ausencia absoluta de timidez.

Por Ester me separé de Gracia. Una separación con intermitencias. Volvía a escondidas, como marido vergonzante, a media noche, cuando nuestros hijos dormían. Gracia, ella sí sonorense, esbelta siempre, pese a los partos, rubia auténtica, era una princesa en la cama. Juntos conocimos y construimos el sexo en plena juventud. Vine a Sonora a casarme con ella antes de titularme.

Jamás me rechazó un beso, una caricia por osada que fuera. Nos volvimos adictos al sexo. Hacer el amor con ella era extraviarse en bosques y laberintos, ebrios y gozosos, inventando posiciones eróticas, mezclando palabras sucias con expresiones poéticas, sin horario para comenzar las sesiones de amor ni para terminarlas. Una vez...

Interrumpió sus recuerdos para reírse, como si acabara de suceder aquello, lo que estaba en su mente. En los primeros meses de vida conyugal, habían invitado a asar carne y beber cerveza y bacanora —¡a lo sonorense, pues!— a tres o cuatro parejas amigas a las que acomodaron en el patio, cerca de la parrilla montada sobre ladrillos; cuando comenzaba a oscurecer y las libaciones hacían efecto, se miraron, él y Gracia, que se hallaban en extremos opuestos de la mesa, de alguna manera se transmitieron el calor de un pensamiento y sin decir una palabra se levantaron y se fueron hacia la casa. Entraron a la recámara, se besaron, se despojaron sólo de las prendas que estorbaban y se pusieron a hacer el amor apasionadamente.

Cuando volvieron al patio, uno de sus amigos, a quien

la ausencia de los anfitriones le había parecido muy larga, les hizo una observación atrevida, pero la borrachera había tomado vuelo y la sospecha no pasó a más.

Mis colegas se reirían a carcajadas —se rio uno, a quien le conté, y no lo repetí a nadie más—, si les dijera el motivo del rompimiento: hablaba sin parar.

Si hubiera hablado sin cesar porque contaba un chiste tras otro, o porque era una fuente que arrojaba perlas de sabiduría a borbotones, o porque hacía cita tras cita de artistas célebres, ¡vaya!, habría sido un error no soportarla. Pero no sólo era la verborrea, sino la intrascendencia. Y hablaba sin puntuación, le dije una vez que le eché en cara tanta cháchara, lo que no daba oportunidad de interrumpirla. A mí me conquistó de inmediato la vida cultural de la ciudad de México y tomé gusto por el teatro, la música, la literatura. A ella se le caía de las manos el libro más ameno y se durmió en la ópera una vez, la única, que aceptó acompañarme.

Mi madre intentó hacer labor de intermediaria, atenuar el distanciamiento. No lo logró porque la cabeza de Gracia era una piedra impenetrable a consejos y opiniones. Luego, mi madre murió y nosotros quedamos al garete. Discutíamos a gritos. A veces yo no iba a dormir a casa, no porque algo me lo impidiera, sino para no verla, o más bien, para no escucharla. Podía haber pretextado operaciones urgentes o turnos extra en el hospital, pero no me importaba lo que pensara. Era mi modo de herirla.

Y en este mar proceloso apareció Ester, con su sonrisa tranquila y optimista y su espléndida juventud. Ella era... ¡como Patricia! Estudiaba Letras, uno de mis nuevos campos de interés. Le hacía preguntas y me despejaba dudas. Poseía el arte de la conversación en sus dos fases: la sencilla, que es hablar, y la complicada, escuchar. Nos volvimos inseparables, y sin remedio, amantes.

Yo nunca he sabido terminar una relación de manera civilizada. Ester se volvió mi obsesión y simplemente dejé de lado a Gracia. Me negué a darle explicaciones. Me encerraba en el mutismo para no discutir. De hecho, abandoné a mis hijos, pues que los siguiera sosteniendo económicamente no significaba nada. Y no hice gestiones

para divorciarme hasta que Ester, embarazada, me lo exigió. Andar entre abogados, jueces, secretarios, hacer cuentas para establecer la pensión, fue desgastante. Y mi conducta era canallesca. En pleno juicio de divorcio, me di maña para acostarme en ocasiones con Gracia. No podía renunciar al calor de su sexo. Ella me aceptaba... aunque seguía parloteando. Sólo el temor de embarazarla me empujó a la separación total.

¿Esto significa que no amaba a Ester? Creo que nunca he amado de veras a ninguna mujer, pues no he experimentado la intensidad del sentimiento que describen las novelas, los dramas, las películas, o como las versiones que he oído a mis amigos y amigas que disfrutaban haciendo confidencias, o a mis pacientes en la clínica. Es muy difícil autodiagnosticarse pues se corre el riesgo de formular, sin base, valoraciones favorables a uno.

Además, mi vida sentimental no se desarrollaba entre las dos mujeres; no eran los polos de mi existencia; otras, no pocas, se trepaban al tren, aunque la mayoría se bajaba en la primera estación. A veces me reprochaba no tener el valor de rechazar algunas. Eran un lastre para mi desarrollo profesional aunque hoy diga que aprendí de ellas. ¿Cuánto se puede aprender de amoríos que surgen y mueren con monótona semejanza?

A Ester no podía engañarla, era tan inteligente como intuitiva. Pudo haberme curado de mi donjuanismo, si puedo llamar así a mi afán por perseguir mujeres, o más bien, de incorporar al currículo las que se me acercaban, pero debe haber pensado que no valía la pena intentarlo. Además, a su derredor había una creciente fila de admiradores que no disminuyó ni cuando estaba embarazada. Aún con el vientre crecido no perdía la prestancia y la elegante feminidad al caminar.

Los hombres olemos el distanciamiento de una pareja —y también las mujeres, creo— y estamos pendientes del momento de la ruptura para tender una red que atenúe la caída. La red de nuestros brazos, por supuesto. Cuando me pidió que nos divorciáramos había candidatos listos para sustituirme.

¿A dónde me iría, divorciado por segunda vez? La casa de mi

madre la ocupaban Gracia y mis hijos. Tendría que pagar la pensión de Ester y el pequeño. Un colega me dio posada en un anexo de su casa por tres o cuatro semanas. Pospuse la búsqueda de un nuevo departamento porque había aceptado ser médico interno en el mismo hospital en el que había comenzado la práctica de mi profesión. Regresaba a mi tierra.

Como si no fuera a abordar el avión que me llevaría a una fuente de trabajo sino a una prisión terrible, el amigo que me llevó al aeropuerto, al despedirse, me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos. ¡Que Dios te dé ánimos para soportar la soledad, me dijo, porque ahora estarás solo! ¡Sólo!, repitió, dramático, y se le humedecieron los ojos.

VII

¿Qué es una mujer?

—Esta segunda conferencia que me honra exponer a ustedes, debería constar de dos enunciados: ¿Qué es una mujer?, y ¿qué es un hombre? Pero tendríamos que permanecer encerrados aquí seis o más horas antes de vislumbrar las respuestas. Y eso sin contar que a los varones nos interesa y nos encanta el estudio de la mujer y preferiríamos dedicar a ellas, a ustedes —miró insinuante a Aurelia— todo el tiempo. De cualquier manera, no es posible analizar a los sujetos de un sexo sin hacer referencia al otro pues las conductas se generan y se estimulan recíprocamente.

—Por otra parte, es ilusorio aspirar a definiciones y conceptos de aceptación universal por la profunda diferencia de culturas, incluso en nuestros días. Una mujer afgana, en la novela *Y las montañas hablaron*, de Khaled Hossein, publicada apenas en 2012, estalla así:

Me enfurece la idea de que había que protegerme del sexo. De que había que protegerme de mi propio cuerpo. Porque era una mujer, y las mujeres, por si no lo sabe, son seres inmaduros emocional, moral e intelectualmente. Carecen de control, ¿comprende usted?, son vulnerables a la tentación carnal.

El doctor Ángel Rodríguez Johnson vestía un traje oscuro combinado con camisa azul claro, sin corbata. Movía las manos más de la cuenta mientras hablaba, haciendo que asomara con frecuencia bajo la manga del saco un reloj elegante, quizás un Rollex.

Desde la apertura de la velada, mientras la presidenta

de la Asociación lo presentaba, había descubierto a Patricia, ahora acompañada por Antonio, que mantenía su brazo en el respaldo de la butaca de la muchacha o, no estaba seguro, de plano sobre sus hombros. El rector de la Universidad le había hecho el honor de asistir. Al saludarlo, se había congratulado de tener la oportunidad de escuchar a "un exalumno de nuestra institución". Al doctor Rodríguez no se le había ocurrido considerarse tal pues sólo había cursado aquí la Preparatoria, y eso, más de 40 años atrás, pero se sintió halagado.

Hizo un elogio de la mujer como compañera del varón, y a veces superadora de éste, como madame Curie o Simone de Beauvoir, y describió brevemente, remarcando las diferencias y citando versos de memoria, el carácter de siete u ocho personajes femeninos de Shakespeare: la romántica Julieta, la audaz e ingeniosa Porcia de *El mercader de Venecia*, Ofelia y su dulce locura, lady Macbeth, ambiciosa hasta el crimen, la tempestuosa Catalina de *La fierecilla domada*, la soñadora y fiel Desdémona, de *Otelo*.

—Ríanse —dijo a las damas, al cerrar este apartado— de los varones de mente limitada que gritan que todas las mujeres son iguales. Son iguales para ellos, porque ninguna les hace caso.

La emprendió con las grandes mexicanas: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos, Frida Kahlo, Martha Chapa, Elena Poniatowska..., y para que el orgullo regional no se doliera, remató con Enriqueta de Parodi.

—Es cierto, como lo prueban los nombres que he mencionado, que los hombres y las mujeres somos iguales. Con alguna salvedad, creo. La mujer se entrega al trabajo como el hombre, con esfuerzo ilimitado, excepto los dos o tres días en los que la menstruación las anula. Pero en esencia, hombres y mujeres somos iguales, si bien las mujeres me parece que experimentan con mayor intensidad los afectos. Con otra salvedad que mejor que yo explica el francés Paul Bourget, a quien mencioné en la

plática anterior —echó mano de una tarjeta—:

Lo que distingue la amistad entre las mujeres de la amistad entre los hombres, es precisamente que ésta no podría subsistir con una confianza absoluta, mientras que la otra se pasa muy bien sin ella. Una amiga no cree al pronto lo que le dice su amiga, y esta sospecha recíproca no les impide, ni a una ni a otra, amarse tiernamente.

Sin embargo, aunque siguiera acumulando salvedades, ninguna es tan seria que pueda romper la unidad del ser humano, no diré que a pesar de la diferencia de los sexos sino, más bien, gracias a esa diferencia.

Como siempre, confió en que lo mejor sería el periodo de preguntas, pese a que algunas solían resultar trilladas o tontas.

—¿Qué piensa de la homosexualidad y la homofobia?
—quiso saber un joven de chamarra deportiva.

¿Qué esperaba que respondiera? Lo que escribía en su libro. Aceptó con naturalidad la existencia de prácticas homosexuales y reprobó la homofobia.

—Pero —insistió el joven, que se había puesto de pie para hacer la pregunta y continuaba en esa posición—
¿Aprueba o desaprueba los matrimonios gay?

—No los apruebo ni los desapruebo: ésa es una cuestión jurídica. Mi tarea, como hombre de ciencia, es dar fe de los hechos y analizar los conflictos derivados de ellos. Podría, acaso, recomendar tolerancia, pero es necesario conocer con objetividad y precisión el problema; hay un ensayo de Julián Huxley que lo trata con claridad: *Biología sexual y psicología sexual*. Puede localizarse fácilmente. Por lo que concierne a cuestiones actuales, las uniones de individuos del mismo sexo, que se han registrado hace

muchos siglos, se han complicado porque los interesados, que habían vivido en la penumbra de la discreción, ahora ostentan su unión ante el mundo con actitud de reto y exigen los derechos de cualquier pareja heterosexual, como la adaptación y el seguro médico. Esto es un trabajo, repito, para los abogados.

No resistió la tentación de arrancar unas risas.

—Por cierto que el clóset, de donde dicen que salen... los gays, no los abogados, hasta hace poco era el refugio clásico para el amante en riesgo de ser descubierto por el marido. Ahora el adúltero lo pensará dos veces antes de meterse al clóset. No sabe que sorpresa encontrará ahí.

Del fondo de la sala le llegó una delgada voz femenina, casi de niña, pero emitida por una mujer guapa y distinguida:

—¿Hay un remedio contra los celos?

—No hay una receta general que pudiera yo dar ahora, porque los tratamientos se aplican una vez que se conoce a los pacientes, la forma como se han manifestado los celos, el medio social, la educación y otras circunstancias que rodean a los protagonistas. En cualquier caso, lo primero que debe establecerse es si se trata de celos irracionales, esto es, los que se apoderan del celoso sin razón concreta, o de los que responden a una causa determinada, digamos, racional. Por ejemplo, si en una fiesta la mujer mira con insistencia hacia la mesa en que se halla su exmarido, es lógico que el esposo actual se ponga celoso. La mujer tendría que convencerlo de que no le interesa ver a su ex, sino al guapo moreno que se sienta a la misma mesa.

Se oyó una pregunta anónima que venía de otro ángulo de la sala:

—¿Usted es celoso?

Contestó con rapidez:

—Lo sería si estuviera casado con una sonoreNSE.

Y agregó, encimando su voz a las exclamaciones satisfechas de las mujeres:

—¡Celoso racional e irracional!

Patricia había levantado la mano. El doctor Rodríguez la escuchó con fruición y estuvo a punto de pedirle que se pusiera de pie para deleitarse con la visión completa de su cuerpo.

—Casi he terminado su libro, doctor, y me llama la atención que la mayoría de las citas con que ilustra sus tesis son de literatos, que escriben ficción, y en número reducido de científicos, que se supone comprueban por la experiencia sus afirmaciones.

—Una observación muy atinada, Patricia; coincide con la crítica que mis colegas hacen a mis libros: que son muy literarios. De William James, pionero de la psicología moderna, se dice que es tan ameno que debió haber sido novelista, y de su hermano Henry, que debió haber escrito tratados de psicología, por el agudo análisis de los personajes de sus novelas. Los creadores de ficción trabajan al fin de cuentas con material humano vivo, aunque en los textos cambien nombres de personas y lugares y agreguen elementos, esos sí, de su imaginación. Ojalá pudiera combinar en mis libros la solidez científica y la amenidad de los James.

Patricia le pasó el micrófono a Antonio, sin respetar el turno del caballero que esperaba.

—Hombres y mujeres se interesan por saber cómo podrán conquistar el objeto de sus preferencias amorosas. Pero no he conocido libros o psicólogos y psiquiatras que enseñen cómo disolver el matrimonio o la unión libre sin que los cónyuges salgan heridos.

—Otra observación atinada, al fin y al cabo, de periodistas. Es correcto señalar que la separación, inclusive cuando es voluntaria y de común acuerdo, causa heridas. Y que no se enseña a los novios, en los libros o en la cátedra o en las congregaciones religiosas, cómo habrán de proceder llegado el caso. Todos firmamos el acta de la boda civil como si la posibilidad de rompimiento existie-

ra para los demás, de ninguna manera para nosotros. Y cuando tal posibilidad se concreta, tomamos decisiones erróneas, a veces desastrosas.

—Los adinerados sobrellevan el problema porque tienen abogados capacitados para pelear con los abogados de la contraparte, si bien esto no les garantiza que saldrán indemnes del juicio de divorcio. Pero la mayoría de las parejas añade, al sufrimiento de la separación, las preocupaciones económicas, y terminan de destrozarse en la triste discusión por el monto de la pensión alimenticia o por quién se queda con el automóvil de viejo modelo que es su único patrimonio. El humorista español Enrique Jardiel Poncela dice, por eso, que el amor es una goma — una liga o un elástico, en la terminología mexicana— que dos personas mantienen tirante sosteniendo con los dientes cada uno de los extremos. Llega el día en que uno de los dos se harta, lo suelta y al otro le pega en las narices.

Tuvo conciencia de que su respuesta era demasiado larga, pero deseaba prolongar el contacto con la joven:

—Y bien, para que la linda Patricia no me culpe de citar sólo a los literatos, recomiendo la lectura del *Diario de un seductor*, del filósofo y teólogo danés Sören Kierkegaard. No dicta patrones de conducta, lo que carecería de sentido, pero de su libro se desprenden sugerencias que pueden adaptarse a situaciones personales contemporáneas. Cito de memoria porque no traigo el texto: “Penetrar en el ser de una muchacha con el espíritu es todo un arte, pero saber salir de ese ser constituye una obra maestra, aunque esto último depende siempre de lo primero”.

Tomó la palabra el caballero canoso, vestido con pulcritud, que esperaba turno, con la advertencia de que sería la suya la última pregunta:

—¿Puede darme su opinión sobre los donjuanes? ¿Son dignos de envidia o de lástima porque nunca alcanzarán el estado perfecto del hombre, que es el matrimonio?

¡En la madre! Sólo faltaba esa tontería.

—El donjuanismo es un fenómeno superado, como lo reconoce el doctor Gregorio Marañón, otro espécimen de excelente escritor y distinguido científico. El doctor Marañón dio testimonio del mito de don Juan en auge y de su declive al grado de afirmar, en la ancianidad, que el citado mito había pasado al dominio de los arqueólogos. Su contemporáneo, José Ortega y Gasset, piensa que el varón realmente sexuado es el que dedica su amor a una sola mujer. Estudia a los escritores Chateaubriand y Stendhal como prototipos de don Juan, pues se dedicaba en cuerpo y alma a seducir mujeres, el segundo de ellos sin mucho éxito. Pero reconoce que los tiempos han cambiado y "ahora, concluye, don Juan no es el hombre que hace el amor a las mujeres, sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor". Ese *ahora* corresponde a la primera mitad del Siglo XX. En la siguiente mitad, su afirmación ha sido más que confirmada.

—Temo que me extiendo demasiado, pero vale la pena averiguar qué piensan en ese nivel las mujeres. En *La mujer de 30 años*, Balzac reseña la conversación de dos damas, una de las cuales dice:

El hombre que nos ama nos pertenece; tenemos el derecho de hacer de él un imbécil o un hombre de genio; pero, sin que salga de entre nosotras, lo más frecuente es que hagamos de ellos unos imbéciles.

—Y no resisto, aunque desborde los límites de la seriedad, mencionar la novela de Jardiel Poncela *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* El don Juan, que se había acostado con treinta seis mil ochocientas cincuenta y siete féminas (treinta seis mil ochocientas cincuenta y siete, repito) fue contratado para que sedujera a la mujer a quien se proponía dejar su fortuna un anciano millonario; así los hijos y sobrinos del vetusto señor la eliminarían y se quedarían con la herencia. Pero el don Juan fracasó. No supo, al firmar el contrato, que la hermosa mujer era más experimentada: se había acostado con treinta y siete mil trescientos veintinueve hombres.

—Cerraré con el pensamiento de un autor contemporáneo: Milan Kundera. En *El libro de los amores ridículos*, uno de sus personajes afirma:

Don Juan era un conquistador. Un conquistador con mayúsculas. El Gran Conquistador. Pero, por favor, ¿cómo puede uno pretender ser conquistador en un territorio en el que nadie se resiste, donde todo es posible y todo está permitido? La era de los donjuanes ha terminado. El descendiente actual de don Juan ya no conquista, sólo colecciona.

En cuanto a la segunda parte de la pregunta, sólo la contestó para sí:

¡Qué ganas de decirle que lo del estado perfecto del hombre es una imbecilidad!

Se iniciaba el aplauso final, pero Patricia se puso de pie sin pedir la palabra ni esperar el micrófono, y preguntó con voz fuerte:

—Doctor, ¿por qué los hombres describen hermosas, esculturales, etcétera, a las mujeres que conquistan? ¿No

tenemos derecho las feas a ser conquistadas?

Hubo un murmullo de aprobación a la pregunta. El psiquiatra acudió a la mejor modulación de su voz para responder:

—En efecto, el varón se envanece con la admiración de sus amigos y describe a la nueva conquista como la octava maravilla del mundo femenino. En la novela de Kundera que he citado, también cuenta que se había echado la carta de una novia fea. Y como las mujeres bellas quieren a los hombres que han tenido mujeres bellas, cuando se veía obligado a acompañar a la fea, escogía las calles más apartadas de Praga para no encontrar amigas que lo descubrieran con tal pareja.

Una sonora ovación premió al doctor Rodríguez Johnson. Él daba las gracias con breves inclinaciones de cabeza y buscaba con la vista a la del bello rostro y a Patricia. La muchacha se había levantado y se dirigía a la salida; detrás iba Antonio.

¿Por qué se va sin insistir en la entrevista? ¿Cómo la detengo?

Tardó más de diez minutos en llegar a la puerta que daba al patio porque la gente se movía con lentitud y lo detenían para felicitarlo. Entonces descubrió a los periodistas y comprendió: habían previsto sus movimientos y se habían apostado en el sitio indicado para interferirlo:

—Doctor —le dijo Antonio—, como ya cumplió usted anoche con la Asociación, deseamos invitarlo a cenar. Los temas de la conversación serían los que usted quiera. Yo sólo tengo interés en pedirle su opinión profesional sobre un caso.

Exhibió el conferenciante una de las sonrisas que gustaban a las damas.

—Anoche conviví, en efecto, con la agrupación, pero hoy tengo el compromiso de cenar con el señor rector. Lo siento muchísimo y se lo agradezco.

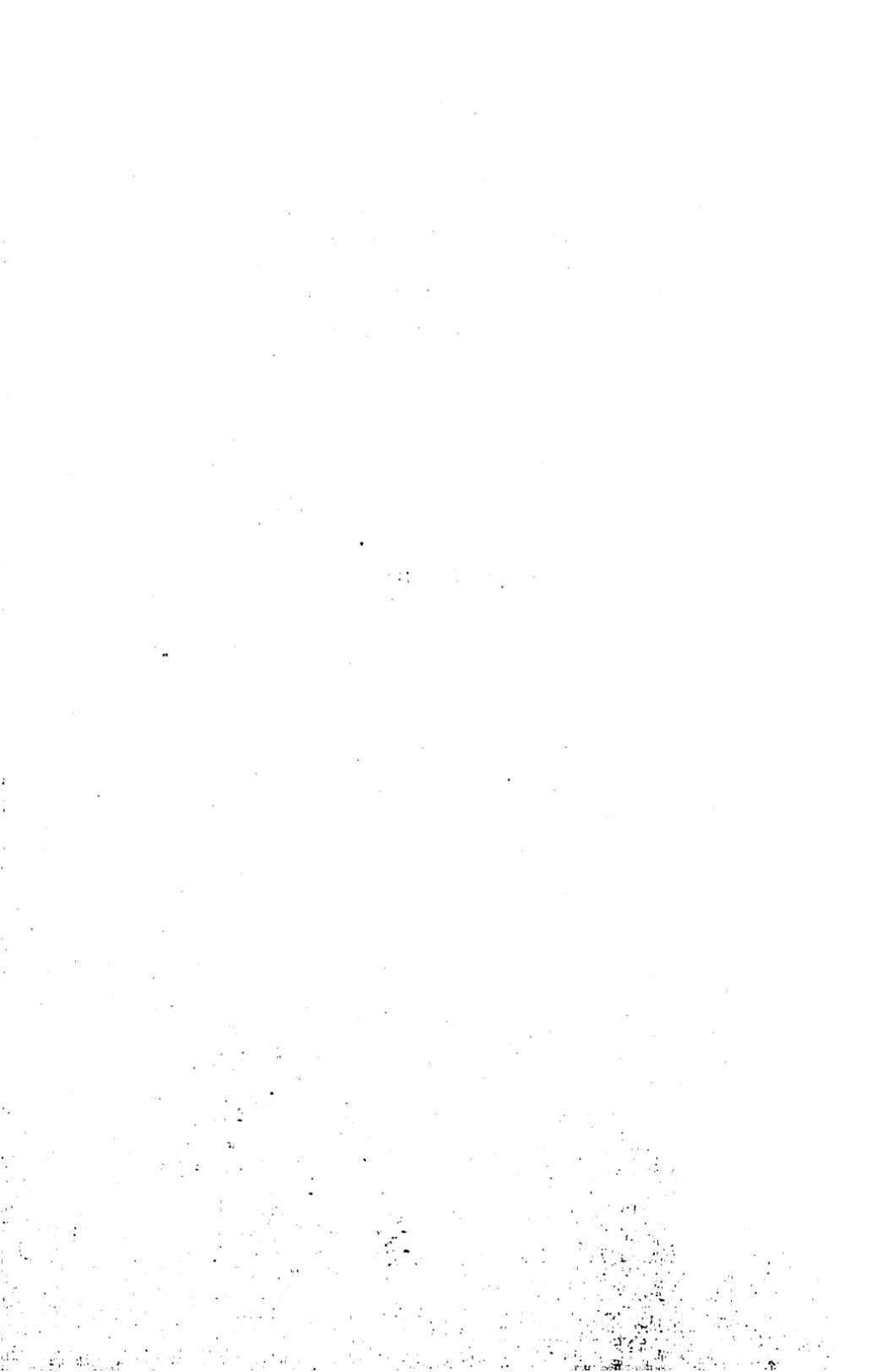
Antonio no ocultó la decepción, y sin más, dio la vuelta para retirarse, y con él, Patricia. Antes de que ésta se alejara, el doctor la llamó.

Bajó mucho la voz para decirle:

—¿Qué tal si me acompañas a cenar con el rector, Paty? Deshazte de tu compañero y te esperaré aquí.

Ella lo miró unos minutos con furia y se fue de prisa para alcanzar a Antonio. El doctor se quedó mirándola con un deseo agudo como hacía tiempo no experimentaba. Sintió que lo miraban. Eran, a poca distancia, el rector y la señora Pérez Sojo, campeona de los valores.

Segunda parte



¡Maravillosamente solo!

Cinco meses después se hallaba Ángel Rodríguez Johnson en su clínica de la avenida de Las Palmas, en la Ciudad de México. Por la mañana atendía pacientes y a ratos preparaba una antología con un nombre provisional: *El amor según los grandes escritores*. Parte del material lo había utilizado en las conferencias de Sonora. Por las tardes, tres días a la semana, impartía un curso en la Universidad Nacional y asesoraba tesis de pasantes de psiquiatría.

Su oficina estaba en el noveno piso del edificio; era amplia y estaba decorada con buen gusto. Había dos sillones forrados en verde para los visitantes, un frigorífico, un busto de Freud que alguien le había regalado, su título profesional y dos o tres diplomas expedidos por universidades extranjeras, un televisor y muchos libros. Un gran ventanal permitía ver, a lo lejos, un sector del bosque de Chapultepec, y abajo, la bulliciosa circulación de la avenida. Por ocultos canales llegaba música ambiental.

Abandonó el sillón y dio unos pasos alrededor del despacho para aliviar la naciente fatiga. Al cabo de tres minutos se detuvo ante el ventanal y miró el cielo encapotado e imponente. ¡Estarás solo! Le había dicho, con tono de augurio sombrío, aquella vez, su amigo.

No había mujer a su lado, cierto, pero tampoco el deseo de que la hubiera. Su mente y su alma se hallaban inundadas de luz. Se le ocurrió que esta grata manera de estar solo no venía de *soledad*, sino de *sol*.

Antes del segundo divorcio había conocido a Susana, delgada, aunque no de aquellas zonas del cuerpo donde no debía estar delgada, más o menos bonita y parlanchina como la primera. No se casaron pero acordaron vivir juntos.

¿Acordamos? ¡Lo acordó ella! Yo iba a visitarla a Guanajuato, donde la había conocido, y ella esparció el rumor de que nos casaríamos. No era posible. Mi divorcio de Ester estaba pactado de palabra pero no iniciábamos los trámites legales. No obstante, Susana compró un vestido de novia, y en complicidad con sus amigas, se regaló una o dos despedidas de soltera. Yo la observaba como un caso clínico más.

Un día apareció en mi apartamento con su equipaje, vestido de novia incluido. Yo la dejé hacer. ¿Por qué no aceptar una mujer con la que podía acostarme? Su horizonte cultural era limitado pero su curiosidad le permitía aprender rápido. La primera vez que la llevé a la ópera creí que se desmayaría de la emoción, no por los celos que hacían estallar a Otelo o por la muerte de Desdémona, cantada con fino romanticismo, sino por las luces del vestíbulo de Bellas Artes y los vestidos elegantes de las damas.

Luchaba ansiosamente por forjarse una personalidad. En los primeros meses de convivencia se quedaba a veces absorta mirando al exterior y no respondía a la pregunta que le hacía, como si su mente se hubiera marchado a otro mundo. Pronto descubrí que fingía, y si no me contestaba, simplemente no repetía la pregunta, es decir, la mandaba sutilmente al demonio. Entonces su pequeña actuación concluyó; al menos para mí, porque la revivió años después para el individuo con el que me engañó.

Si la recuerdo ahora, es porque entonces, cuando tomamos distintos caminos, fue cuando me quedé solo, ¡maravillosamente solo!

Me lo habían dicho dos mujeres, pero me había resistido a asimilar la enseñanza. En Los mandarines le había leído a Simone de Beauvoir: "Para mí, libertad quiere decir primeramente soledad"; y también: "¡Es tan agradable volver por la noche a una habitación donde nadie lo espera a uno!"

Simone de Beauvoir me alivió el remordimiento que sentía al rechazar a las hablantinas y las intrascendentes — Susana encabezaba la lista —. Mi autora francesa predilecta escribió: "En general no me gustan las mujeres inteligentes, quizá porque no son bastante inteligentes; entonces quieren dar pruebas, hablan todo el tiempo y no comprenden nada. Lo que me impresionó la primera vez que la

vi fue su manera de callar”.

Pero evoque a dos mujeres. La otra fue Katherine Mansfield, en cuyo Diario hallé estas observaciones: “Sólo disfruto de veras en mi propia compañía”. Además: “Vivida con otros, la existencia pierde sus contornos. Es lo que me pasa con J. (su marido) pero tiene un valor enorme y es maravilloso en cuanto estoy solo, el detalle de la vida, la vida de la vida”.

Sin proponérmelo expresamente, me había preparado para la independencia de la soledad. Comencé, en lo que toca a Susana, por romper la costumbre de dormir juntos. El rechazo a dar y recibir rumores con otro cuerpo, tocar una espalda sudorosa, besar una boca que hace diez horas ha estado ajena al cepillo de dientes..., son buenos argumentos para tener cuarto aparte y cama propia. Pero no era eso lo que me fastidiaba, sino intercambiar frases huecas al acostarnos; hacer el amor sin pasión o no poder levantarme a cualquier hora de la madrugada sin que me preguntara con voz soñolienta: ¿Te sientes mal? ¿Necesitas algo?

El filósofo, el matemático, el poeta, necesitan horas de soledad para desentrañar el problema que les agobia, para hallar el ritmo del verso; las necesita el ser humano común para dejar que penetre en su alma el intenso azul del cielo y el rumor de alas de los pájaros que revolotean en el jardín. Los asesina la mujer cuando sale, envuelta en una bata vieja, y les dice: ¿Qué haces ahí, como zombie? ¡Ven-te a comer! Mi amigo debió decirme aquella vez, en el aeropuerto: “Estarás solo. Qué envidia. Podrás acariciar tus recuerdos a cualquier hora del día o de la noche. Serás libre”.

Lo sacó de sus reflexiones la voz por el intercomunicador:

—Llama la señorita Patricia Cárdenas, que le diga que es Patricia, de Sonora.

II

Ayudante de sexólogo

En una operación sencilla, rápida y sincronizada, cosa de todos los días en la capital, el doctor Rodríguez detuvo el auto en zona prohibida, frente al Metro Juárez, y Patricia se desprendió de la entrada, donde esperaba, y lo abordó a la carrera. Los dos se rieron como si hubieran realizado la gran maniobra, previamente acordada por teléfono. Ella besó la mejilla del médico a manera de saludo, que a él le pareció insuficiente. Pensó que si hubiera ido a buscarla a pie podría haberla abrazado.

Mientras se dirigían al restaurante Los Girasoles, en el centro viejo de la ciudad —él había descartado los de cocina internacional, en los que se movía a sus anchas, pues no conocía los gustos de su acompañante—, Patricia lo puso al tanto de los motivos de su presencia en la capital.

Venía a tomar cursos avanzados de comunicación durante tres semanas, con el patrocinio de su periódico y también —esto era *top secret*, advirtió, sonriente— a estudiar la posibilidad de quedarse a vivir en México. Los cursos la ocuparían mañanas y tardes de los lunes, miércoles y viernes; los días restantes, que debería dedicar a investigación, los emplearía en hacer contactos y buscar trabajo.

El cerebro del doctor se puso a hacer cálculos extrarrápidos.

—Me caes del cielo —le dijo; “de Sonora”, intercaló ella—; bueno, del cielo de Sonora. Tal vez podría ofrecerte un trabajo para tus horas libres, pero es imposible precisar mi idea sin tomarnos antes un aperitivo.

Los Girasoles es un restaurante instalado en uno de los edificios centenarios vecinos al Museo Nacional (el antiguo Palacio de Comunicaciones) y al palacio de Minería, de Tolsá. Está adornado con grecas y otros dibujos sencillos de vivos colores que le dan un tono mexicano; el mobiliario es de madera con asientos de mimbre tejido.

El ambiente nacionalista que logró el decorador es para atraer turistas de los que, sin más, deciden que lo mexicano es así.

El médico escogió una mesa junto a uno de los balcones y acomodó a Patricia de modo que pudiera gozar, al menos parcialmente, la silueta de Bellas Artes, y en primer término, la de Correos. La muchacha no escondía el placer que le causaba la vista. La luz le daba en pleno rostro, lo que aprovechaba el doctor Rodríguez para apreciar los ojos y la boca que, cada vez con mayor intensidad, deseaba besar.

Pidió la carta de vinos, aunque ella prefirió una copa de ron y refresco de cola para prepararse una cuba. El maduro galán anotó mentalmente: *bebe*, sabedor de que el alcohol ablanda resistencias. No tardaría en borrar lo anotado; luego de aquella copa no aceptó más.

—La última vez que nos vimos —dijo el médico—, o más bien, el último minuto que nos vimos, a mi invitación para que me acompañaras a cenar con el rector, me respondiste con una expresión de enojo que me hizo pensar, lo pienso aún, que cometí una falta imperdonable.

—Más o menos. Me disgustó la sugerencia de que, por el honor de acompañarlo a usted, cortara a Antonio, sobre todo cuando usted se había negado a aceptar su invitación y, de paso, a escuchar el caso que quería plantearle.

—¿Qué caso era ese?

Ella no había completado la respuesta y puso la pregunta en lista de espera.

—Para mí fue ofensiva porque me ponía usted en el montón de sus adoradoras. Es cierto que me ofrecía un privilegio: el de llevarme a la cena como un trofeo levantado en el escenario de su éxito.

¿Pero qué es esto? ¿A qué se debe la agresión?

—El caso es un problema personal de Antonio. Tenía una mujer muy celosa de la que se separó para irse a vivir con otra. La mujer los persigue con insistencia enfermiza

y los insulta a gritos en lugares públicos. Antonio quería pedirle su consejo profesional. No es un periodista vividor; le pagaría honorarios.

El mesero se acercó a tomar la orden de alimentos y el paréntesis ayudó a tranquilizar las aguas. Luego, él habló con tono sereno:

—Tienes razón. Yo termino las conferencias en un alto grado de excitación. Me empeño en conservar el interés de los oyentes, vigilo mi memoria, que no vaya a fallar en el desarrollo del esquema, la localización de citas en las tarjetas que llevo preparadas, las respuestas a preguntas que a veces son insidiosas... Y si todo culmina con éxito, la vanidad le hace creer a uno que puede pedir cualquier cosa y le será concedida... Si me hubieras acompañado, de ninguna manera te habría considerado un trofeo, pero no habría podido borrarle de la cara la satisfacción de llevar del brazo a una hermosa mujer. Te pido perdón, perdón de veras, perdón por haberte ofendido.

Ella hizo un gesto equivalente a "no tiene importancia", y tarareó con burla el comienzo de una canción popular: *si acaso te ofendí, perdón*.

—En cuanto a la negativa de escuchar a tu colega, no me advirtieron que era su caso personal. Y si lo hubieran hecho, prevalecía mi compromiso de acompañar al rector. Por otra parte, la orientación profesional no se improvisa. El cardiólogo no te da una opinión si antes no ha auscultado con el estetoscopio al paciente y examinado sus electros, etcétera. Y yo no habría podido emitir un diagnóstico más o menos acertado sin haber visto a los dos enfermos.

—¿Los dos enfermos?

—Sí, Antonio y su mujer. Cada uno es causante del problema del otro; carece de sentido darle tratamiento sólo a uno de ellos. Sería como devolverle la salud a un enfermo y dejarlo junto al foco infeccioso.

Guardaron silencio un momento. Sería, ella proyecta-

ba un tipo diferente de belleza pues podía apreciarse la línea bien dibujada de su boca y la tez clara con el marco del pelo negro que llevaba muy corto. En la nuca desnuda brillaba una pelusilla dorada. Comenzaba a suavizársele la expresión.

—Bueno —dijo—, busquemos temas nuevos y dejemos atrás aquéllos. Iré a lavarme las manos y al regreso me dirá qué se le ha ocurrido.

El médico se levantó y la ayudó a retirar la silla. Aspiró con deleite su perfume.

—No recibo estas atenciones en Sonora —ahora la sonrisa era plena.

Cuando volvió, el doctor Rodríguez tenía listo el tema nuevo y lo fue exponiendo conforme servían los platillos.

—Tú necesitas un trabajo y yo necesito quién me auxilie en el desarrollo de un proyecto. Me comprometí a entregar a mi editorial una antología del pensamiento sobre el amor de grandes escritores y filósofos. Mi secretaria ha estado transcribiendo los pasajes que le señalo en algunos libros pero avanzamos despacio.

—¿Y qué le hace pensar que soy campeona de dactilografía?

—Tú irías más allá de las funciones de una secretaria, porque te daría libertad para seleccionar autores de tu preferencia y las citas. Más aún: querría que agregaras comentarios personales cuando sientas el deseo de hacerlo. Añadirías a la mía una perspectiva joven, y lo esencial, de mujer. Siempre me ha sido difícil, como a todos los varones, creo, penetrar el pensamiento femenino. Eres inteligente y me será útil tu agudeza de periodista.

Ella lo miró a los ojos como si quisiera hallar en ellos la respuesta a la pregunta que se disponía a formular.

—¿No está usted inventando este trabajo para ayudarme?

¡Maldita muchacha, ahora me resultó adivina!

—Ya verás que no, en cuanto revises, que será lo pri-

mero que harás, lo que llevo adelantado. Por otro lado, los honorarios que se te asignen no saldrán de mi bolsillo sino de la editorial, como está previsto en mi contrato. Tengo derecho al pago de un ayudante.

Ella deseaba ser convencida.

—Pensamientos sobre el amor... ¿No es un libro un tanto comercial, así como antología de pensamientos a la patria o la última frase de personajes célebres?

—Confío en que resultará comercial por el bien de mis finanzas personales, pero no será una antología del montón. Tendré el cuidado de informar, en fichas bien sintetizadas, en lo que también me auxiliarás, sobre la vida y obra de los autores, y añadiré comentarios en relación con la psiquiatría moderna. La crítica que haces, y te agradezco que la expreses con franqueza, la espero de varios colegas.

Le contó que la editorial que le publicaba perseguía, como cualquier otra, fines de lucro, pero a veces exageraba, a juzgar por los temas de investigación que le proponía. Uno de los que tenía pendientes, por ejemplo, era el estudio de las frases que pronuncian los amantes en la etapa del noviazgo, y luego, durante la cohabitación.

—Me piden que extienda el estudio a las parejas gay, lo cual sería novedoso aunque difícil pues la presencia de homosexuales en mi clínica, que es mi fuente de información, es poco frecuente.

La vio seria y reflexiva, y dio un giro a la plática para hacerla sonreír:

—Este trabajo no lo he comenzado formalmente, pero tengo ya un testimonio, un testimonio propio.

Se hundió en sus ojos y contó:

—Cuando nació mi segundo hijo, una vecina joven y soltera con la que había coqueteado un poco, se ofreció a cuidar al pequeño. Le preparaba el alimento, lo bañaba y le cantaba para adormecerlo. El tercer día que entré a la casa de improviso, la encontré oyendo música. Me encaminé hacia ella

sin decir palabra. Supongo que mi actitud era suficiente para hacerme entender. La besé y correspondió a mis besos y comenzamos a acariciarnos con acalorada impaciencia. Cuando parecía a punto de desmayarse en mis brazos, exclamó con tono declamatorio: ¡Esto no puede ser!, y yo le contesté con acento igualmente dramático: “Y sin embargo, ¡es!” Si hubiera una ley contra la cursilería nos hubieran enviado juntos a la cárcel.

Como ella festejó con su linda risa el episodio, él continuó:

—Un político importante, tan importante que si viniera hoy a comer aquí nos echarían a otros piso, se quejó conmigo de los celos infundados de su mujer. Me aclaró que eran fundados porque él mantenía su segundo frente, sí, pero infundados porque no era posible que ella tuviera una sola prueba. Y con el orgullo de un general que hubiera inventado una estrategia infalible, me contó su secreto. Sólo usa camisas blancas o azul tenue; tiene una buena dotación de ellas en el clóset de su despacho, de manera que si al cabo del día descubre huella de pintura de labios en la que llevaba al salir de su casa, se pone otra en su oficina y asunto arreglado. La mujer no advertirá que volvió por la noche con una camisa distinta.

—Ah, pero quería utilizar este ejemplo en relación al lenguaje erótico. Este político, que se desvive por el bien de los mexicanos, tiene aleccionada a su secretaria para que cuando llame cualquier de las dos señoras, simplemente le avise: “le habla la señora”. Él toma la extensión y saluda alegremente: “¡Hola, gordis!”, porque a las dos las llama igual. Bueno, el genio de este individuo llega al grado de que tiene dos perros bravos en cada una de sus dos residencias. Uno se llama Sócrates y el otro... adivina...

—¡Sócrates!

No llegaban al postre y se reían como antiguos camaradas. El asunto pintaba bien.

III

¿Por qué unirme a un viejo?

El doctor Rodríguez estaba satisfecho con el trabajo de Patricia y, desde luego, con el hecho de tenerla cerca. En las casi dos semanas que había trabajado había hecho descubrimientos valiosos, principalmente en el campo del teatro, que a él le era desconocido. Leyó algunos de sus apuntes.

"A su lado, tendida, ella lee. Serenamente. Mi amor no es irreal; el amor no es irreal. La vida del amor es de una realidad irrefutable. Estoy segura ahora de que el amor es eternamente irrefutable". Eugéne Ionesco, francés, *La música intermitente. Diario íntimo*.

"¿De qué cree entonces que están hechas las mujeres? ¿De acero, de platino, de diamantes? Están hechas de suspiros, de humo, de caprichos; la cosa tiene su parte buena y su parte mala y todo se mezcla, estalla entre las manos del químico o se combina, según. Toman de improviso formas eternas que dan ganas de morir enseguida, tan hermosas son, y un buen día, es espantoso, un monstruo se le escapa entre los dedos". Jean Anouilh, francés. *Romeo y Jeannette*.

"Sí, tienes razón. El amor trae momentos verdaderamente exaltantes, son las rupturas". Jean Giradoux, francés, *La guerre de Troie n'aura pas lieu*.

"Ya le dije que mi marido y yo comenzamos a hablar raramente. Después cayó sobre nosotros un completo silencio. Yo creo que el pensamiento mismo necesita palabras; si se desacostumbra a ellas, poco a poco se convierte en algo informe, tétrico". Ugo Betti, italiano, *Delito en la Isla de las Cabras*.

"Pero, ¿por qué querer unirme a un viejo? ¡No!". Augusto Strindberg, sueco, *La danza macabra*.

No le encontró sentido a esta última frase, a menos

que la joven la utilizara como mensaje para él. Lo hubiera olvidado si no hubiera encontrado enseguida un cuento de Italo Svevo, *"Del buen viejo y la bella jovencita"*, en el que Patricia había subrayado estas frases: "Cuántos jóvenes que pudieran aquietarse felizmente en una cama de hospital, no echan la casa por la ventana, creyendo que no es posible ir a la cama con una mujer sin antes conquistar, crear o destruir. Los viejos, en cambio, de los cuales se dice que están más protegidos de las pasiones, se abandonan a ellas con plena conciencia, y van a la cama de la culpa sin más temor que el de pescar un resfriado".

Era interesante el buen número de comentarios que Patricia había escrito al margen, no sólo de las citas localizadas por ella, sino de varias de las que ya llevaba el doctor Rodríguez coleccionadas; su postura feminista a veces era agresiva. El médico se propuso moderar el tono porque no iba la bandera radical de una ideología con la mesura y objetividad de una obra científica.

Patricia... ¡cómo la deseaba! Los tres días que había venido la semana anterior la había invitado a comer, y sólo había aceptado una, y en lo que iba de esta semana, ninguna. No obstante, le había propuesto ir el viernes por la noche a una función de danza contemporánea en uno de los teatros que se encuentran atrás del Auditorio Nacional. Dio por descontado que al salir irían a cenar.

Le pagaría de su cuenta personal el trabajo de las tres semanas y gestionaría que la casa editorial le reembolsara la cantidad. Con ese cuento le había pedido que entregara sus datos fiscales a la secretaria a fin de elaborar el recibo correspondiente. La verdad era que si la editorial pagaba, bien, y si no, también. Lo que le importaba era mantenerla a su lado las tres semanas, y si era posible, más tiempo.

Pero la única manera de hacerla que se quede sería que se interesara por mí, un sesentón con proa a la vejez. ¡Santo Dios! He pre-

sumido tantas veces de que nunca he conquistado una mujer, que simplemente han llegado y nos hemos aceptado mutuamente, que se hace el milagro... un milagro, sí. Algo se pone a funcionar en el interior de un hombre y de una mujer con ritmo coincidente, como los ecos que reproducen las montañas o las imágenes repetidas sin fin de veces en espejos colocados frente a frente... ¡Y ya!

No me han creído, los que me preguntan cómo seducir una mujer, que no lo sé, que nadie lo sabe: Que ocurre o no ocurre. Simplemente. Cuando mucho, pueden calcularse posibilidades. Los dos son alegres, los dos son sanos, los dos son amantes del baile, de la natación, los dos son solteros..., tal vez, sólo tal vez. No es posible establecer leyes con estos hechos porque las excepciones son demasiadas. Quedan sin explicación las uniones de individuos contradictorios. Las vemos por todas partes: la mujer altísima con un enano, el jovenzuelo guapo agarrado del brazo flácido de una bruja, la chica escultural con un anciano, el intelectual cultivado con una imbécil que con dificultad escribe su nombre. Cada quien ve a su pareja, al que consideramos los demás un fenómeno de circo, como si fuera una estrella de cine. Y son sinceros. Están enamorados.

Es fácil calcular la posibilidad de que no haya amor. "¿Por qué querer unirme a un viejo? ¡No!" ¿Por qué apartó esa cita? Aunque no lo haya hecho con la intención de dejarme un mensaje, ¡es un mensaje! Los viejos que se han casado con jóvenes sacan a la luz los argumentos que les convienen, que no todo es pasión en el matrimonio, están la ternura, la comprensión, los cuidados mutuos, los viajes, el disfrute juntos de los crepúsculos y el rumor del mar, las noches de luna y las serenatas.

¡Todo es basura ante la unión tempestuosa e inagotable de los cuerpos jóvenes, del placer que los órganos sexuales envían al cerebro! Lo gocé con mis tres mujeres, sobre todo con la primera. El coito extenuante, la penetración del miembro que entra y sale y eyacula y el desmayo de los amantes que necesitarán, están seguros, muchas horas para reponerse y la maravilla de sentir que renace el deseo ante la magia de un leve toque.

Ese amor con barruntos de hazaña atlética, de borrachera sin resaca, de demencia, es el que espera a Patricia, no el deseo turbio

de un viejo que le dobla la edad... y un poco más. Ese amor no lo sustituyen las cenas en restaurantes caros, la ópera, los regalos. Su cuerpo perfecto está hecho para otro cuerpo perfecto... y de su edad y su vigor.

¿Elimina o disminuye mi deseo este razonamiento lógico? Al contrario, lo radicaliza y lo ahonda. No me queda más opción que hacer a un lado mis conocimientos y mi experiencia y permanecer alerta, con una esperanza tonta, como todas las esperanzas.

IV

Edades distantes, mundos distintos

Encontró un sitio para estacionar el automóvil a una distancia razonable del Teatro de la Danza. Era temprano y Patricia no había llegado. Se había opuesto a que pasara por ella pues a un paso tenía, le dijo, una estación del Metro y desplazarse en él era lo más práctico. Se sabía el enlace hacia el Metro Auditorio.

El doctor Rodríguez se entretuvo viendo los anuncios y las fotos de los grupos que participaban en la temporada. Había asistido años atrás a funciones de danza clásica y danza folclórica, pero no de contemporánea. Le fascinaban los cuerpos bien contruidos de bailarines y bailarinas, algunas de éstas con los senos descubiertos, pero no entendía la presencia de objetos heterogéneos: máscaras, globos, muletas para tullidos, platos regados en el piso..., de hecho, cualquier cosa.

A su lado, de pronto, estalló la risa cristalina de Patricia.

—¡No, no, no! Yo no entraré a ver danza con un señor tan formal.

Metió mano en su corbata, la desanudó y se la quitó, la dobló con cuidado y la puso en una bolsa de su saco. Le desordenó el cuello de la camisa, dio un paso atrás para apreciar su facha, y dictaminó:

...Más o menos.

Patricia llevaba falda y blusa de la misma tela estampada en fondo azul, que parecían cosidas en una sola pieza; aunque la falda era bastante corta, sus muslos y piernas estaban protegidos por medias azules que no ocultaban, más bien destacaban, el modelado de sus extremidades.

Lo tomó de la mano y lo jaló al interior. Abría paso con la otra mano, en la que llevaba los boletos. La saludó uno aquí, otro allá, y en una de las dos ocasiones se vio

obligada a presentarlo: "un amigo". Curioso que aquí conociera alguien a la periodista, ninguno a él.

En cuanto se acomodó en su butaca, en la quinta fila de la sala, el médico entendió que Patricia imponía las reglas. La gran mayoría de los asistentes, con excepción de tres o cuatro, seguramente maestros, eran jóvenes, muchos de menor edad que su acompañante. Cuando andaba a la caza de una muchacha, sobre todo si era provinciana, el médico la deslumbraba con cena y baile en un centro nocturno y remataba con mariachis en Garibaldi. Ahora saltaba él con mansedumbre y de buen grado el aro que Patricia bajaba o subía de altura. Sus 60 años, su pelo bien cortado y su fina camisa lo hacían sentirse fuera de lugar, aunque en realidad a nadie le importaba. A los chicos de largos cabellos y a las chicas que reían y hablaban a todo volumen los habría dejado indiferentes un tipo aún más raro que el doctor Rodríguez. Se ocupaban de sus propios rollos.

Se presentaron tres coreografías con música moderna cuyo significado, si lo tenía, no comprendió. Los cuerpos que se desplazaban en el escenario eran fuertes y bellos. Seguía los movimientos con avidez. Lo hacía también Patricia, a quien él echaba miradas subrepticias para acariciar con la vista la suave curva de los senos insinuada en el escote.

Casi al final, en un pasaje erótico de la obra, Patricia colocó una mano sobre la rodilla del doctor como para llamar su atención y decirle algo, pero sin quitar los ojos del espectáculo. El médico puso la mano sobre la suya, que no fue retirada, y perdió él la continuidad del argumento porque se concentró, emocionado, en el contacto de los dedos femeninos, que intentó enlazar sin encontrar respuesta. Se excitó. Durante unos segundos consideró la posibilidad audaz de jalarle mano hacia su pene pero rechazó el pensamiento, asustado de haberlo tenido: se arriesgaría a perder lo poco que había ganado en su relación.

Le vino, en cambio, otra preocupación. La palma de

su mano comenzaba a humedecerse. No sería nada grato tener encima una mano sudada. Era necesario que la retirara, pero no quería hacerlo. Por fortuna llegó al final la última coreografía y fue natural que ambos retiraran sus manos para aplaudir. Ella le dirigió una gran sonrisa esperando, con la mirada, su opinión. Él hilvanó algunas palabras elogiosas. De veras le había gustado. Lamentó desconocer la terminología que le habría permitido fundamentar su opinión.

Salieron entre la multitud, a veces de la mano y a veces separados por los que se adelantaban. Afuera, hubo que caminar hasta el automóvil; en el trayecto, le pasó el brazo por los hombros.

—En los años que he vivido solo he aprendido a cocinar dos o tres platillos que, aunque lo diga yo, no están mal. ¿No quieres ir a mi casa para que me los califiques?

—En otra ocasión. Ahora me gustaría ir a un café de Polanco donde, según me dijeron, acostumbra reunirse este grupo. Quiero hacerles una pequeña entrevista.

Le abrió la portezuela para que subiera, la cerró y, decepcionado, fue a instalarse al volante.

—¡Periodista hasta el fin! —dijo con tono de chanza, pero sin disfrazar su frustración.

Tuvo una pequeña satisfacción cuando Patricia lo presentó a los bailarines como "un distinguido psiquiatra originario de Sonora", pero pronto quedó al margen. El lenguaje de los artistas era para él un misterio. La periodista preguntaba, discutía, anotaba. Tomó fotos. Dos bailarines pugnaban por ligarla.

Se despidieron del grupo dos horas después y abordaron el auto. Tomó una calle paralela a la avenida Reforma que lo condujo a una solitaria sección del bosque. Detuvo el coche sin apagar el motor.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

El médico sintió que debía recuperar el control, asumir su papel de guía y dar el tono a la aún endeble relación; y

echó mano de una de sus tantas aventuras eróticas.

—No debí haber tomado esta calle —dijo con aire soñador—. Me duele el recuerdo.

Ella simplemente lo dejó hablar.

—Terminé la carrera y me inscribí en el Instituto Anglo Mexicano de Relaciones Culturales para mejorar mi pobre inglés. Planeaba, como lo hice, especializarme en Londres. Éramos sólo una docena de alumnos y me tocó estar al lado de una joven bonita, de origen venezolano, que se ganaba la mitad de su vida en sesiones de modelaje. No faltaba, llenaba de apuntes cuadernos enteros, se esforzaba con la pronunciación, pero el inglés parecía vedado para ella. Un día me invitó a estudiar juntos en su casa. Fui. Descubrí que era madre soltera. Tenía una hija de cinco años y el departamento, esto lo supe más tarde, se lo pagaba un señor de cierta edad, dueño de varias zapaterías.

—Así se ganaba la otra mitad de su vida —intercaló traviesamente Patricia y ahogó un bostezo.

—Abrevio. Nos hicimos amantes pero, por un lado, me robaba tiempo para estudiar y, por otro, no me hacía gracia el papel de *souteneur*; yo no tenía dinero y disfrutaba lo que pagaba el otro. Le planteé que termináramos y pareció aceptarlo sin objeciones. Pero dos días después me llamó al hospital donde realizaba la práctica, al filo de mediodía, y me dijo que quería despedirse porque se había tomado un frasco de vallium. No lo dudé ni un segundo. Logré que me dijera dónde estaba: al pie de esos árboles que ves ahí, un lugar en el que habíamos retozado buena parte de un domingo estudiante, supuestamente.

La joven bostezó, ahora sin disimulo.

¡Qué lío! En lugar de impresionarla con mi experiencia amorosa, la aburro.

—Llegué en taxi y la localicé. Estaba sentada en el césped, apoyada la espalda en un árbol, con los ojos cerrados pero no totalmente dormida. Me escuchaba. Respondió a mis preguntas con monosílabos ininteligibles, arrastran-

do las vocales. En la mano apretaba un frasco de vallium al que le quedaban cinco o seis pastillas. La temperatura de su piel era normal; las pulsaciones, un tanto aceleradas. ¿Qué hacer? Debí haber pedido una ambulancia y llamado a la policía. Pero estaba aterrorizada y decidí levantarla y llevarla a mi departamento para atenderla. ¡Yo era médico! Vi otras pastillas en el suelo y traté de convencerme de que no se las había tragado todas.

Patricia, que se había recostado, indolente, en el asiento, sugirió:

—¿Me sigue contando y avanzamos?

Él encendió los faros y enfiló hacia Reforma, aún con bastante circulación.

—Atravesé los faros casi cargándola y no pasaba un miserable taxi. Decidí llevarla en camión hacia el centro donde sería más fácil encontrar uno. Para ello fue necesario cruzar al otro lado de la avenida. La aventura se volvía grotesca. En el camión, que no llevaba asientos libres, la sostuve todo el tiempo asida de la cintura con un brazo, mientras me sostenía en pie con el otro. Yo vivía entonces en un modesto departamento de la avenida Cuauhtémoc. Estaba en el segundo piso y no había elevador. Ni modo. A subirla como carga muerta. La llevé hasta la cama, la acosté y me dejé caer en un sillón, agotado.

Ahora el doctor Rodríguez buscaba con desesperación cómo terminar pues Patricia, de plano, iba con los ojos cerrados.

En otra época habría detenido el carro y la habría besado, sin más. A esta edad me paraliza el temor de hacer el ridículo.

—Pensé en uno o dos amigos que podrían ayudarme. Pero todo desembocaba en que tendría que dar parte a la policía. ¿Hasta dónde llegaba mi responsabilidad? ¿Y si moría? Le quité los zapatos y aflojé sus ropas. Le escuché el corazón, le apliqué el termómetro, le tomé el pulso una docena de veces. Aparte de que dormía profundamente, no había

signos preocupantes. Las horas avanzaban. Oscureció. Me tendí en el sofá. No sé a qué hora me venció el sueño ni a qué hora desperté. Miré hacia la cama: ¡no estaba! Era un departamento tan pequeño que no tuve que buscar mucho. Por debajo de la puerta del baño se veía luz. Le pregunté desde afuera si estaba bien y no respondió. Pasaron unos minutos. La puerta no tenía seguro y la abrí. Estaba de pie, con ambas manos en el lavabo. La sangre fluía de sus muñecas. No era un chorro como cuando se corta una arteria, sino una corriente mansa y lenta. Era, de todas maneras, horrible.

—Extrañamente, ya no sentí miedo como horas antes sino ira, verdadera furia contra la idiota que insistía en morirse y hundirme. La hice salir, la senté en una silla del comedor y acerqué mi reserva de medicinas. Le lavé las heridas, que no eran profundas; vertí en ellas polvos desinfectantes; coloqué gasas y vendas. Ella continuaba atontada, o tal vez no hallaba qué decir. Le arreglé la ropa lo mejor que pude, le eché uno de mis suéteres sobre los hombros y le dije que la llevaría a su casa. Pasaban de las cinco de la mañana y hacía frío. Sólo despertó de verdad cuando el taxi llegó a su edificio y vio aparcado en la acera el auto de su querido. Con voz temblorosa y atropellada me pidió que la acompañara y que le contara una historia a su amigo: que había tenido un accidente, que la había conocido en la Cruz Roja y le hacía el favor de llevarla... No la dejé terminar. La ayudé a bajar del vehículo y le dije: "Las mujeres no necesitan contar historias; llorarás un poco y te creerá". Era cínico pero estaba harto. Fue la última vez que la vi.

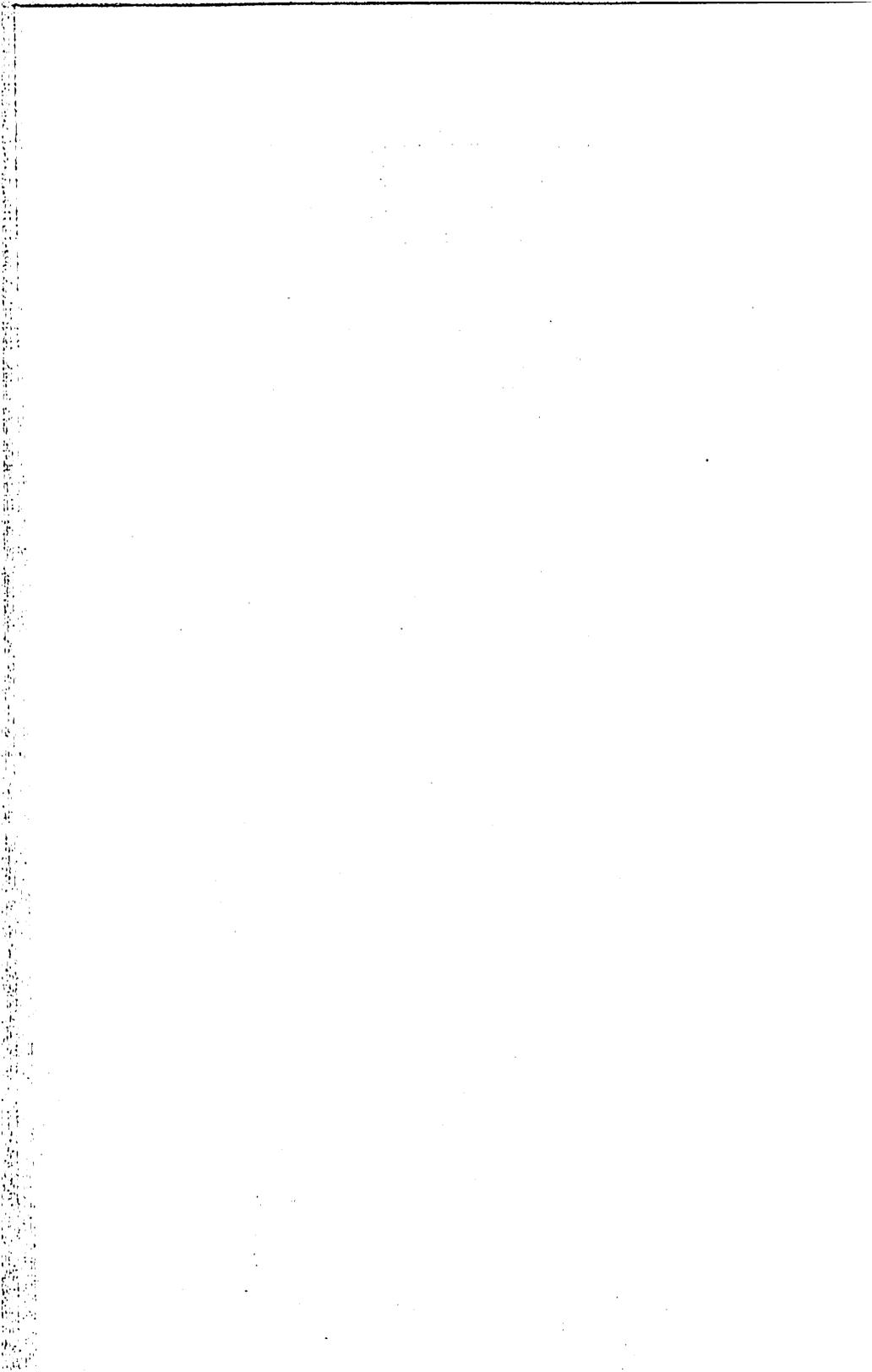
Llegaron al hotel de Patricia.

—Ha sido una velada interesante —dijo ella, y le puso la mano en el brazo para impedirle que bajara—. Y usted ha sido muy amable. Uno de estos días corresponderé a esa historia. Buenas noches.

Y se fue.

Sintió que había sido estúpido contarle aquello en el afán de crear en su derredor una atmósfera erótica, ¡y un relato tan largo!, pero la molestia no era consigo mismo sino contra la fría indiferencia de Patricia.

Debí haberle contado lo mejor: que cuando le tomaba el pulso y le ponía la mano en el corazón, en los pechos, pues, me excité y le apliqué la prueba idónea para comprobar que estaba viva. Me la cogí. La siguiente oleada de miedo fue imaginar que se moría y que las autoridades ordenaban la autopsia y encontraban mi semen en la vagina del cadáver.



La sorpresa y sus efectos

Hay sorpresas que al mismo tiempo oscurecen la conciencia y la iluminan; muestran de golpe la cara fea de una situación y desatan, de manera relampagueante, una cadena de verdades.

La mañana del lunes, cerca del mediodía, recostado a medias en su sillón, escuchaba la explicación del psicólogo sobre el problema de la pareja a la que debía dar una cita. Era el caso nada raro del marido que comienza a fallar en la cama a su mujer aunque ninguno de los dos ha llegado a los 50 años.

Rubén Olmos, el psicólogo, socio de la clínica, de 35 años, delgado, casi flaco, vestido con aliño, bien parecido, con existencia amorosa gris, describió los estudios realizados a los pacientes para descartar las causas originadas en enfermedades o trastornos físicos.

—Todo bien. Los cónyuges están sanos. Son padres de tres hijas, sólo una casada que está por darles el primer nieto. Hay armonía en el hogar. No son fanáticos del sexo, pero siempre lo habían hecho sin problemas de ninguna índole.

—¿Y las travesuras? —preguntó el doctor Rodríguez.

—Se las recomendé al marido y me dijo que no habían resultado. Pero tengo alguna reserva de que las haya intentado. Es muy conservador y creo que atiende el consejo de su confesor antes que el de su médico.

Entre ellos, llamaban "travesuras" a las caricias atrevidas, no usuales, y a las posiciones novedosas adoptadas por la pareja, que a veces eran estimulantes en la medida en que actuaban marido y mujer como empujados por una personalidad distinta.

Mientras tomaba notas para acordar la línea de tratamiento, entró la secretaria del psiquiatra y puso a su

alcance una carpeta con la correspondencia del fin de semana. La abrió con displicencia y pasó la primera hoja, la segunda, y al ver la tercera se puso de pie con tan notoria brusquedad, que Olmos dejó de hablar y lo miró aguardando una explicación.

La hoja contenía, en pocas líneas, los datos fiscales que le había solicitado a Patricia para los recibos; arriba, con mayúsculas, estaba su nombre completo: PATRICIA CONTRERAS RIPALDA. ¡Ripalda, el apellido de Ester! ¡Es su hija! No dio forma a esas palabras como interrogación sino como afirmación rotunda.

¡Es hija de Ester, de ahí el parecido que detecté desde el principio!

El psicólogo carraspeó para recordarle que seguía ahí.

—¿Malas noticias?

—Más bien, noticias inesperadas.

—¿Quieres que sigamos en la tarde? ¿O mañana? Mañana podría traerte un borrador del tratamiento que propongo, para que le quites o le agregues.

—Sí, de acuerdo —aceptó el psiquiatra manteniendo en la mano la hoja—, mañana está bien.

Verificó el lugar de nacimiento: Xalapa, Veracruz; sí, a Xalapa se había ido a vivir Ester con el hijo de ambos..., el hijo que había muerto. Aunque él no era el padre de Patricia, obviamente, verificó fechas e hizo una rápida operación aritmética. No, claro que no era el padre.

Durante un largo momento se quedó pasmado, sin atinar qué hacer, sin orientar sus pensamientos.

Aquel hijo había muerto. ¿Debió haber asistido al sepelio? Pero Ester vivía o estaba casada con otro hombre. ¿No se daría una situación embarazosa si él aparecía de pronto en la funeraria o en el cementerio? Cuando Ester lo viera junto al féretro ¿se lanzaría a abrazarlo para compartir su pena, lloraría tal vez en su pecho? Resolvió no ir. Envió una ofrenda floral anónima. Ella comprendería.

Aunque algunas veces leyó con interés las notas bi-

bliográficas y críticas que ella publicaba en revistas literarias de Veracruz y de la ciudad de México, no había vuelto a verla. Le contaron que se había vuelto militante de un partido de izquierda, activistas, de las que participan en los desfiles con el puño levantado. Ella, tan dulce. Cuando se enteró, años después, de que había sido madre por tercera vez, embarazada por un tercer hombre, su recuerdo comenzó a desdibujarse.

Y si la relación prácticamente se había desvanecido, ¿por qué Patricia había ocultado el nombre de su madre? Le habría bastado darle a conocer su apellido materno, que era poco común: Ripalda, como el del jesuita autor del popular catecismo. Él habría establecido de inmediato la relación, considerando también el asombroso parecido.

Por otro lado, ¿cómo había ido a parar en Sonora la niña nacida en Xalapa? ¿Tenía qué ver en ello Antonio, el periodista aquel que le había sido antipático a primera vista? ¿No había urdido él esto que percibía confusamente como una conspiración, aunque ignoraba el motivo y la finalidad? Al recordar cómo le pasaba el brazo por los hombros durante su segunda conferencia, en Hermosillo, adquirió la convicción, con celos absurdos, de que había entre ellos una liga amorosa.

Tenía que obtener las respuestas de Patricia y sintió el impulso de ordenar a su secretaria que la localizara ya que los lunes asistía a su curso y no se presentaba en la clínica. Pero necesitaba razones para interrogarla y tiempo para sofocar, sería lo mejor, el deseo que la empujaba hacia ella. Cerró la carpeta como si, al hacerlo, espantara los pensamientos sombríos, y marcó la extensión del psicólogo. Continuarían el trabajo interrumpido. La sorpresa había pasado.



VI

¿Qué maldito libro es éste?

Tocó la puerta y entró sin aguardar el "adelante". Patricia iba preciosa, toda de blanco: blusa, falda y zapatos. ¿Había escogido intencionalmente ese color? Hasta en los aretes que colgaban de sus pequeñas orejas destacaba una piedrecilla blanca.

—Pedí dos cafés —le dijo, y la invitó a sentarse. Ayer leí la hoja que me dejaste con tus datos y tengo una o dos preguntas que te agradeceré que me contestes. Es obvio que podrás negarte.

—Es obvio —repitió ella con sonrisa espléndida—, pero contestaré con gusto.

—¿Sabías que yo estuve casado con tu madre?

—Claro.

—¿Y por qué me ocultaste tu segundo apellido?

—¿Lo oculté? ¿No está escrito en la primera línea de esa hoja? ¡Y con mayúsculas!

—No juegues conmigo, Paty. Cuando nos encontramos en Sonora pudiste haberme dicho: soy hija de Ester Ripalda.

—¿Por qué tenía que habértelo dicho? Tú no eres mi padre —era la primera vez que lo tuteaba, como estuvo a punto de pedírselo él en Sonora, pero este tuteo no nacía de la confianza sino, al parecer, de rencor reprimido.

Entró un muchacho con los cafés. El médico le indicó que los pusiera en una mesita próxima al ventanal y que acercara los sillones. Se levantaron para ir a ocuparlos, ella con movimientos felinos que acentuaban su atractivo. El sintió una vez más, contra su voluntad, el pinchazo del deseo.

—Déjame darle otro enfoque al asunto. No consideraste necesario decirme quién es tu madre, está bien. Pero viniste a buscarme a esta clínica, y aunque charlamos varias veces y creo, me agrada creerlo, que se estableció

entre nosotros cierta, ¿cómo la llamaré?, camaradería, no hiciste alusión al hecho. Todo esto me desconcierta. ¿Me buscaste con un plan preconcebido?

—Ahora la desconcertada soy yo. De lo que llamas “plan preconcebido” te puse al tanto desde nuestra primera plática. Te dije que iba a escribir sobre tu vida y tu obra y te solicité información. Te habías enterado antes de que soy periodista. Y no creo necesario recordarte que el periodista hace reportajes y entrevistas. Por eso, si bien no te di información sobre mi vida, en primer término porque no me la has pedido, y en segundo, porque carece de interés, yo me he dedicado a reunir información sobre la tuya.

—¿Sobre qué aspectos de mi vida?

—Sobre todos. Será fácil escoger algunos para el periódico y despachar la entrevista que te negaste a darnos. Cuando la vaya a publicar en libro, se verá cuáles se destacan, cuáles se suprimen. Tú has escrito libros, nada te puedo enseñar al respecto.

El psiquiatra se puso de pie. Parecía no ver ya, en Patricia, a la adolescente encantadora, sino a una mujer peligrosa.

—¿Me puedes decir con total claridad de qué maldito libro hablas?

—Del que escribo sobre tu vida. ¿Debo repetírtelo? Lo presentaré como tesis de maestría y estoy segura de que un editor se interesará en publicarlo.

—¿Y qué hallará en él si no te he contado nada de mí?

Patricia se levantó también y dio unos pasos por la habitación, acaso consciente de que su belleza era la carta de triunfo en aquella discusión.

—Una ventaja del periodismo es que aprende uno a investigar; a reportear, decimos nosotros. Sé dónde y cuándo naciste, dónde estudiaste, qué distinciones académicas has recibido, he leído tus libros. En lo que toca a tu vida privada, localicé una magnífica fuente: tu primera esposa, a la que no es difícil hacer hablar sino hacer

callar —fracasó en el intento de sonreír; su voz se había endurecido—. Y tengo a mi madre, aún tengo a mi madre. El intento de suicidio quedó atrás. Se ha recuperado. Hará recuerdos para mí.

Él se pasó la mano por la frente.

—¿Intentó suicidarse? ¿Es verdad? De repente dudo de todo lo que dices. No entiendo qué persigues, pero sospecho un propósito insano.

Ella continuó como si no lo hubiera escuchado.

—Me falta llenar algunas importantes. Ignoro casi todo de tu tercera esposa pero sé dónde encontrarla. Y aún debo completar el capítulo relativo a tu niñez y adolescencia en Ciudad Obregón, donde descansan tus padres. Será un capítulo poético. Sé que tu madre era una mujer muy bella.

El médico se estremeció. Aquellas palabras le sonaron a amenaza y decidió herir.

—¿Te ayuda en esa tarea Antonio, el que te llevó de Xalapa a Sonora? ¿No urdieron juntos el cuento de que él, pobre marido perseguido por la bruja de su esposa, quería mi opinión profesional para poner a salvo a la amasia? ¿No eres tú esa amasia?

Patricia hizo una aspiración para dar volumen a su grito:

—¡Tienes la cabeza llena de mierda! ¿Qué otra cosa esperar de ti? Para que no salgas con que oculto el apellido de mi madre, te diré los apellidos de Antonio: Castellanos Ripalda. ¡Es mi hermano!

Abrió la puerta y llamó a la secretaria.

La mujer entró con cara asustada. Debió haber percibido, desde afuera, el tono áspero de la discusión.

Esforzándose por serenarse, Patricia le dijo:

—Señorita, para no tener que triangular las instrucciones que el doctor ya aprobó, le ruego que me espere el sábado próximo para que me reciba el trabajo que estoy por terminar, y para que, a su vez, me entregue el importe de mis honorarios. ¿De acuerdo, doctor?

El psiquiatra hizo un gesto de asentimiento pero propongo un pequeño cambio, dijo. La señorita no viene a trabajar los sábados. Nos veremos a las 12 en este Sanborns de la esquina y ahí intercambiaremos material y pago. ¿Está bien?

—Está bien, confirmó ella. Y se marchó.

VII

La misma medicina que me tragué

El psicólogo Rubén Olmos había omitido datos importantes al hablarle del caso del marido impotente, y el doctor Rodríguez procedió a leer el expediente completo. En la consulta celebrada sin la presencia de la esposa quedó en claro que sólo era impotente con ella, aunque no había razón visible pues se conservaba razonablemente atractiva y era alegre y simpática. El sexo del marido se manifestaba activo y eficaz con otras mujeres, inclusive de mayor edad y menos agraciadas que la suya. Esta era una declaración del marido, claro, *off the record*.

Estás describiendo mi caso, estimado Rubén. Por tanto, tendrás que recetar a este par la misma amarga medicina que yo me he tragado.

—A menudo pienso que deberíamos convertir esta clínica en sucursal de la iglesia, de cualquier iglesia. Ganaríamos más dinero y trabajaríamos menos. En el caso de este matrimonio le recetaríamos el sermón que tendríamos bien memorizado:

“Queridos hermanos: el Señor nos manda pruebas que debemos aceptar, no sólo con resignación sino con alegría porque vienen de Él.”

Se había levantado de su sillón y con las manos enlazadas sobre el estómago y la mirada extraviada en el techo, fingía hablar como un viejo fraile. El psicólogo se divertía.

“En Su infinita bondad, os ha permitido los goces del himeneo en vuestra juventud y os ha premiado con hijos (¿dijiste que tienen hijos?). Ahora os pide un sacrificio que no lo será si recordáis que viene de Él. Renunciad a los placeres del lecho. Son placeres efímeros. Sustituidlos por la oración. El Reino es eterno...”

Estallaron en carcajadas.

—Pero ellos no piensan todavía en el más allá, Rubén. Quieren seguir cogiendo como lo han hecho tantos años. Lo exige su salud, la salud de ambos. Que lo hagan, pues, en buena hora, aunque tengan que coger con distinta pareja.

Se rieron un poco más y el doctor Rodríguez sintetizó el tratamiento que el psicólogo corroboraba con movimientos afirmativos.

—Diles que duerman en cuartos separados, si no lo hacen ya. A él: que continúe la dura tarea de levantar muchachas en su carro y enamorar a las secretarias de sus amigos. Es menos peligroso que enamorar a las propias. Y a la esposa, aquí tienes que hilar fino, y lo sabes hacer, Rubén, pero mide tus recursos de persuasión, y si no estás seguro, tal vez tendrías que pasarle el paquete a tu joven ayudante, que siendo mujer... Perdona, precisaré la idea. Hay que convencer de que deje en paz al marido unos meses, que las aguas volverán tarde o temprano a su nivel. Pero que no se encierre, al contrario, que se asome al mundo. Antes, que renueve su guardarropa, comprar ropa es terapia infalible para las mujeres, que cambie de peinado, que acepte invitaciones a fiestas, de preferencia sola, que no le hará daño un coqueteo inocente por aquí, otro por allá...

El psicólogo le quitó la palabra:

—..., y que todo esto la ayudará reevaluar su identidad de mujer, que ha padecido una minusvalía en el curso de este problema; que al marido le sentará bien cierta dosis de celos, y que lo esencial es salvar a toda costa su matrimonio.

—Amén.

Chocaron las manos, satisfechos. El psiquiatra tomó del brazo al psicólogo y lo acompañó a la puerta, donde le hizo la última recomendación:

—Que no se te olvide titular este tratamiento "Cuerpos que no se ven, corazón que no siente".

Al cerrar la puerta se le cayó la máscara de la alegría y

apareció el recuerdo de Susana, su tercera exmujer, con la que había cargado durante años por inercia y con la que había experimentado un problema como éste, del que se burlaba un minuto antes.

Muchas mujeres oscuras se conforman con el reflejo de la luz del esposo, pero son muchas también las que anhelan brillar por sí mismas, y si no lo logran, se sienten frustradas. Para aliviar la frustración, se inventan una existencia falsa, mienten. Yo fui víctima de una deformación moral: pasaba por alto las faltas graves como el adulterio, sobre todo si yo lo cometía, pero no perdonaba las mentiras, aunque fueran intrascendentes. Se me volvió intolerable escuchar cómo Susana mentía a los demás, en mi presencia, para construirse un status intelectual que carecía de soporte.

El cambio de casa me sirvió para formalizar la separación de dormitorios. El contacto sexual había disminuido y me aburría. Y a ella le pasaba lo mismo, creo. Comenzó a hacer planes para reencauzar su vida, planes que no me importaban. Y mostraba con torpeza su juego: una vez insistió en acompañarme a un centro turístico en donde debía dar una conferencia. Y en la única noche que pasamos ahí, su conducta fue, no sé, al menos rara. Hicimos el amor y ella, por lo general pasiva, se movía sin cesar, me mordía las orejas, resoplaba. Intentaba darme la impresión de amante excepcional pues, lo supe más adelante, aquella era su despedida. Se proponía no volver a acostarse conmigo. ¡Para que supiera lo que perdía!

Como marido, aquello me pareció burdo y grotesco, pero como psiquiatra lo analicé con interés. Ella había reavivado un viejo afecto con un fulano. Intercambiaban mensajes cada vez más cálidos, lo que comprobé personalmente porque una vez dejó a la vista uno de esos mensajes electrónicos impreso. Era muy descuidada pero no elimino la posibilidad de que lo haya dejado premeditadamente para que yo lo supiera. No creo, si éste fue el caso, que buscara desquitarse de mis infidelidades, sino satisfacer el afán de equiparárseme como conquistadora. ¡Niñerías!

Mi reacción, al enterarme, no fue la del celoso tradicional, posiblemente porque tenía conciencia de lo que yo ganaba: po-

ner fin a ese remedio de matrimonio. Además, me había acostumbrado, por la práctica profesional, a analizar las pasiones con cabeza fría. Lo que me indignó fue el engaño pues yo siempre le pagaba los viajes —se citaba con él en otras ciudades—. Suena mezquino, pero era como si les hubiera pagado la habitación del hotel. Y por añadidura, una vez más me ofendía la mentira más que el hecho mismo.

Se quedó pensando en que Patricia podría, con su habilidad periodística, sondear con facilidad a Susana y se preguntó —de nuevo, la deformación profesional— si podría conocer luego las apreciaciones de su exmujer a fin de compararlas con las propias.

VIII

Sed de sexo

De sus dos hermanas sólo vivía la mayor, Camila, septuagenaria, viuda, madre de tres hijos que ya habían fundado sus propias familias. Le dio tanto gusto recibir su llamada, que se puso de inmediato a planear una fiesta con amigos y familiares. El doctor Rodríguez frenó su entusiasmo. De lo que se trataba era de lo contrario, de ponerse a hacer recuerdos familiares sin testigos que los interrumpieran con su curiosidad. Quedó en ir a visitarla el siguiente viernes, por la tarde.

Camila era delgadísima, pero aunque se movía con lentitud y cuidado, mantenía el tronco vertical, caminaba sin ayuda de bastón y su peinado y su maquillaje eran impecables. Miraba y volvía a mirar con cariño a su hermano, celebraba sus libros, su fama, y se dolía de los largos lapsos en que perdían el contacto.

A él siempre le había parecido extraño el alejamiento de sus dos hermanas, pues aunque no era poca cosa haber dejado Sonora para establecerse, casadas ya, a dos mil kilómetros de distancia, los maridos tenían recursos para pagarles los viajes cuantas veces lo hubieran querido. Invitaron a México una vez a su padre, cuando ya estaba jubilado, pero no a su madre porque tenía que cuidar a Ángel en Sonora. Tampoco la invitaron cuando quedó viuda y necesitaba afecto; dijeron que la madre ya estaba organizando su cambio a la capital junto con el hermanito.

Ángel Rodríguez Johnson tardó mucho en entrar en materia porque los recuerdos se agolpaban y también los sucesos que cada quién ignoraba del otro y que se contaban arrebatándose la palabra para ponerse al día. La misma Camila le abrió el camino al preguntarle cuánto hacía que no iba a Sonora. El médico le habló de sus conferencias en Hermosillo, de la visita, solitario, a la tumba

de sus padres y del proyecto, al parecer con intenciones negativas, de una periodista que pretendía publicar un libro sobre su vida.

—¿Pero qué de malo puede escribir de ti, Ángel, si como médico y como escritor vas de éxito en éxito?

—De mí no me importaría, pero me amenazó con escribir sobre nuestra madre.

La anciana abrió grandes los ojos y se llevó la mano huesuda a la boca para ahogar una exclamación, gesto típico de la novela decimonónica. El médico presionó.

—¿Qué hubo en la vida de mamá? Estuvo a punto de decírmelo cuando enterramos a papá. Me aseguró que había sido un hombre intachable pero que en la vida en común había habido engaño, y no suyo. ¿Qué quería decir? Debo saberlo para defenderme y defender su memoria.

Tomó las manos de su hermana y le clavó la mirada en los ojos animándola a hablar.

—Hay actos de las personas más respetables..., que tú sabes explicar..., pero que a nosotras, a mi hermana y a mí, nos confundieron, nos hirieron. ¡Éramos tan jóvenes! De su garganta salió un ruido extraño, sería un sollozo, pero no lloraba.

—Mamá era muy hermosa. ¿La recuerdas? Y muy joven, mucho menor que papá. Mi hermana y yo pensamos..., después de lo sucedido, años más tarde, que papá ya no tenía vida sexual..., y ella seguía joven.

—¿Y? ¡Vamos, vamos!

—Un día llamó a un muchacho distribuidor de gas, creo que por casualidad, podría haber sido cualquier otro; el gas no se había agotado aún en casa. Los vecinos no se extrañarían de verlo entrar... por su uniforme, por el camión estacionado... Ella le dejó abierta la puerta y lo llamó desde el baño, donde estaba... desnuda... Las visitas se repitieron.

—¿Pero cómo supieron ustedes eso? ¿Dónde lo oyeron?

—¡El tipo lo contaba a todo el mundo, era un barbaán!

—¿Qué edad tenía yo? ¿Cómo fue que nunca llegó eso a mis oídos?

—Estabas muy chico, apenas en primaria, nosotras ya éramos señoritas. Teníamos amigas, novios. ¡Todos se enteraron!

—¿Pero por qué le dieron crédito ustedes al chisme?

—No al chisme, Ángel, ¡los vimos!

El médico quedó aplastado. Podía explicar en el foro de la Universidad, o en la clínica, cómo la sed de sexo arrolla la educación, la moral, la religión. Es una ola impetuosa que no se detiene hasta que se ha satisfecho, y a veces ni entonces, porque se intensifica y envicia al sujeto. El devenir cotidiano está plagado de casos de conductas reprobadas por la sociedad, conductas que los protagonistas no quisieron o no pudieron reprimir. A veces sólo a través del pecado halla el ser humano la oportunidad de conocer el placer. Y salta sobre escándalos y prejuicios. Pero aquí no aparecía una mujer anónima para ilustrar la teoría, sino su madre, la figura impoluta, la que uno nunca imagina desnuda, ansiosa y jadeante en brazos de un hombre, ni siquiera de su padre.

—De manera que... ustedes se erigieron en jueces —dijo, y se arrepintió de inmediato de haberlo dicho, consciente de que se ponía a buscar culpables a ciegas.

—Cualquier acusación que nos hagas, la aceptaré —Camila intercalaba largas pausas tratando de controlar los extraños sollozos para que sus palabras fueran claras—. De lo que sin duda somos culpables es de haber huido... Hicimos planes para escapar de Sonora...

—Y de nuestra madre —ahora Ángel se sorprendió al escuchar un sollozo propio.

—Sí, sobre todo de nuestra madre. Y eso implicaba dejar también a papá y a ti. ¡Y no sabíamos si papá estaba enterado!

—¿Lo sabía? ¿Lo sospechó?

—¡Quién sabe! Camelia y yo le pedimos que nos mandara a México a estudiar música y pintura. Teníamos tíos

que nos recibirían con gusto, como pasó. Papá accedió, y como actuó con prontitud, creímos que entendía nuestras razones para marcharnos. Pero nunca estuvimos seguras. Lo veíamos sereno, serio, como lo fue siempre, medido como conversador. A veces estaba triste y suponíamos que porque lo sabía, y a veces que por su edad. Nosotras nos hicimos a un lado..., cobardemente, si quieres. No tuvimos valor para dar la cara a la maledicencia.

Ángel se levantó y pasó la mano por los cabellos blancos de su hermana.

—No hagas caso de lo que dije antes, no soy quién para juzgarlas. Me alegra, me alegró siempre, que les hubiera ido muy bien aquí. La murmuración pueblerina, venenosa, las hubiera destrozado.

Guardaron un largo silencio. Luego, Camila continuó:

—No lo merecíamos pero fuimos felices en nuestros matrimonios. Ellos (los respectivos esposos, entendió Ángel) fueron maridos y padres maravillosos. La verdad es que vinimos con el propósito deliberado de casarnos, de fundar familias propias y dejar atrás los recuerdos. Camila tuvo una hija, tu sobrina, Ángel, si no la recuerdas, te enseñaré fotos, y estuvo obsesionada siempre por el parecido de la niña con mamá. Pero le salió una mujer ejemplar, hoy con una familia dichosa.

Se quedó con Camila hasta que la vio tranquila. Tomaron café y evocaron a Camelia, la hermana muerta, su voz cantarina aplaudida en las fiestas escolares, sus travesuras llenas de imaginación. Tuvo también un varón, banquero próspero a la fecha. Era, contó Camila, muy simpático; en las reuniones sociales hacía imitaciones de cómicos famosos.

Consiguieron reír un poco.

IX

Seremos amantes

A los cinco minutos de haberse instalado en una mesa apartada de Sanborns, vio acercarse a Patricia con su paso armonioso y sus piernas privilegiadas. Lo saludó con un beso en la mejilla que no dejó de sorprenderlo. Él esperaba, de entrada, un zarpazo de fiera. Traía un cartapacio con un buen número de cuartillas que puso en sus manos y el doctor, a su vez, sacó del bolsillo interior de su saco un sobre con dinero y un recibo que le pidió que firmara. Ella sopesó el contenido del sobre y dijo:

—Bueno, estoy en condiciones de pagarte una copa. Aquí hay un pequeño bar que creo más apropiado para lo que seguramente vas a decirme.

—Lo que quiero decirte, antes de levantarnos, es que estoy muy avergonzado, mucho muy avergonzado, por haberte insultado, igual que a tu hermano, con mi tonta malicia. Te pido perdón.

Con un encogimiento de los hombros y un mohín gracioso de los labios, ella dio a entender que no tenía importancia, y abrió la marcha hacia el bar. Estaba en grata penumbra y sólo había dos clientes en la barra. Ocuparon dos sillas muy bajas y cuando ella cruzó las piernas, quedaron en alto sus rodillas redondas y blancas. El médico no se explicaba su coquetería pero no se privaba de admirarla. Por lo pronto, entró en materia.

—Lo que le atribuye la chismografía sonoreense a mi madre, sin base, estoy seguro, data de cuando yo era niño. Yo no estaba enterado. Por eso fui a ver a mi hermana mayor y me lo contó. No quiero ofender la memoria, ni rebajarme yo, entrando en detalles. Pero quiero pedirte encarecidamente que no menciones esa versión si escribes, si persistes en escribir el libro.

—¿Por qué no? La desviación conductual, déjame ver

si lo expreso con delicadeza, de la madre de un experto en psicología sexual es un tema llamativo.

—¡Pero ella está muerta, murió hace muchos años!

—Todos morimos con el tiempo. Los hechos nos sobreviven.

—Estoy seguro de que Ester no aprobará, si la consultas, lo que quieres hacer.

—¿Estás seguro? ¡Si nunca la conociste realmente! Dejaste de ver a tu hijo, ni siquiera tuviste el valor de asistir a su sepelio. Entonces ya mi madre había caído en manos de otro donjuán como tú, el padre de Antonio. Y luego ante otro, que fue mi padre. No había aprendido a cuidarse. Contigo inició la cadena de fracasos que le amargaron la vida.

La muchacha temblaba un poco; él volvió al ataque.

—Reconozco mi responsabilidad mientras estuvimos casados, y reconozco que fui cobarde al permanecer lejos de mi hijo. Pero es injusto que la sanción que yo merezco se extienda al recuerdo de mi madre. Mira, Paty, tu capacidad en asuntos editoriales es admirable. Me comprometo a conseguirte otro trabajo y bien pagado; no me necesitarás y no tendrás que verme, y podrás quedarte en esta ciudad, como lo has planeado.

Patricia se rio de una manera forzada, extraña:

—Pero tú quieres tenerme cerca porque me deseas. Me deseas desde el primer momento. ¿No te avergüenza desear a la hija de tu exesposa?

Se miraron una eternidad, ella retadora y él con un loco ritmo cardíaco que golpeaba sus sienes. Pudo decir:

—Me da vergüenza desearte, sí, pero no puedo evitarlo. Te deseo. Eso no implica que no te respetaré.

—Tu mirada me ensucia —dijo ella con voz suave—, eso es ya una falta de respeto.

Pese a sus palabras, se desprendió de una zapatilla y levantó el pie lindamente torneado, blanco y desnudo, con las pequeñas uñas pintadas en rojo, y lo hizo descansar en la rodilla del médico. La nueva posición de las

piernas le permitía a él ver una porción de los muslos de la muchacha pero no se atrevía a detener la mirada en ellos; la paseaba de las piernas a los ojos de la chica, trataba de percibir si otros clientes observaban, se sentía ridículo, y lo peor: se le iniciaba el proceso de erección.

—Haremos lo siguiente, mi querido sexólogo. Primero, a cambio de suprimir el capítulo de mamá, para que no sufra tu moral, accederás a la entrevista. Confío en que el libro tendrá éxito. Me ayudarás a comercializarlo. Segundo, me ayudarás también a conseguir trabajo sólo mientras tomo impulso para volar con mis propias alas. Y tercero, aquí viene lo esencial, seremos amantes.

Se miraron en silencio. Él extendió mecánicamente una mano y asió el pie femenino. Era fresco y terso. El movimiento le sirvió para cubrir el bulto que ya formaba la erección lo que, advertido por ella, la hizo reír.

—Pero no seremos amantes convencionales. No tendrás ningún derecho sobre mí. Te aceptaré invitaciones a conciertos y funciones de teatro y a fiestas donde haya gente de tu mundo social, para que te vean conmigo. Me presumirás pero te envolverá la murmuración: "No sabía que el doctor Rodríguez Johnson era pedófilo", "¿Es su hija más joven o su nieta mayor?".

Imitaba gestos y mímica de chismosos de manera graciosa.

—Tarde o temprano llegarás a mi cama, o llegaré a la tuya, porque no te recibiré en mi departamento. Y yo decidiré cuándo ocurrirá y cuánto durará la aventura. No me encadenarás a ti con un embarazo, como lo hiciste con mi madre. Seré yo quien te encadene y juegue con tu deseo. Cuando alcance su grado máximo, te dejaré para siempre sin avisarte.

Retiró el pie y lo metió a la zapatilla. Echó mano de su bolso y sacó un billete que dejó en la mesa. Pagaba la cuenta como lo había prometido. Cuando se levantaba, el médico intentó hacerlo también, pero ella se lo impidió.

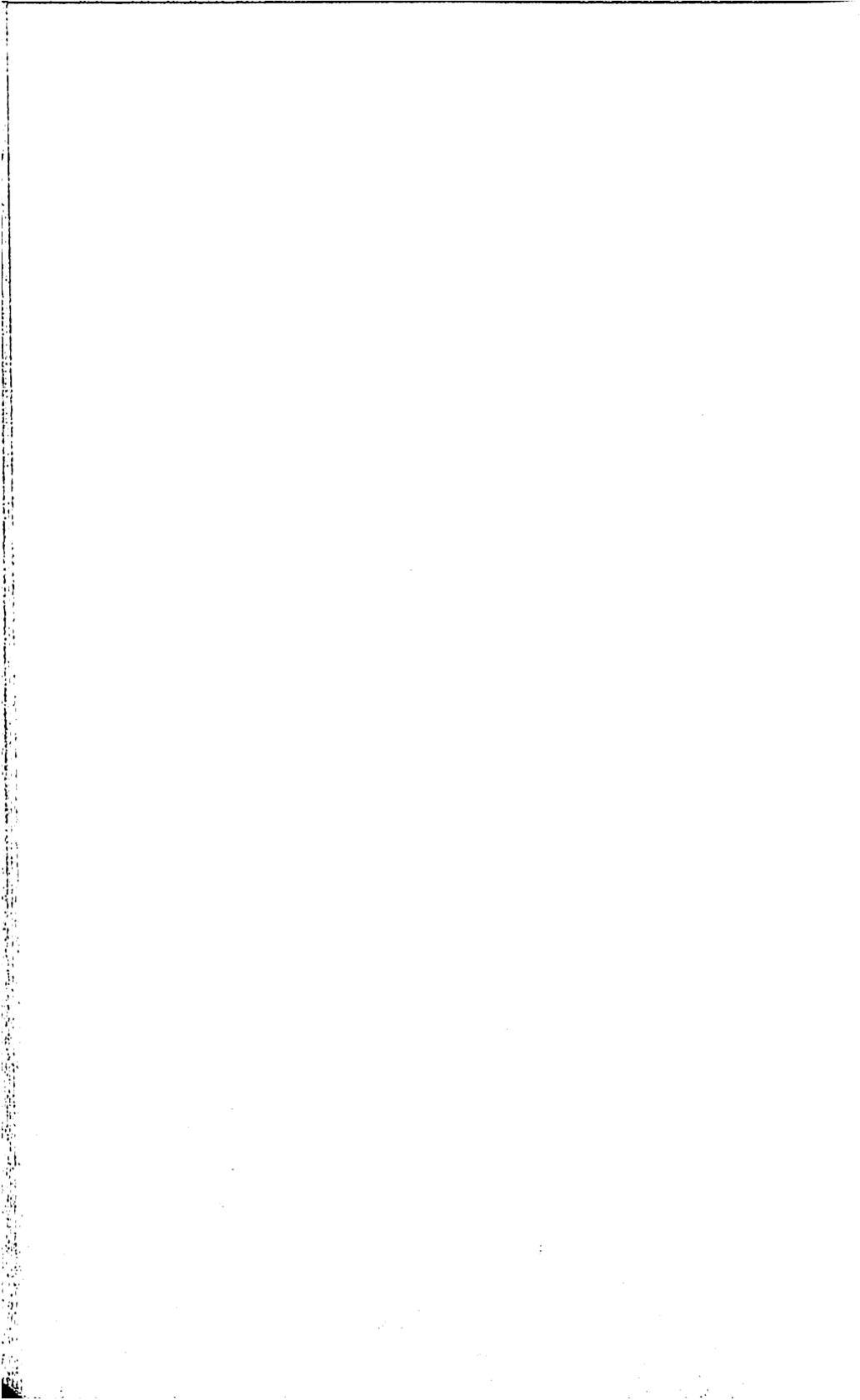
—Estaré en Sonora diez días para arreglar mis cosas.

Te avisaré cuando haya regresado.

Se inclinó y lo besó sin prisas en la boca, mientras tocaba con un dedo la protuberancia de su pantalón.

—Quédate un rato. Ahora no te conviene ponerte de pie.

Tercera Parte



Escondía a la amante fea

Tardó en volver no diez días sino casi un mes y se reportó con Ángel para decirle que venía con un trabajo amarrado en el periódico *Reforma*, y por lo pronto no aceptaría más ocupaciones pues quería dedicarse de lleno a terminar el libro.

—¿El libro? —preguntó él, como si hubiera olvidado que ella escribía uno sobre su vida y su obra.

Había esperado su regreso con ansiedad pues creía a pie juntillas que ella cumpliría lo anunciado: que serían amantes. Aquel beso de despedida era para él la garantía. A cualquier hora del día o de la noche fantaseaba con el futuro encuentro. Bien caían uno en brazos de la otra y se desvestían mutuamente sin separar las bocas, bien se citaban en la elegante habitación de un hotel de cinco estrellas para pasar juntos un fin de semana, bien...

Las fantasías no paliaban la impaciencia; hacían más larga y árida la espera. Y a menudo se ensombrecían con escena distintas. La imaginaba bailando estrechamente con alguno de aquellos altos y broncos sonorenses que sólo alargaban la mano y agarraban. Se preguntaba si Patricia le había dicho la verdad sobre Antonio Castellanos; ¿era de veras su hermano?

En la calle, en cuanto veía a una joven guapa establecía comparaciones entre bustos y piernas y caderas, y aunque en dos o tres casos reconoció que Patricia perdía en el parangón, la prefería mil veces a cualquiera otra. En ninguna había percibido, pese a sus olfateos en ocasiones impertinentes, el juvenil aroma de su perfume. Se preguntó si estaba enamorado pero no ahondó en la cuestión. Quería creer que cuando hubiera satisfecho el apetito por aquel cuerpo mórbido sus emociones volverían a estabilizarse. ¿Pero cuándo lo satisfaría?

Patricia le aceptó una invitación a cenar, aunque no en su casa sino en un restaurante de Polanco más o menos apacible; De todas maneras, ordenó flores y las dejó con el vino (y el ron para ella), dispuesto todo porque pensó que aquél era *el día*. Pero se quedó atónito cuando la vio entrar al restaurante con traje sastre oscuro y portafolios en la diestra. Parecía una mujer de negocios, muy guapa, eso sí.

Mostró al doctor Rodríguez una libreta en la que traía apuntadas varias dudas sobre sus teorías, así como la bibliografía que empleaba para la investigación; le pidió que se la llevara y que en cuanto fuera posible, le diera respuestas.

—¿Qué recibiré a cambio?, preguntó.

Ella lo miró, sonriendo, y dijo:

—No he calculado el valor de tus servicios, pero te daré un anticipo.

Le ofreció los labios y él los besó ligeramente. Pero cuando se retiró, ella lo detuvo por las solapas y profundizó el beso. Él le pasó la mano por el pelo, la nuca, la espalda. Era como si comenzara a poseerla.

—¡Tardaste tanto!, dijo con voz apasionada.

—Pero aproveché bien el tiempo. Completé la información para el capítulo de Empalme.

Él sintió como si le aplastaran los testículos.

—¿Empalme? ¿Qué sabes de Empalme?

—Todo. Ahí hiciste tu servicio social. Es un pueblo tranquilo y pequeño, a la orilla del mar, el sitio ideal para que hayas comenzado a reflexionar sobre la conducta humana desde el punto de vista de un futuro sexólogo. Ahí también... —lo miró con una risa breve que fue aumentando, aumentando, hasta volverse carcajada.

—¿Ahí también, qué?, urgió él con la cara descompuesta. Estaba pasando de la molestia a la ira.

—Había estado antes en Empalme. ¿Por qué crees que en la conferencia de Hermosillo te pregunté por qué los hombres no mencionan, entre las mujeres que con-

quistan, a las feas? ¡Y me contestaste como si no llevaras puesto un chaleco cortado a la medida!

Los recuerdos lo golpearon.

Todo pudo haber sido perfecto. Pero los médicos veteranos le cargaban la mano al nuevo. Y el nuevo era yo. Me asignaban todas las guardias nocturnas, con un día de descanso entre semana. El pueblo estaba lleno de muchachas alegres y bonitas pero sólo podía verlas los domingos, y sólo a la salida de la iglesia o del mercado. Cuando las fiestas y los bailes estaban en su apogeo, yo atendía borrachos que habían chocado o los habían golpeado en riñas y parturientas de último momento y chamacos a los que no les paraba la diarrea.

En las oficinas sólo trabajaban dos mujeres: una a punto de jubilarse y otra muy joven particularmente fea. Me apenaba que cada vez que hablaba con ella, no podía dejar de pensar en su fealdad. Era gentil y servicial. No entendía cómo me las arreglaba solo, me decía, no por el lavado y planchado de la ropa o por los alimentos, sino porque un hombre no es normal que esté solo.

Yo estaba entonces por casarme con Gracia, en Ciudad Obregón, pero no se lo decía a nadie.

Una vez nos quedamos solos en la oficina y la noticia de un hombre que se había ahogado el día anterior, le dio motivo para interrogarme sobre la manera de dar respiración artificial. Se lo expliqué.

—Ay, dijo, pero si el que se ahoga es un viejo apestoso a alcohol mejor me moría yo también para no sentir su boca en la mía.

Iba a decirle que se pueden usar servilletas de papel para evitar el contacto directo de las bocas, cuando se acercó mucho a mí y me pidió:

—Hágame una demostración...

No era una insinuación sino una invitación. Tomé su cara en mis manos y la besé. Sus labios temblaban como si aquel fuera su primer beso. Controlé el temblor con la presión de mis la-

Patricia le aceptó una invitación a cenar, aunque no en su casa sino en un restaurante de Polanco más o menos apacible; De todas maneras, ordenó flores y las dejó con el vino (y el ron para ella), dispuesto todo porque pensó que aquél era *el día*. Pero se quedó atónito cuando la vio entrar al restaurante con traje sastre oscuro y portafolios en la diestra. Parecía una mujer de negocios, muy guapa, eso sí.

Mostró al doctor Rodríguez una libreta en la que traía apuntadas varias dudas sobre sus teorías, así como la bibliografía que empleaba para la investigación; le pidió que se la llevara y que en cuanto fuera posible, le diera respuestas.

—¿Qué recibiré a cambio?, preguntó.

Ella lo miró, sonriendo, y dijo:

—No he calculado el valor de tus servicios, pero te daré un anticipo.

Le ofreció los labios y él los besó ligeramente. Pero cuando se retiró, ella lo detuvo por las solapas y profundizó el beso. Él le pasó la mano por el pelo, la nuca, la espalda. Era como si comenzara a poseerla.

—¡Tardaste tanto!, dijo con voz apasionada.

—Pero aproveché bien el tiempo. Completé la información para el capítulo de Empalme.

Él sintió como si le aplastaran los testículos.

—¿Empalme? ¿Qué sabes de Empalme?

—Todo. Ahí hiciste tu servicio social. Es un pueblo tranquilo y pequeño, a la orilla del mar, el sitio ideal para que hayas comenzado a reflexionar sobre la conducta humana desde el punto de vista de un futuro sexólogo. Ahí también... —lo miró con una risa breve que fue aumentando, aumentando, hasta volverse carcajada.

—¿Ahí también, qué?, urgió él con la cara descompuesta. Estaba pasando de la molestia a la ira.

—Había estado antes en Empalme. ¿Por qué crees que en la conferencia de Hermosillo te pregunté por qué los hombres no mencionan, entre las mujeres que con-

quistan, a las feas? ¡Y me contestaste como si no llevaras puesto un chaleco cortado a la medida!

Los recuerdos lo golpearon.

Todo pudo haber sido perfecto. Pero los médicos veteranos le cargaban la mano al nuevo. Y el nuevo era yo. Me asignaban todas las guardias nocturnas, con un día de descanso entre semana. El pueblo estaba lleno de muchachas alegres y bonitas pero sólo podía verlas los domingos, y sólo a la salida de la iglesia o del mercado. Cuando las fiestas y los bailes estaban en su apogeo, yo atendía borrachos que habían chocado o los habían golpeado en riñas y parturientas de último momento y chamacos a los que no les paraba la diarrea.

En las oficinas sólo trabajaban dos mujeres: una a punto de jubilarse y otra muy joven particularmente fea. Me apenaba que cada vez que hablaba con ella, no podía dejar de pensar en su fealdad. Era gentil y servicial. No entendía cómo me las arreglaba solo, me decía, no por el lavado y planchado de la ropa o por los alimentos, sino porque un hombre no es normal que esté solo.

Yo estaba entonces por casarme con Gracia, en Ciudad Obregón, pero no se lo decía a nadie.

Una vez nos quedamos solos en la oficina y la noticia de un hombre que se había ahogado el día anterior, le dio motivo para interrogarme sobre la manera de dar respiración artificial. Se lo expliqué.

—Ay, dijo, pero si el que se ahoga es un viejo apestoso a alcohol mejor me moría yo también para no sentir su boca en la mía.

Iba a decirle que se pueden usar servilletas de papel para evitar el contacto directo de las bocas, cuando se acercó mucho a mí y me pidió:

—Hágame una demostración...

No era una insinuación sino una invitación. Tomé su cara en mis manos y la besé. Sus labios temblaban como si aquel fuera su primer beso. Controlé el temblor con la presión de mis la-

bios e hice que abriera más los suyos; resultó un beso dulce y prolongado.

Así comenzó aquella aventura.

Acechábamos la oportunidad para quedarnos solos, generalmente por la tarde. Nos acariciábamos cada vez con mayor atrevimiento. Yo era su primera experiencia amorosa en serio, pero totalmente en serio. Hicimos el amor en un hotel de Guaymas y luego en las oficinas mismas del hospital. Yo tomaba las mayores precauciones para no embarazarla, lo que a ella al parecer no le preocupaba.

Pero yo incurría en pecado imperdonable de vanidad, pues lo que me desvelaba no tanto era un posible embarazo sino que se enteraran los compañeros, y la gente en general, de nuestra relación. Su figura era agradable, de estatura regular, esbelta, con senos de volumen suficiente para armonizar con su talle. Su cultura era pobre, lo que no se advertía porque hablaba poco y en tono suave. Pero... me siento canalla al repetirlo: era fea. Tenía el cutis moreno marcado por el acné de adolescencia y sólo se aplicaba un ligero color en los labios. Tampoco se percibía en ella o en sus ropas el aroma de un perfume o una loción que remarcara su condición de mujer.

Y sí, es de recordarse la cruel observación de Milan Kundera. La llevaba al hotel de Guaymas cuando había caído la noche, o la citaba en el puerto si aún no había oscurecido. Fue una época difícil porque rehuía la curiosidad de terceros y, al mismo tiempo, procuraba no herirla. Me salvó la terminación de mi contrato, lo que me permitió regresar a la Ciudad de México para presentar los exámenes finales.

Miraba a Patricia con una mezcla de enojo y de tristeza.

—¿Vas a dedicarte a rastrear mis pobreza de espíritu y mis errores sexuales en la basura? Tengo otras historias de feas; temo que demasiadas. ¿Le darán más valor a tu libro?

Ella lanzó una risa sonora. Advertía que no pocos comensales cercanos a la mesa estaban pendientes de ella.

—Sí y no. Dudo que sea atractivo para nadie el relato puntual de ese episodio, ni siquiera para alguien que te

encuentre odioso, que alguno habrá; pero para la finalidad científica que persigue mi trabajo es información que contribuye a precisar el perfil psicológico del sujeto en estudio, es decir, el psiquiatra Ángel Rodríguez Johnson. Sentirás como puñalada que se sepa que tuviste una amante fea.

Frenó el deseo de mandarla al demonio pues lo sostuvo la esperanza de acostarse con ella. Ciertamente, no sabía ya cómo insinuárselo. Optó por no dar rodeos.

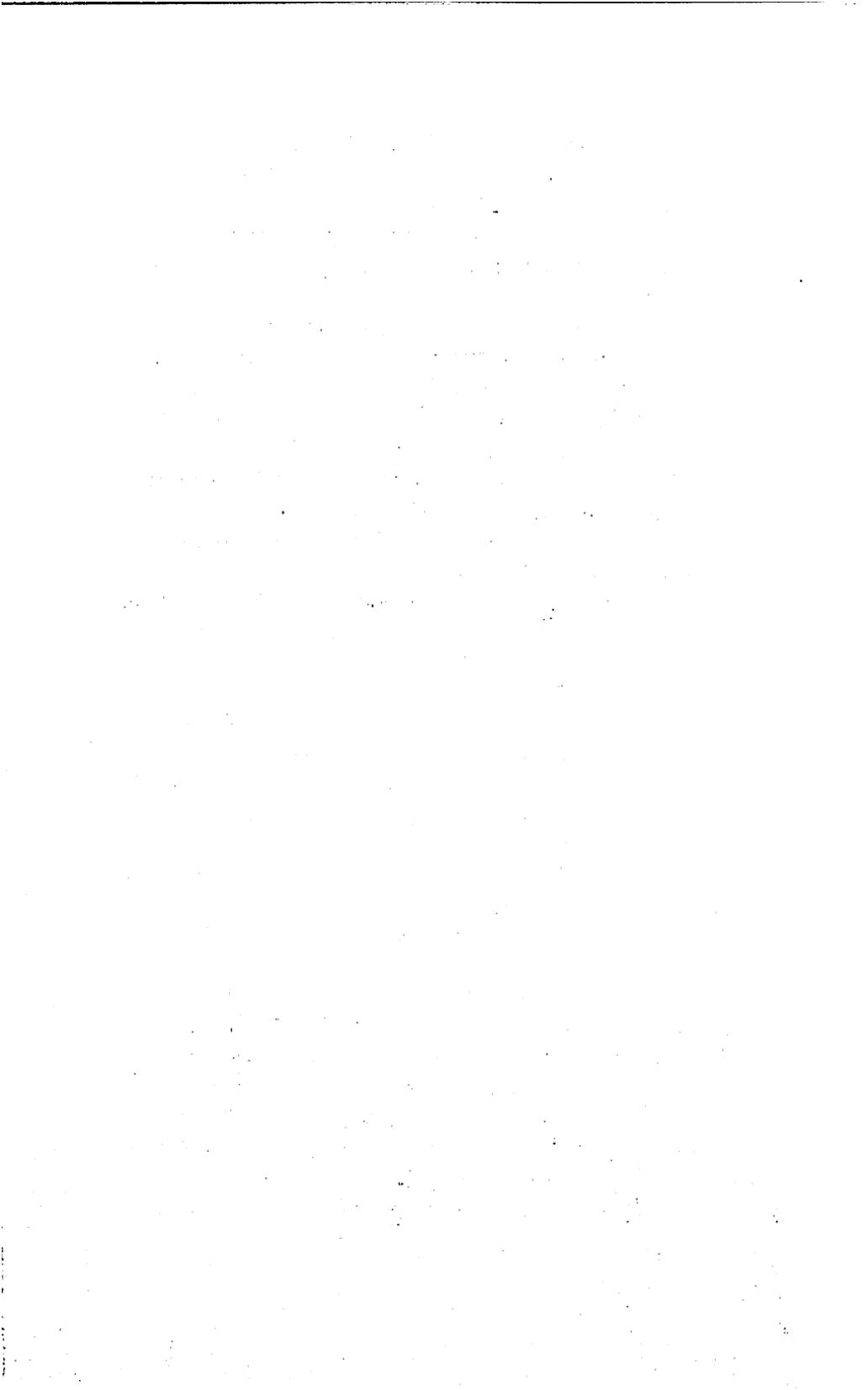
—¿Por qué no lo discutimos esta noche en mi casa?

—Hoy estaré ocupada, mañana, no.

—Pero mañana iré a Guanajuato a dar una conferencia, ¿qué tal dentro de tres días?

—Mañana —insistió ella—; llévame a Guanajuato y pasaremos allá dos noches.

Lo miró con la carnosa boca entreabierta. Imposible negarse.



II

¡Qué envidia tener una hija así!

Cubrieron la ruta México-Guanajuato sin detenerse una sola vez. Cerca de la media noche, luego de las curvas que a ella la mareaban, divisaron las luces de la ciudad. No tuvieron que entrar a las enredadas callecitas; tomaron una habitación en el hotel Real de Minas.

Sin cuidarse de deshacer las maletas, Ángel arrojó a una silla el saco, la camisa y los pantalones y entró al baño a quitarse el sudor de la jornada. Se hallaba bajo la ducha y se disponía a enjabonarse cuando entró Patricia, desnuda, tomó el jabón y comenzó a pasárselo por el cuerpo. El doctor Rodríguez no podría contar luego lo que siguió, excepto que fue una locura. El cuerpo escultural y macizo de Patricia se arqueaba a su contacto y pronto salieron, quién sabe cómo, tropezando, sosteniéndose mutuamente, chorreando agua, y cayeron en la cama enlazados.

Casi a las cuatro de la mañana finalizaron el segundo encuentro amoroso. Ángel susurró que tenía que dormir un poco pues a las nueve desayunaría con su anfitrión, el secretario de Salud del Estado, y se hundió en un sueño profundo.

Habría pasado, a lo sumo, una hora, cuando comenzó a sentir una delicada caricia en el miembro, que tenía una erección rotunda y dolorosa. ¿Era la yema de un dedo o la sedosidad de una boca? Resolvió seguir inmóvil, disfrutando la caricia y reanudar el sueño interrumpido. Pero las sábanas fueron arrojadas con violencia al piso y Patricia lo montó, se introdujo el pene, y plena de él, se puso a subir y bajar rítmicamente.

—Esto es un sueño, murmuró él, jadeante.

—No es un sueño —negó ella, sin dejar de moverse... hacia arriba, hacia abajo, hacia arriba, hacia abajo—. Y si crees que no podrás más... —lo dijo cuando sintió que

las manos masculinas apretaban con desesperación sus senos y todos los músculos de Ángel se tensaban—, piensa... ¡piensa en Ester Ripalda!

Él sintió miedo, miedo y remordimiento, a la par que eyaculaba. Patricia saltó con agilidad de la cama mientras el semen abundante caía en el vientre de Ángel.

Cuando tuvo fuerzas para levantarse, asqueado de sí mismo, Patricia salía del baño envuelta en una toalla, y cuando él, a su vez, luego de un prolongado duchazo de agua fría que sólo a medias lo reanimó, salió para vestirse, ella se había marchado sin dejar mensaje alguno.

¿Qué pretende?

¿Está loca?

¿Quiere vengarse? ¿De qué, por qué, hasta dónde?

En el estacionamiento verificó su sospecha. Patricia se había llevado el auto. Pidió en la administración un taxi para ir al restaurante donde lo esperaban el secretario de Salud y otros cuatro caballeros amables, solemnes, bien vestidos. Intercambiaron saludos y le hicieron de inmediato la pregunta que, por lógica, debió haber previsto:

—¿Vino usted solo, doctor?

Fingió no haber escuchado para ganar unos segundos, en tanto se la repetían.

—Me acompaña mi hija; de hecho, ella se empeñó en que llegáramos al Real de Minas al que la liga, creo, un recuerdo sentimental. Lamento no haber utilizado las reservas que gentilmente hicieron ustedes.

Pensó que eso era suficiente, pero alguien preguntó:

—¿Y qué estudia su hija, doctor? ¿También se inclinó por la ciencia?

—De hecho, está por terminar la maestría en Ciencias Sociales y prepara una tesis sobre mi obra.

—¡Uy, qué belleza, una hija interesada en el estudio de la obra de su padre!

—¿Qué envidia de tener una hija así!

—Llegar a su edad con esa enorme satisfacción, colega, ¡felicitaciones!

Lo miraban con franca admiración. Sus bonos habían subido de repente. Y gracias a la diabólica criatura a quien debía prevenir para que no negara su calidad de "hija".

Alguno de los caballeros comentó uno de sus libros, y lo hizo con amplitud, pese al aburrimiento no disimulado de los demás, para probar que lo había leído.

Lo llevaron a la Universidad y lo hicieron subir los mil peldaños —ese número le pareció a él— de la escalinata principal. Se asomaron a dos aulas, a la biblioteca; siempre le había encantado a él ese augusto edificio pero ahora cada paso que daba le dolía en el alma, lo cual era lo de menos, también en los huesos. En cierto momento creyó que se desvanecería. El profesor que iba a su lado hablaba y él no conseguía entender sus palabras, sólo veía el movimiento de sus labios. Se detuvo como si le interesara la detallada perorata, pero fue el pretexto para agarrarse del barandal y dar tiempo a que pasara el vahído. El profesor contaría después, interpretando a su favor el silencio del doctor Rodríguez, que éste había aprobado sus tesis.

Cuando le preguntaron a qué hora quería comer, respondió que si le hacían el favor de llevarlo a su hotel, tomaría algo en su habitación porque aún debía revisar sus apuntes. Lo hicieron así y le advirtieron que pasarían por él y por su hija a las 18:30.

El médico subió a su cuarto, prendió en la puerta el aviso de *Don't disturb*, arrojó no supo a donde la camisa y los zapatos y cayó muerto en la cama.

Durmió al menos tres horas y de buena gana habría seguido en la cama, pero eran las cinco. Ordenó por teléfono un sándwich y café y se encaminó al baño. Tenía la mente despejada.



III

El tercer camino

—Anticipo que esta conferencia sobre los problemas del sexo no tocarán los que tienen como origen las enfermedades o los accidentes, que deben ser tratados en los hospitales, sino los que aparecen por fallas en la educación de los menores, la intolerancia con los adolescentes, los prejuicios, las desavenencias entre los progenitores y otros derivados. La pregunta que me hizo una de las damas presentes, cuando me dirigía a esta tribuna...

Hizo una pausa porque acababan de entrar dos mujeres, una joven y espigada, hermosa, desenvuelta, y otra bajita, gruesa, de cutis pálido, que le doblaba la edad. Eran Patricia y Susana, fraternalmente tomadas del brazo.

La sala en donde se desarrollaba el acto era espaciosa, con cupo para unas trescientas o más personas, pero sin el diseño de auditorio. Las mesas formaban un cuadrado y los lugares que ocupaban el conferenciante y los profesores acompañantes estaban al mismo nivel. Detrás de las mesas había tres filas de sillas, y al centro del cuadrado, varios arreglos florales.

La espera del doctor Rodríguez se prolongó hasta que las dos mujeres impuntuales tomaron asiento. Entonces el médico dijo:

—Bienvenida, Susana.

Lo que se va a saber, que se sepa, sería peor ocultarlo y que después se enteren.

La mujer pequeña y gordezuela levantó su mano en señal de saludo.

—La pregunta que me hizo la dama fue: ¿Cuándo hay que comenzar a hablar a los hijos del sexo? Mi respuesta es sencilla: cuando te hagan preguntas o cuando descu-

bras que, por vergüenza contigo, le preguntan a terceros. Dice el filósofo Bertrand Russell, en *La conquista de la felicidad*, que si niñas o padres demasiado rígidos le enseñan al pequeño de seis años que el pecado está relacionado con los órganos sexuales, nunca en su vida podrá deshacerse de esa idea. Las medidas que se tomen, pues, tómense a tiempo.

—La pregunta ofrece otras derivaciones: ¿qué tanto le explico? Contesto: solamente lo que te haya preguntado. ¿Y qué palabras uso?, porque me dicen que sea clara, natural y sencilla, ¿pero cuáles son las palabras para armar la explicación? Sólo es posible sugerirlas a los padres cuyo nivel cultural y social uno conoce, en todo caso, es recomendable emplear el mismo lenguaje que en cualquiera otra conversación con los hijos. Y no asustarse al enfrentar la situación. O asustarse, pero que el niño o niña no lo note. En mi opinión, este aspecto no es tan apremiante como en otras épocas, no lejanas, porque a menudo un amiguito más despierto o la telenovela que la madre mira, embelesada, sin advertir que a su lado la ve también el pequeño, anticipan la información, no siempre en los mejores términos.

—Salvo la opinión en contrario de ustedes, considero que ir analizando cómo dirigirse a los hijos por etapas, desde la infancia, a la adolescencia y la juventud, puede ser un método sencillo para desarrollar el tema. Me adelanto a señalar el generalizado juicio de que las madres deben de hablar de asuntos sexuales a las hijas, y los padres, a los hijos. No veo por qué no puedan las mamás atender las dudas de los niños. En cuanto a los papás, tienen una buena razón para no hablar de sexo con las niñas: son más cobardes que las mamás.

La sección de preguntas fue monopolizada un buen rato por los colegas con aspectos científicos.

Necesitan que los demás sepan que ellos saben; hacen introducciones aburridas más largas que la pregunta que a veces de una vez contestan.

—Sigo como al catecismo las enseñanzas del sabio francés Edgar Morin, por suerte para la humanidad aún con nosotros. En su libro *La vida de la vida*, ¡qué título, señores!, indica que el aparato reproductor y el aparato neurocerebral actúan separadamente, con funciones específicas, pero se influyen recíprocamente. El menor de nuestros pensamientos es blanco de transformaciones moleculares inseparables de los genes. Para no alterar lo que enseña Morin, y para que ustedes gocen, conmigo, de sus imágenes literarias, cito textualmente:

Los individuos viven su vida, y la continúan, incluso después de haber perdido eventualmente sus facultades reproductoras; se separan del ciclo de las reproducciones como un cohete se separa de la órbita terrestre, y continúan su curso hasta la desintegración mortal.

—Pese a mi admiración por Edgar Morin, reconozco que había escrito lo mismo antes el doctor Alexis Carrel, Premio Nobel 1912, en el que fue *best seller* científico *La incógnita del hombre*.

Un cuarentón rozagante, con facha de hombre próspero, manifestó que su hijo de quince años le había pedido consejo para “ligarse” a una chica.

—No he sabido qué contestarle porque las tácticas de mis tiempos hoy se me hacen ridículas.

—Tiene usted razón. En nuestros tiempos —y mis tiempos quedaron más lejos que los de usted— éramos

dramáticos. Mandábamos versos, propios o copiados, pasábamos cien veces por la calle de la amada, procurábamos que en el parque o en la escuela nos viera tristes, angustiados por ella. Era posible un largo asedio. Ahora hay que tomar senderos cortos para llamar la atención de la escogida; si su hijo lo piensa mucho, cuando se decida, la muchacha será novia de otro. Me parece que el medio más eficaz es el humor. El humor, repito. Dígale que no le cante tangos a la chica, que la haga reír. No me refiero que la haga reír con payasadas, eso demeritará su personalidad, sino con ingenio, con juegos de palabras, con citas divertidas de escritores a su alcance. Que todo sea fino y gentil. Es muy joven para que conozca los secretos de la ironía, que denota al individuo socialmente superior, pero puede comenzar a aprenderlos. Para dominar la ironía se requiere cultura, de modo que si su hijo lo escucha, hará usted una carambola: lo ayudará a "ligar" y lo hará estudiar.

Recomendó a quienes se interesaran por ahondar el tema, la lectura de *La tercera mujer*, de Gilles Lipovetsky, y antes de escuchar otra intervención, extendió el índice hacia el padre del quinceañero.

—Le comunicaré un secreto, señor, pero que quede entre nosotros: lo de hacer reír a las mujeres también funciona para los adultos.

Una mujer rubia y bonita, de pelo corto y ensortijado, tomó el micrófono:

—Soy la persona que le pidió que hablara del sexo y los niños. Se lo agradezco, doctor. Los católicos solemos consultar, en estos casos, al padre confesor, o al ministro en otras religiones. ¿Qué piensa usted, como hombre de ciencia, de lo que ellos aconsejan?

—Si sus orientaciones coinciden con las mías ¡me parecen muy bien! —respondió con amplia sonrisa.

"El anciano Robert Redford en acción", le susurró Patricia a Susana, y las dos aprovecharon la algarabía del

público para reírse con ganas.

Hubo una pregunta más, y luego Patricia se apoderó del micrófono, de pie, para lucir mejor su belleza, estuviera consciente de ello o no lo estuviera.

—No sé si me recuerda, señor doctor, estuve en las conferencias que dictó en Sonora.

El psiquiatra se inclinó gentilmente.

—Imposible olvidar su belleza, señorita.

Hubo un revuelo de risas y comentarios en voz alta que el médico se apresuró a controlar:

—¡Un momento! No estoy coqueteando. ¡Es mi hija Patricia!

Hubo aplausos y miradas tiernas para los dos. La muchacha siguió:

—En aquella ocasión te plantearon lo mismo que la hermosa señora de los rizos rubios y antepusiste las leyes científicas a los valores, que quiero equiparar a las normas morales y religiosas; y a esta amable dama no le has respondido. Si esas normas se hacen a un lado, ¿qué guía queda para calibrar los problemas sexuales de niños y jóvenes y para tomar decisiones?

La concurrencia se mostraba encantada del aparente choque de los supuestos padre e hija.

El médico se puso serio.

—No las hago a un lado, las respeto y respeto el derecho de cada quién a creer en ellas y obedecerlas. Pero soy científico y debo acatar primero las leyes de la ciencia. Y bien, además de aquellas normas y estas leyes, hay un tercer camino que fundamenta, afina y consolida el arte: el buen gusto. Si un individuo desnudo se cuelga en la Basílica de San Pedro, será detenido en el acto y enviado a la cárcel. Pero nadie en su juicio querrá expulsar de la Capilla Sixtina al hombre desnudo que Miguel Ángel dejó plasmado en la bóveda. Me arriesgo con un ejemplo mundano: cuando descubrimos un fondo poético en un acto que con criterio moral habíamos considerado pecado, hay que detenerse a reflexionar: quizás no es pecado.

Sólo faltaba, para coronar el éxito, la cena en honor del psiquiatra, a la que asistieron Susana y Patricia. Cuando se hicieron las presentaciones, el más anciano de los médicos locales se inclinó ante Susana:

—La felicito, señora, tiene usted una hija inteligente y muy hermosa.

—Estoy de acuerdo en que es inteligente y muy hermosa —dijo Susana—, pero no es mi hija.

—¿Cómo?

Patricia intervino:

—Mi madre, que fue la segunda esposa del doctor Rodríguez, vive en Xalapa. Susana, que es mi amiga y vive aquí, fue la tercera.

—¡Caramba! —comentó con una risita el anciano—, comienzo a entender la aportación del doctor Rodríguez a la ciencia: el tercer camino.

IV

La razón profunda de Susana

Habían salido de Guanajuato avanzada la mañana y calcularon que, si no paraban en ninguna población, llegarían a México antes de que anocheciera. Cubrieron unos veinte kilómetros en silencio, roto por el médico.

—¿Y qué? ¿Cómo dormiste anoche?

—Dormí poco pero profundamente, el material que me dio Susy creo que es muy bueno y mejor fue el desayuno que me preparó en la mañana. Me encantó tu ex.

Patricia no había dormido con Ángel. Al terminar la conferencia y la cena se había marchado con Susy y habían pasado buena parte de la noche platicando. Luego de desayunar y despedirse, había ido al hotel a hacer su maleta y aquí estaban, sobre la carretera.

—¿Y podré ver ese valioso material? —preguntó él, con recelo.

—No lo podrás ver. Lo escucharás o te lo contaré —dijo una palmada a su bolso, donde traía la grabadora—. Pero el camino es largo y hay tiempo.

Hubo otro silencio que a ella no le molestaba; iba devorando el paisaje con los ojos; pero a él comenzaba a exasperarlo.

—¿Y qué sigue, Paty?

—¿Qué sigue? ¿Irapuato? ¿Salamanca? No ando bien en geografía.

—Eres chistosa pero no es el momento de evadirse. ¿Qué sigue con nosotros, con nuestra relación? ¿Cómo nos seguiremos viendo?

Ella seguía atenta al paisaje y hablaba con voz sin tonalidades, como si estuviera sola.

—Por lo que me toca, ya cumplí. Te prometió que seríamos amantes y lo fuimos.

—¿Una noche?

—En la definición de la palabra “amantes” no dice el diccionario que lo son quienes se hayan acostado juntos cierto número de ocasiones o durante determinado tiempo. Por lo que toca a ti, cumplirás tu parte. Sólo me falta consultar en tus archivos casos clínicos que sustenten tus teorías. ¿Habrá alguno que acredite la validez de “el tercer camino”?

Se sonrió con picardía, recordando al viejo médico de Guanajuato.

—Dile a Rubén, al psicólogo, qué necesitas y él te localizará los expedientes. En casi todos hemos trabajado juntos. Con eso, habré cumplido mi parte. Y ahora, ahora... ¿puedo conocer el testimonio de Susana?

Patricia manipuló la pequeña grabadora y la voz de Susana tomó posesión de la cabina del auto. Era una voz grave, un poco ronca y melodiosa como de vedette retirada, pensó Patricia. Detenía a veces el mecanismo y contaba, sintetizado, lo que habían platicado.

—Ángel me dejó porque lo cansaron mis mentiras, según me lo dijo varias veces. Si lo hubieras escuchado habrías creído que le mentí sobre importante información de la Bolsa o sobre la paternidad de nuestros hijos. Ni siquiera se trataba de mentiras que le decía a él sino a otras personas. ¿Qué le importaba? Los otros no se quejaban.

Estaban sentadas en la cocina de Susana, ante una mesa tan pequeña que apenas cabían sus dos tazas y un plato de galletas que ninguna de las dos tocaba.

—Una noche que teníamos amigos en casa..., porque en los primeros años, los años felices, acostumbábamos recibir amigos, artistas, ¿sabes?, individuos cultos, con sus esposas o queridas. Los oía echarse flores unos a otros y hablar de sus cuadros y de sus libros... ¡todos eran unos fregones!, decían ellos mismos... Esa noche me había hastiado de los autoelogios, y sobre todo de ser la única, en aquel grupo de genios borrachos, sin ninguna singularidad... Y entonces, no sé a propósito de qué, supongo que a propósito de nada,

solté: "Mi padre fue senador". Y fue como si hubiera gritado el premio gordo de la lotería. Todos callaron y me miraron: ¡hija de un senador! Ángel, con su aire sabihondo, me corrigió: "Fue senador suplente por allá... cuando los senadores duraban sólo cuatro años; el propietario fue Fulano de Tal". ¡Yo había agarrado un trocito de gloria y nadie me lo iba a arrebatarse! Reviré con rapidez: "Fulano de Tal se murió y mi padre asumió el cargo".

Patricia tenía a flor de labios varias preguntas, pero como reportera sabía que si el entrevistado está dispuesto a hablar, es mejor no interrumpirlo.

—Ángel se levantó con brusquedad y se fue a la biblioteca. Los invitados se veían desconcertados pero los hice volver a la normalidad diciéndoles que abriría otra botella. Esperaba que de un momento a otro volviera Ángel con un libro de historia y leería unas líneas que probaban que yo era una mentirosa. Pero no encontró el dato..., al menos esa noche. Anduvo hurgando en los archivos oficiales y un día me trajo, citando celosamente las fuentes, la trayectoria de Fulano de Tal, que había cubierto completo el periodo de senador... ¿Y qué? ¡No iba a reunir, dos semanas después, a los borrachos de aquella noche para que yo les confesara que había mentido! Yo misma lo había olvidado.

—Él, que simula estar ocupado siempre en actos que le sirvan para explicar una conducta, nunca se tomó la molestia de estudiarme como mentirosa, no por mí, sino por ser, como él dice, "un caso". ¿Por qué se me ocurrió hablar bien de mi padre aquella noche, darle ante extraños un barniz de respeto, si lo odiaba, lo odié siempre, lo odio aunque esté muerto?

Se le endurecieron las facciones y se le enronqueció la voz:

—Sedujo a mi madre cuando ella tenía diecisiete años y él, no sé, acaso le llevaba los que te lleva Ángel a ti..., no, no tantos, pero sí treinta o treinta y dos. Y tenía mujer y un montón de hijos. Bueno, ya agarré monte. Déjame

volver al tema de las mentiras.

Dio un profundo suspiro y poco a poco fue recuperando el tono ligero que la hacía simpática.

—Cuando había reunión de borrachos, perdón, de intelectuales, no hacía mal papel si hablaban de literatura. Yo compraba y leía cada semana las novelitas de amor que venden en los puestos de periódicos. El galán es siempre guapo y rico, o pobre, pero guapo e inteligente, y en el último capítulo se hace rico; la muchacha es joven y bella y altamente orgásmica, y hay obstáculos insuperables que vencen juntos, y se casan y son felices hasta que a la siguiente semana, con otros nombres, se ven obligados a vencer, otra vez, obstáculos parecidos. Pero no iba a decir a los amigos de Ángel que yo leía esas novelitas. Cuando me avisaba que esa noche traería amigos, las escondía en un baúl viejo.

(Patricia) Pero si no leías libros, ¿cómo pasabas la prueba de charlar de literatura?

—Te diré mi secreto. Los genios citaban autores que yo desconocía, pero me daba maña para conectarlos con los clásicos. Tampoco los he leído. Pero ¿Quién no sabe, sin haberse quemado las pestañas, de qué tratan *Romeo y Julieta* y *Hamlet*? De éste había visto una película, conocía todo el argumento. Y había visto, con Kirk Douglas, que no es autor de tu tiempo, Patyta, pero te doy un norte: es el padre de Michael Douglas, *La Eneida*, que no me acuerdo si le cambiaron el nombre. Y sobre *El retrato de Dorian Gray*, bueno, ésta la conoce todo el mundo porque hay tres o cuatro versiones en cine, mi preferida es la primera, en la que a George Sanders. ¿Te hablo en chino? Estás muy joven.

Hubo una larga pausa porque, le explicó Patricia al médico, Susana le apretó cariñosamente la nariz, se levantó y marcó unos pasos de baile alrededor del cuarto, festejando sus travesuras.

—Y ni modo que no supiera el argumento de *La divina*

comedia. De ésta hablaba yo con desparpajo y le inventaba cosas porque estaba segura de que ninguno de los gorriones presentes la había leído. Ángel, sí, desde luego, él ha leído todo, y por eso lo ponía furioso que yo opinara. Aunque sólo por minutos, le robaba la luz de los reflectores que sólo deberían estar sobre él. En esas ocasiones me quedaba claro que no me quería. Yo le pasaba por alto sus aventuras amorosas, que no se molestaba en disimular, y él no era capaz de fingir que no advertía mis pequeñas mentiras.

Otra vez hubo un silencio, ahora porque se puso seria. Patricia intentó hacerla reanudar su relato:

(Patricia) Aún no comprendo cómo esas mentirillas los condujeron a la separación.

La pausa en la grabación sigue; cuando vuelve a hablar Susana se percibe que lo hace con esfuerzo.

—Todas habían sido mentirillas, las llamas bien. Pero vino la mentira gorda, cuando le puse los cuernos. Aunque no fue una mentira de larga duración. Ángel me descubrió. Es listo el desgraciado.

(Patricia) ¿Cómo se enteró?

—Una vez me mandó mi Osito una carta cachonda, tan apasionada, que decidí llevarla siempre en mi bolso y volverla a leer en cualquier parte cuantas veces quisiera. Porque entonces los enamorados se comunicaban por carta, que era más romántico que ahora, más comprometedor si tú quieres. Pero ocultabas la hoja de papel perfumada en el seno, a salvo de curiosos. ¿Perfumas ahora un CD y andas con él metido en el pecho?

Hay risitas de ambas mujeres.

— Pero como soy una idiota, por descuido dejé la carta sobre la cama un día que salí de compras. Estoy segura de que Ángel la vio, la leyó y se puso a buscar otras cartas peores que aquélla. Porqué fantaseábamos en la correspondencia el Osito y yo, y el sexo me sabía más rico en sus palabras que en la realidad. Él no era un galán, pero compensaba sus deficiencias con imaginación.

(Patricia) ¿Dejaste la carta a la vista por descuido o deseabas que se enterara?

Susana se ríe con malicia y seguramente con admiración a la reportera.

—No sé. Yo también me he hecho esa pregunta. Tal vez inconscientemente quería darle una lección y desquitarme de su soberbia. Pero conscientemente preparé la separación antes que él conociera mi carteo. En una ocasión me le pegué para acompañarlo a Cuernavaca, donde dio un curso. Por la noche me acosté con él y le regalé una gran despedida, sin que él sospechara que era una despedida. Todavía se relame la jeta cuando se acuerda, estoy segura. Debe haberse amargado al comprender que tuvo a su lado una mujer apasionada y la desperdició. Nunca volví a hacer el amor con él.

(Patricia) ¿Y tu amante? ¿Te enamoraste?

—¡No sé, no sé, no me interrogues como Ángel, que no se sale nunca del disfraz de psiquiatra! Bueno, perdóname. Te diré lo que traigo aquí, dentro, pero sin que me bombardees con preguntas.

Le tomó una mano entre las tuyas para restaurar la armonía.

—Cuando me ilusioné con que Ángel se casaría conmigo, sin que me llamara me fui a vivir con él; ya no se llevaba bien con su esposa... ¡Ay, perdóname de nuevo, estoy hablando de tu mamá! Bueno, más o menos así era, supongo que lo sabes.

—Pronto me convencí de que si cualquiera otra ofrecida hubiera tocado su puerta, como lo hice yo, diciéndole "vengo a vivir contigo", la hubiera aceptado igual que a mí. Para él las mujeres somos herramientas sexuales fabricadas en serie. Pero resultó peor con el Osito. También fui a entregármele (debes estar pensando que soy una arrastrada). Lo había conocido en una de aquellas parrandas de intelectuales, aunque él vivía en Mazatlán. Vino invitado por un invitado. Me conquistó porque me festejaba todas mis babosadas. Además, me hacía sentir deseada con sus mensajes. Pero no ocultaba que era feliz

con su mujer. Hasta abuelo me resultó en esos días. Sin embargo, lo que me importaba, lo que me ha importado siempre, es la ilusión. Cómo anhelé durante mucho tiempo que el Osito fuera a visitarme un día a México, allá vivía entonces, para presentarlo a mis amigas y presumirles. Nunca se animó.

(Patricia) Disculpa que te lo pregunte, pero es necesario: ¿se puso furioso Ángel?

— Se enojó mucho, pero no al grado de ponerse furioso. Él, en su onda. En cuestión de sentimientos ha sido siempre un robot. Aquel día, al volver a casa, encontré la carta delatora en el sitio donde la había dejado. Y aunque habría sido suficiente para que me echara la bronca, pasaron tres o cuatro días en aparente normalidad. Una tarde me llamó a la sala y con aire triunfal me enseñó copias de las cartas que había cruzado con el Osito, sus datos personales, el nombre del hotel en que nos citábamos y los números de las habitaciones que habíamos ocupado. ¿Sabes qué fue lo que me horrorizó? Que no tuviera la expresión de amante engañado, sino la del jugador que en una fiesta de sociedad resuelve con inteligencia y habilidad una charada, y espera el aplauso de la concurrencia. Esto me hizo trastabillar y gritarle insultos, llorar y reclamarle viejas traiciones. Todo al mismo tiempo.

Patricia consideró que era tiempo de parar la entrevista. Se escucha en la grabadora el chasquido de apagar y encender, pero Susana seguía.

—Le dolió el engaño de que viajara con los boletos de avión que cargaba a su cuenta, pero los cuernos no parecían una tragedia para él. No estaba herido en su amor porque no tenía amor para mí. Sí creo que en su orgullo. Le era difícil creer que una de sus mujeres prefiriera a otro. Ni siquiera consideró la posibilidad de una razón profunda.

Las facciones de Susana se contrajeron en una mueca de dolor. Hubo otro largo silencio pero Patricia supo que no debía romperlo antes de escuchar su conclusión.

—Me revolqué en la cama con el Osito en Mazatlán. Y

en Mazatlán había tenido mi padre su familia principal, pues mi mamá era el segundo frente. A veces pienso que, en realidad, fui a vengarme del canalla de mi padre; que supiera en el infierno, donde se encuentra, que heredó a su hija el impulso de batirse en el lodo.

Paréntesis del narrador
(El encuentro de la mujer y "la otra")

El narrador omnisciente está contento de que le ahorre trabajo la habilidad periodística de Patricia; mediante sus entrevistas, obtiene rica información de los personajes de esta novela. Pero son tantos los episodios amorosos que ha vivido el doctor Rodríguez Johnson, que tampoco se debe esperar milagros de Patricia; por buena investigadora que sea, no lo puede averiguar todo, máxime que su interés principal está enfocado en su madre.

A fin de que la periodista enriquezca su conocimiento del psiquiatra, el narrador añadirá aquí un episodio omitido, con la anticipación de una excusa, pues carece el narrador de la autoridad científica con que el doctor Rodríguez Johnson explicaría los motivos y reacciones de los protagonistas.

Ángel había ligado a una estudiante universitaria que no hay que confundir con la que se menciona en el primer capítulo de este libro. Aquélla era delgada, y ésta, a la que llamaremos Carmen, había recibido de la naturaleza dones físicos especiales, asentados en los sitios idóneos del cuerpo femenino. El psiquiatra era dichoso en las sesiones sexuales más o menos frecuentes que celebraba a su lado, no sólo por el goce que proporcionaba a sus sentidos la apasionada (adjetivo que la describe mejor que ningún otro) muchacha, sino también porque su modo desparpajado y alegre de actuar soplabla como brisa fresca en su existencia. A veces, por ejemplo, lo llamaba en horas de trabajo para decirle que estaba en un café tomando un helado, y que si iba en el acto lo dejaría probarlo en su boca. O bien lo invitaba a pasear, tomados de la mano, por un parque céntrico, lo que hacía al médico retrotraerse a los lejanos tiempos de noviazgos estudiantiles.

Esta conducta desenvuelta implicaba riesgos profesionales y también amorosos. Los primeros: hacer esperar a un paciente o encargar tareas a un colega, para correr en busca de Carmen, los libró de una u otra manera. El riesgo amoroso era que Susana, con quien entonces vivía, se enterara de su nueva relación, lo que sin remedio ocurrió. No en balde se había exhibido con Carmen sin cuidarse de rumores y chismes, en lugares públicos. Pero también libró este riesgo en condiciones que merecen contarse.

Carmen debe haber sido una de las últimas usuarias de los apartados postales de correos. Le convenía porque estaban cerca de la Universidad y podía recoger y enviar correspondencia de pasada a casa, muy lejos ésta del centro. Un día recibió en su apartado una breve carta, de hecho, unas cuantas líneas, de Susana. La invitaba a platicar en un café, a las cinco del día que ella escogiera. Carmen llamó de inmediato a Susana y le pidió que fuera a verla esa misma tarde.

El efecto del mensaje fue en ambos el mismo, en cuanto que estuvieron de acuerdo en que Carmen acudiera a la cita. Pero mientras ella se encontraba emocionada, de ninguna manera temerosa, por la próxima experiencia que viviría, el médico se entusiasmaba ante una perspectiva distinta: el encuentro de la mujer titular, como la llamaba *in mente*, con "la otra".

Es bien sabido que tanto la mujer como "la otra" se desviven por conocer más y más de la rival. Examinan largamente las fotos que eventualmente caen en sus manos. Memorizan la imagen si por casualidad la miran personalmente en alguna parte. Reciben mucha información de las amigas, aunque no es información imparcial pues cada una la da en razón del afecto que profesa a la mujer o a "la otra".

"Es una gorda", le dicen; sin embargo, el hombre que ve a la así juzgada, encuentra que es un espécimen apetitoso gracias a sus senos grandes y cierta amplitud de las caderas.

“Es una güera desabrida” ha de traducirse por “una rubia distinguida”; “una prieta vulgar” equivale a “una morena sensual”; “una miope cuatrojos” es una intelectual culta; la que una amiga chismosa califica de “nalgona” levanta inquietudes masculinas cuando camina y mueve su trasero con ritmo; en fin... Carmen envió por telegrama el lugar, fecha y hora de la cita sugeridos por Ángel. Para ambas partes habrá pronto información de primera mano.

Todos los días, después de comer, el médico volvía a la clínica a las cinco de la tarde y dejaba a Susana en el taller donde intentaba aprender a pintar. Aquella tarde, cuando tomó asiento a su lado, envolvió a Ángel en la fragancia de *Dalí*, perfume predilecto de su mujer. Observó que se había puesto ropa de fiesta, nada apropiada para embadurnarse en un taller de pintura, y se había maquillado escrupulosamente. La verdad, se veía bonita. Pero el médico se cuidó de hacer el mínimo comentario. Oficialmente ignoraba lo que sucedía, o más bien, lo que estaba por suceder, aunque estaba orgulloso de controlar el hilo de la trama.

Al llegar al cruce de la calle donde estaba el café, Susana le dijo que bajaría ahí, que su hermana la esperaba para hacer unas compras y luego ella misma la llevaría al taller.

Ángel atendió a los pacientes y comenzó a ponerse nervioso. Había instruido a Carmen para que lo llamara en cuanto terminara la singular plática y le contara qué había sucedido. Pero habían pasado tres horas sin novedad. Cuando se hallan frente a frente la mujer y “la otra” puede suceder cualquier cosa. El psiquiatra estaba seguro de que se conducirían como personas civilizadas, que de ninguna manera habría vociferaciones o violencia, pero, pero...

Cuando al fin sonó el teléfono, las primeras palabras de Carmen lo dejaron helado;

—Mi amor, te hablo de la jefatura de policía.

¿Qué había pasado? Tuvo un segundo de angustia. Pero Carmen agregó enseguida:

—No quise esperar a llegar a casa para llamarte y decirte que todo estuvo bien. Y te hablo de la caseta telefónica que está aquí.

La jefatura de policía se encontraba en el trayecto cotidiano de Carmen. Todo era claro. Pero la alarma de Ángel no se desvanecía fácilmente.

—Por favor, termina de llegar a tu casa y háblame de allá. No me moveré de aquí hasta que me cuentes.

Minutos después reanudaron la charla.

—Tienes una mujer excelente —le dijo Carmen.

—¿Negaste nuestra relación? —le preguntó el médico, sin atender de momento su comentario.

—Ni la negué ni la admití, mi amor. Ella no me dio tiempo. "Tú tienes amores con mi marido. No, no, no te preocupes, no vengo a reclamarte nada. Es un hecho. Vine a conocerte por curiosidad. Eres bonita, demasiado joven para él. En relación contigo, es un viejo"... Perdóname, mi amor, eso dijo, y muchas cosas más. Casi no me dejó hablar.

El doctor Rodríguez suspiró. La verborrea de Susana había facilitado las cosas, gracias a Dios. Y tal vez había contagiado a Carmen pues la oía continuar

—Me habló muchísimo de ella. Que es pintora, me dijo. Y conoce a los clásicos, qué envidia. Habló un poquito de muchos: de las obras de Homero, del Quijote, de Shakespeare. Aunque me duela, mi amor, debes estar orgulloso de ella.

El médico, aliviado de la preocupación, buscó la manera de finalizar la plática pero antes quiso saber cómo iba vestida Carmen, técnicamente "la mala" del dúo.

—De blanco —respondió con voz alegre—, naturalmente, toda de blanco.

El narrado no se atreve a explicar las conclusiones del

encuentro porque, repite, carece de los conocimientos del psiquiatra Ángel Rodríguez Johnson. Pero como no es un narrador cualquiera sino, como lo califican los profesores de literatura, un narrador omnisciente, aprovecha sus facultades para meterse en los archivos del doctor Rodríguez y copia sus anotaciones al respecto.

"Susana, la parlanchina, construyó con su verborrea una personalidad ficticia creíble para una estudiante con escasa experiencia en el trato de personas. Haber gozado esto fue, por sí solo, una compensación a mi alarma.

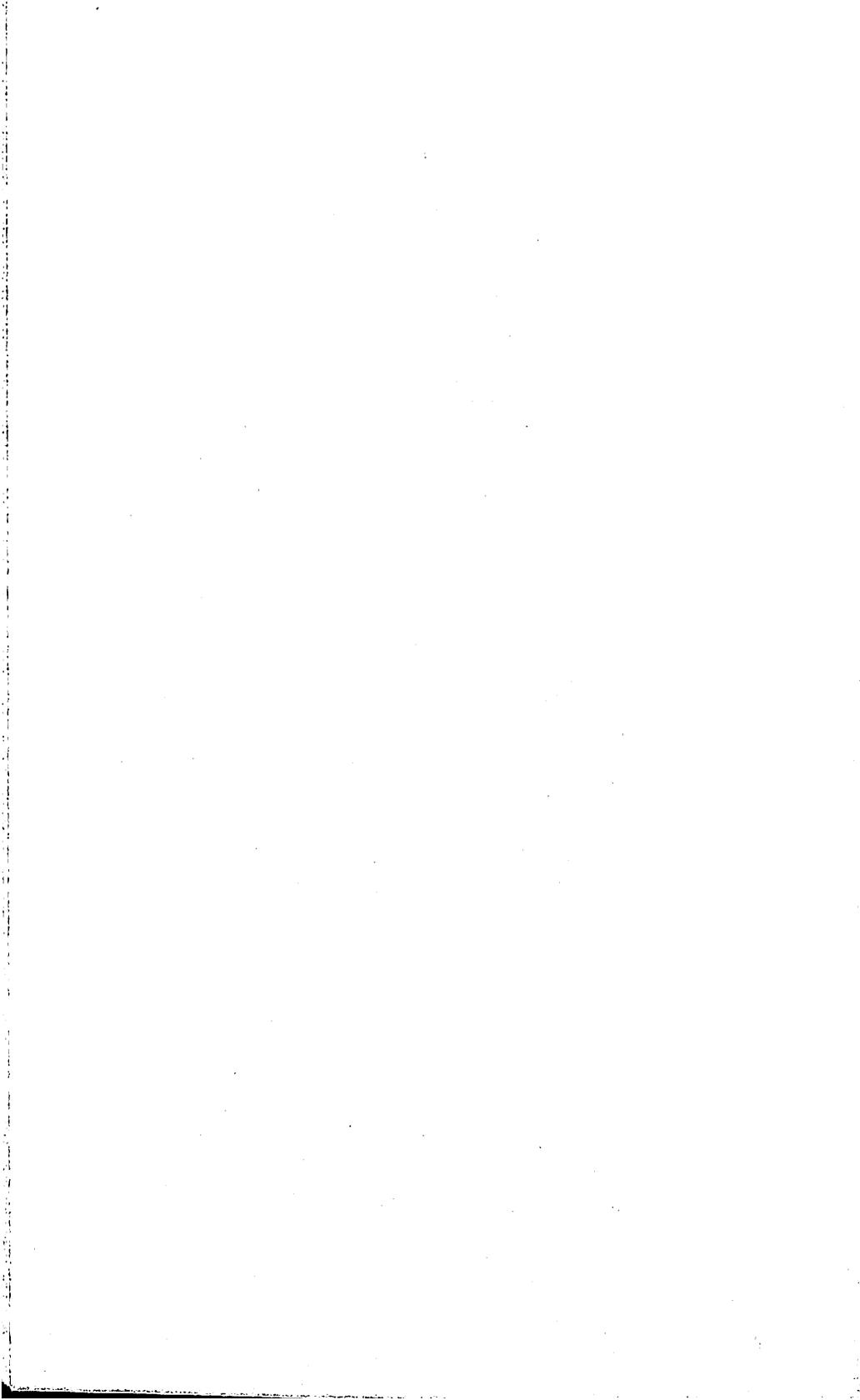
"No compitió con una bruja sino con una joven hermosa y no se exaltó porque consideró que no le iba mal en la comparación; además, al impresionarla con su falso conocimientos de los clásicos y otras mentiras, se sintió superior a la estudiante.

"Por su parte, el hecho de no haber sido agredida con insultos, sino tratada como interlocutora, o más bien, como escucha, hizo a Carmen sentirse feliz y por eso fue generosa con sus conceptos

"Pero el más afortunado fui yo, pues aparte de las enseñanzas que me da el caso, desde el punto de vista profesional estoy satisfecho de haber movido a mi gusto las dos marionetas sin que se enredaran los hilos.

"Esa noche, cuando nos acostamos Susana y yo..."

Las anotaciones siguen, pero el narrador no cree interesante describir la actividad sexual de esta pareja.



VI

El intruso

El doctor Rodríguez extendió la mano tratando de que el movimiento pareciera natural, y la puso sobre la rodilla de Patricia. Ella se volvió a verlo sin aceptar ni rechazar la caricia. Vestía pantalones de algodón y llevaba las piernas cruzadas, lo que apretaba la tela sobre sus formas. A cualquiera le habría sido difícil vencer la tentación de tocar.

Viajaban en avión a Veracruz; de ahí continuarían a Xalapa por tierra.

Habían transcurrido tres semanas del viaje a Guajuato, tres semanas de desesperante deseo para el médico. Cada noche se esforzaba por recordar los detalles de su triple encuentro amoroso con Patricia y no lo conseguía. Habían sido coitos violentos y borrascosos en un lapso de seis horas. No recordaba qué sonidos salían de su garganta mientras la poseía o si guardaba silencio, cómo había separado los muslos, si sus brazos y sus piernas lo habían estrechado mientras empujaba dentro de ella; sabía que había apretado sus senos plenos, compactos, con las manos cuando estuvo montada en él, pero le era imposible revivir la sensación del momento. Ni siquiera lograba evocar la imagen de su cuerpo desnudo, o al menos una parte de su cuerpo, porque habían hecho el amor en la penumbra y había estado siempre untado a ella.

Se maldijo por haberse dormido, fatigado, luego del segundo episodio, en lugar de haberse sentado junto a la cama viéndola dormir y cambiar de posición, boca abajo, con las nalgas saltonas a la vista y abajo, la visión sin secretos de su sexo; o boca arriba, para haber apreciado el tamaño y dibujo de los pechos y aprendido de memorias las líneas delicadas de la vulva. ¡Pudo haberla fotografiado! Se reconoció canalla al pensarlo, como un violador despreciable que toma fotos para venderlas en la cantina.

Patricia oprimió el botón para llamar a la azafata y le pidió una bebida. Él retiró la mano y ella bajó la mesita del servicio, lo que impedía que la volviera a tocar.

Prácticamente a base de ruegos, con fuertes dosis de humillación, había logrado que Patricia aceptara salir con él este fin de semana. Ella ofreció como única opción ir a Xalapa a visitar a su madre. ¡Aceptado! Sería maravilloso ver juntas a las dos mujeres de su vida. De un plumazo y sin conciencia de ello, condenaba al olvido a todas las demás.

Expuso su plan: viajar el viernes a Veracruz en automóvil, pernoctar ahí, y el sábado ir a Xalapa. Ella alegó que estaba a punto de terminar su trabajo y no podía perder mucho tiempo, propuso ir a Veracruz en avión, rentar ahí un auto para seguir a Xalapa; dormirían en casa de su madre o él, si lo prefería, en un hotel, y el sábado regresarían al puerto. Como tú digas.

Llegaron a la ciudad al anochecer. Caía una fina lluvia. Patricia lo guiaba con seguridad por las calles tranquilas.

—Ese es uno de los trabajos de mamá—dijo, al pasar delante de una librería de viejo—; el otro, sus clases en la Universidad.

La casa de Ester, de exterior modesto porque estaba cercada con una cerca de madera rústica y cubierta de plantas y flores, en el interior impresionaba por su elegancia exquisita, gracias a los muebles antiguos de caoba bien trabajada y a los primorosos objetos de ornato: cristalería fina, máscaras y cráneos olmecas, un tapete multicolor, pinturas y grabados de artistas de la región, libros bien empastados. Un marco encerraba una composición fotográfica: Ester, joven mamá, con sus hijos pequeños, Patricia sin bebé.

Las dos mujeres se abrazaron estrechamente. *Las dos son mías*, pensó el doctor, y de inmediato reconoció: *Qué estúpido soy. Ester es de Patricia, Patricia es de Ester. Yo soy un intruso que hace mucho perdió a Ester y soy ajeno al corazón de su hija.*

Ester los invitó a pasar al comedor, donde había preparado bebidas y bocadillos. En las paredes había muchas fotografías y Ángel no reprimió la curiosidad. Se acercó y las examinó con detenimiento. Algunas eran de hombres que no conocía. No vio ninguna suya.

¿Y por qué debería de haberla? Ester hace tiempo me echó de su vida.

Se empeñaba en sentir lástima de sí mismo. En una foto, Ester, con un vestido formal, de pie, observaba al individuo de traje que, inclinado en el escritorio firmaba un libro de buen tamaño.

—¿Y esto?, preguntó, parece que te estás casando.

—Sí—dijo ella—. Fue la última. Pero tampoco funcionó.

Al médico le dio un mareo, aunque no por la palabra "tampoco", que con intención o sin ella lo implicaba. Si había sido su mujer, y sin matrimonio de por medio, la pareja de otros dos, con éste, el de la foto, iban cuatro. ¿Cuántos más habría en su récord?

—Creo que debo quitarla—dijo ella con tono que a él se le antojó frívolo—, pero quedaría un hueco que me echaría a perder la decoración.

Antes de calcular cuántas habitaciones tenía la casa, supo que dormiría en un hotel. Madre e hija no cesaban de mirarse, sonrientes, dichosas, tendrían mucho qué decirse y él estorbaba.

Sólo cuando estuvieron los tres sentados, la miró con atención. Ester estaba muy delgada pero se conservaba, a los cincuenta años, atractiva. No le extrañaría que estuviera de novia o con amante. Llevaba el pelo bien cuidado, sin canas visibles, supuso que teñidas, suavemente ondulado. Sus lentes oscuros ocultaban un ojo enfermo que no tuvo empacho en mostrar: se veía lacrimoso y como fuera de foco. Estaba en tratamiento. Su sonrisa era idéntica a la de Patricia; los pómulos altos le servían de

marco a la boca bien dibujada.

Las mujeres se preparaban cubas. Él se sirvió vino en una hermosa copa de cristal tallado. La luz, multiplicada en los pequeños rombos y círculos, jugaba en la superficie del líquido.

El primer tema fue Antonio. Sabía más de él Ester que Patricia pues se mantenía en permanente comunicación con él. La bronca con su mujer estaba en camino de resolverse. Ester dio un elemento que Ángel desconocía: no estaba casado ni civil ni religiosamente con la bruja.

—Cualquier otro, en esa situación, habría metido en cintura a la mujer con un grito a la policía. Pero Antonio siempre se ha complicado la vida guardando consideraciones a quienes no las merecen. No sabe causar daño. Hablaba con orgullo del hijo lejano. Para Ángel, el retrato de Antonio apenas comenzaba a delinearse. Pero era suficiente para comprender que no participaba en lo que creía una conspiración.

Ester le preguntó sobre sus libros y sus conferencias pero nada de su vida personal. Como que lo excluía ya de la posibilidad de noviazgos y matrimonios. En cambio, se rio con malicia cuando Patricia le preguntó si no la rondaba algún galán.

A la segunda cuba, la charla cobró fluidez, lo que añadido a llamadas telefónicas ratificó que su exesposa era una singular combinación de intelectual y bohemia, cumplida en su trabajo universitario y participante en movimientos sociales. La forma como se conducía, su risa, sus serias apreciaciones, detectaban que el intento de suicidio había sido invención de Patricia. Y al tiempo que reprobaba la mentira, se preguntó, espantado, cómo podía esta muchacha, que había estado desnuda, enfebrecida, en brazos del exmarido de su madre, sonreírle ahora, como si le profesara el amor puro de una hija. Pero ¿no se hallaba él chapoteando en el mismo pantano? ¿No había hecho este viaje a casa de Ester para quitarle luego

marco a la boca bien dibujada.

Las mujeres se preparaban cubas. Él se sirvió vino en una hermosa copa de cristal tallado. La luz, multiplicada en los pequeños rombos y círculos, jugaba en la superficie del líquido.

El primer tema fue Antonio. Sabía más de él Ester que Patricia pues se mantenía en permanente comunicación con él. La bronca con su mujer estaba en camino de resolverse. Ester dio un elemento que Ángel desconocía: no estaba casado ni civil ni religiosamente con la bruja.

—Cualquier otro, en esa situación, habría metido en cintura a la mujer con un grito a la policía. Pero Antonio siempre se ha complicado la vida guardando consideraciones a quienes no las merecen. No sabe causar daño. Hablaba con orgullo del hijo lejano. Para Ángel, el retrato de Antonio apenas comenzaba a delinearse. Pero era suficiente para comprender que no participaba en lo que creía una conspiración.

Ester le preguntó sobre sus libros y sus conferencias pero nada de su vida personal. Como que lo excluía ya de la posibilidad de noviazgos y matrimonios. En cambio, se rio con malicia cuando Patricia le preguntó si no la rondaba algún galán.

A la segunda cuba, la charla cobró fluidez, lo que añadido a llamadas telefónicas ratificó que su exesposa era una singular combinación de intelectual y bohemia, cumplida en su trabajo universitario y participante en movimientos sociales. La forma como se conducía, su risa, sus serias apreciaciones, detectaban que el intento de suicidio había sido invención de Patricia. Y al tiempo que reprobaba la mentira, se preguntó, espantado, cómo podía esta muchacha, que había estado desnuda, enfebrecida, en brazos del exmarido de su madre, sonreírle ahora, como si le profesara el amor puro de una hija. Pero ¿no se hallaba él chapoteando en el mismo pantano? ¿No había hecho este viaje a casa de Ester para quitarle luego

a su hija e ir a gozar de su cuerpo?

Dos horas después alegó que estaba cansado, lo cual no era cierto, y preguntó por un hotel. La insinuación para que se quedara fue débil. Ester le dio una tarjeta con la dirección y el teléfono de la casa *para lo que se te ofrezca*. Y precisó:

—Ven a desayunar mañana a las nueve o las diez, a la hora que te acomode. Te esperaremos.

—Bien, yo las invitaré a comer en el mejor restaurante de Xalapa, antes de que regresemos a México.

—¿Regresar? ¿Mañana? —había desilusión en su voz.

—Patricia tiene prisa por terminar su trabajo. Ya te platicará la insensatez que se trae entre manos —lo dijo sonriendo para suavizar la interpretación de sus palabras.

Las dos mujeres salieron a la calle con él para señalarle el rumbo hacia el hotel.

—Es sencillo. Das vuelta aquí, otra vuelta allá, derecho, frente a un jardín.

Ahora la lluvia era más tupida, pero no les importaba mojarse. Estaban felices.

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

VII

Solo

Aunque habían pasado diez días del viaje a Xalapa, no se diluía su amarga frustración. Había llegado a casa de Ester aquel sábado, a las diez de la mañana, con su maleta lista en la cajuela, bañado y hambriento, con pantalones y zapatos blancos y una guayabera marrón de mangas cortas. Las mujeres elogiaron amablemente su aspecto. Estaban de excelente humor.

A la mitad del desayuno: fruta variada, una jarra de jugo de naranja, huevos huastecos, café fuerte, Patricia le dio la noticia como si hablara del clima:

—No regresaré contigo, Ángel, lo siento tanto. Comprenderás que tengo hambre de estar con mamá. No la había visto en casi dos años.

Le había puesto una mano sobre la suya pero él no la sentía; trataba de masticar el trozo de tortilla con huevo que tenía en la boca, para no vomitarlo.

—Volveré a México en autobús el domingo por la noche, tal vez el lunes temprano.

—¿Y tu trabajo? —alcanzó a decir, aunque no tenía fuerzas para argumentar.

—Avanzaré. Mamá me ayudará a redondear algunas ideas. Es otro motivo para quedarme.

—Pero sin grabadora —dijo Ester, que entraba con una tanda de tortillas calientes. Y ya sabes que mi método de corregir es tachar.

Las dos se rieron tontamente.

De ser así, improvisó, le convenía partir cuanto antes porque podría localizar a un viejo amigo —dijo un nombre que hoy había olvidado— antes de tomar el avión.

Le urgía huir, echar madres a grito abierto en la carretera, declararse el más pendejo del mundo, beberse una botella de vino o de tequila en el bar del aeropuerto.

En plena carretera se había acordado de súbito de la composición fotográfica en que se veía a Ester con sus niños pequeños. ¡Uno de ellos debe haber sido Octavio, su hijo muerto a corta edad! No había tenido la delicadeza de identificarlo, al menos de mencionarlo.

¿Cómo habría sido su vida si hubiera seguido casado con Ester? ¿Le habría sido ella fiel o se hubiera desviado hacia los mismos hombres con quienes se acostó? Y más atrás, más atrás, ¿qué habría sido de él si lo hubiera envenenado, como a sus hermanas, el doloroso recuerdo de las acciones de su madre? Y en última instancia, ¿importaba buscar respuestas si ya todo se había derrumbado?

Era un viejo, un sátiro corriendo, jadeante, en pos de una ninfa adolescente a la que no daría alcance nunca. La dignidad que casi todos los hombres ganan con los años, a él le estaba negada. Pensó en las miradas insinuantes y en las sonrisas que dirigía a las mujeres durante las conferencias; se derretían las sesentonas, las viejas cursis de pobre físico, pero las jóvenes deseables se burlaban de sus poses.

Ahora, en su consultorio, buscaba argumentos para combatir sus amargas conclusiones. Eran muchos sesenta años pero conservaba aceptable potencia sexual. Es cierto que de cuando en cuando necesitaba ciertos estímulos, "travesuras" de amantes comprensivas. Pero no quería renunciar a las mujeres jóvenes y que sus devaneos lo hicieran parecer ridículo no le importaba. Decidió buscar a Patricia de manera incesante y mantenerla como amante por meses, por años. El placer que su cuerpo espléndido le diera apagaría los prejuicios.

Por el teléfono interior, Rubén Olmos, el psicólogo, le avisó que necesitaba verlo. "Te espero", le contestó. Hundirse en el trabajo no eliminaría su amargura pero la atenuaría.

Rubén era capaz en su profesión y estimado por todos en la clínica. Confiaba en él. Solía entrar al despacho de su jefe con desparpajo y plantear de modo sencillo y

directo el asunto a tratar, pero ahora se advertía en su actitud cierta cortedad, algo inusual que Ángel captó de inmediato.

—¿Qué pasa?, le preguntó.

—Bueno, el asunto es que...

¿Qué se trae éste?

—Me considero obligado a decírtelo, a solicitar tu opinión... Aunque no eres su padre, como si lo fueras, porque estuviste casado con su madre.

Le dio una maroma el corazón.

—¿Patricia? —preguntó y se le acumularon en el cerebro tumultuosas conjeturas.

—Patricia, sí. Hemos trabajado juntos más de un mes, nos hemos tratado. Es la muchacha más hermosa e inteligente que he conocido.

—¿Y?

—Hemos salido tres veces. Quería que lo supieras.

—Bueno, me doy por enterado.

El psicólogo no supo cómo interpretar la actitud hosca del psiquiatra y se dispuso a retirarse. Ángel le preguntó:

—¿Qué tan lejos ha llegado esa relación?

Rubén volvió a su lado de una zancada:

—¡Jamás llegará a una falta de respeto, eso te lo juro! La quiero limpiamente. Y la verdad, no me he atrevido a preguntarle si también me quiere. Pero mis propósitos..., tú me conoces hace tiempo, sabes que soy soltero...

Hablaba atropelladamente. Ángel lo detuvo con un gesto de la mano, inició un remedio de sonrisa y dijo:

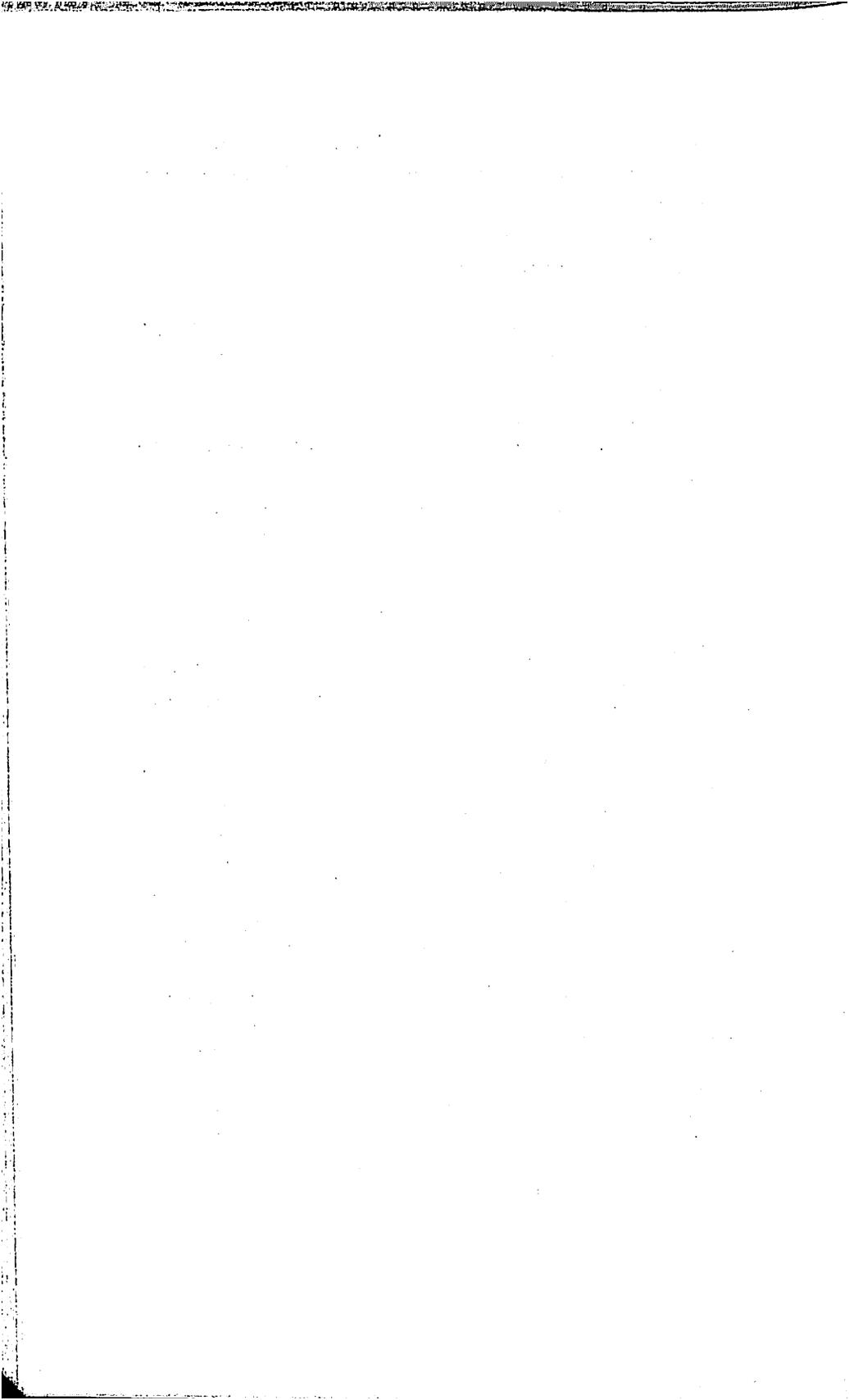
—Eres soltero, aunque el matrimonio es el estado perfecto del hombre.

Soltaron una carcajada, alegre la de Rubén, que se echó en los brazos de Ángel y le palmeó la espalda con energía.

Cuando salió, felicísimo, el psiquiatra marcó el número de su secretaria.

—Ni visitas ni llamadas, le dijo, quiero estar solo.

No se trataba de querer: estaba solo. Solo, de soledad.



Epílogo

Querido Ángel:

Te escribo con la cabeza gacha porque así estoy desde que recibí tu regañada. Te imagino enfurruñado y repitiendo: ¡Mira que asegurarme que avanzaba en el trabajo académico, cuando en realidad iba que volaba en su novela! Mamá fue mi cómplice. Revisó los textos y me ayudó, sobre todo a tachar. ¡A ver si te atreves a regañarla a ella!

Ahí te va un ejemplar de la novela. Guárdate el rigor científico y húndete en la ficción para que la disfrutes, y si crees que algunos episodios son verdaderos, ¡cuidado con andar de chismoso!

Te prometo, ahora en serio, que la tesis estará lista en dos meses... contados a mi regreso del viaje de luna de miel. Te mandaré el borrador con media docena de lápices para que también taches a tu gusto.

Te recuerdo que faltan tres semanas para mi boda. Mis padrinos, mamá y mi hermano, se reportan listos. Pero mi amado Rubén está de nervios porque teme que a la hora de la verdad te vayas a dar una conferencia o aceptes ser sinodal en un examen por el pago prosaico. No se atreve a decírtelo, por eso te lo digo yo, y agrego: si lo lastimas con tu ausencia, ¡te mato!

Besos de novelista, Paty.

Tomó el libro, oloroso a nuevo, y comenzó a leer la primera página:

I

La opinión del experto

—Me acerco, señoras y señoras, al final de esta larga conferencia, y veo con angustia que tendré que cerrarla con la confesión de un fracaso. Y es que he disertado durante más de una hora sobre diversos aspectos del amor, de su

posible origen, su evolución, sus efectos..., y dejaré pendiente, porque no quiero ponerlos tristes, su desvanecimiento..., y soy incapaz aún de definirlo. Si preguntamos qué es el amor a un joven soltero y a un anciano, a una pareja de recién casados...

Índice

Primera parte

I. La lección del experto	07
II. Prostitución visual	15
III. ¿Hay una fórmula para seducir?	19
IV. Las mujeres crean adicción	23
V. El divorcio, ¿fracaso o libertad?	27
VI. Entre Gracia y Ester	31
VII. ¿Qué es una mujer?	35

Segunda parte

I. ¡Maravillosamente solo!	47
II. Ayudante de sexólogo	51
III. ¿Por qué unirme a un viejo?	57
IV. Edades distintas, mundos distantes	61
V. La sorpresa y sus efectos	69
VI. ¿Qué maldito libro es éste?	73
VII. La misma medicina que me tragué	77
VIII. Sed de sexo	81
IX. Seremos amantes	85

Tercera parte

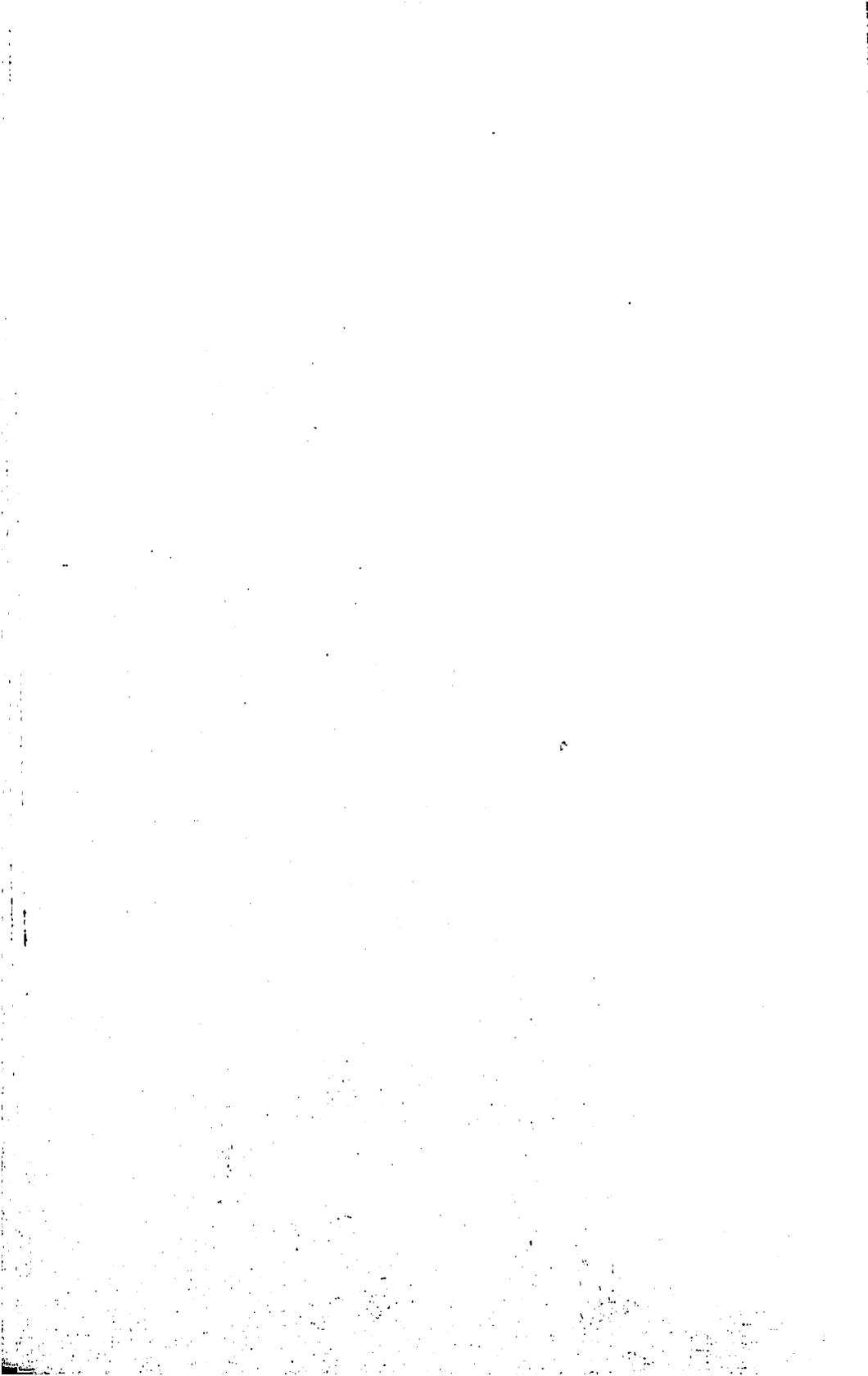
I. Escondía a una amante fea	91
II. ¡Qué envidia de tener una hija así!	97
III. El tercer camino	101
IV. La razón profunda de Susana	107
V. Paréntesis del narrador (El encuentro de la mujer y "la otra")	115
VI. El intruso	121
VII. Solo	127

Epílogo	131
---------------	-----

Lecciones de sexología

Se terminó de imprimir en abril de 2016
La edición estuvo a cargo del autor y la
Coordinación Editorial y de Literatura del ISC
Se utilizó la fuente Palatino de 8, 9, 11 y 12 puntos





**Obras ganadoras del
Concurso del Libro Sonorense 2014**

Carne tan frágil

Miguel Ángel Aispuro Ramírez

Cuento

*Instrucciones para armar la
historia de Ferreira Lopes*

Armando Zamora

Poesía

Kafka en traje de baño

Franco Félix

Crónica

*Hiphoplogía, prevalencia del ejercicio poético
urbano en la era de la imagen*

Salvador Alejandro

Ensayo

Lecciones de sexología

Carlos Moncada

Novela

El placer de la catástrofe

Salvador Alejandro

Dramaturgia

**Obras ganadoras del
Concurso del Libro Sonorense 2014**

Carne tan frágil

Miguel Ángel Aispuro Ramírez

Cuento

*Instrucciones para armar la
historia de Ferreira Lopes*

Armando Zamora

Poesía

Kafka en traje de baño

Franco Félix

Crónica

*Hiphoplogía, prevalencia del ejercicio poético
urbano en la era de la imagen*

Salvador Alejandro

Ensayo

Lecciones de sexología

Carlos Moncada

Novela

El placer de la catástrofe

Salvador Alejandro

Dramaturgia

**Obras ganadoras del
Concurso del Libro Sonorense 2014**

Carne tan frágil

Miguel Ángel Aispuro Ramírez

Cuento

*Instrucciones para armar la
historia de Ferreira Lopes*

Armando Zamora

Poesía

Kafka en traje de baño

Franco Félix

Crónica

*Hiphoplogía, prevalencia del ejercicio poético
urbano en la era de la imagen*

Salvador Alejandro

Ensayo

Lecciones de sexología

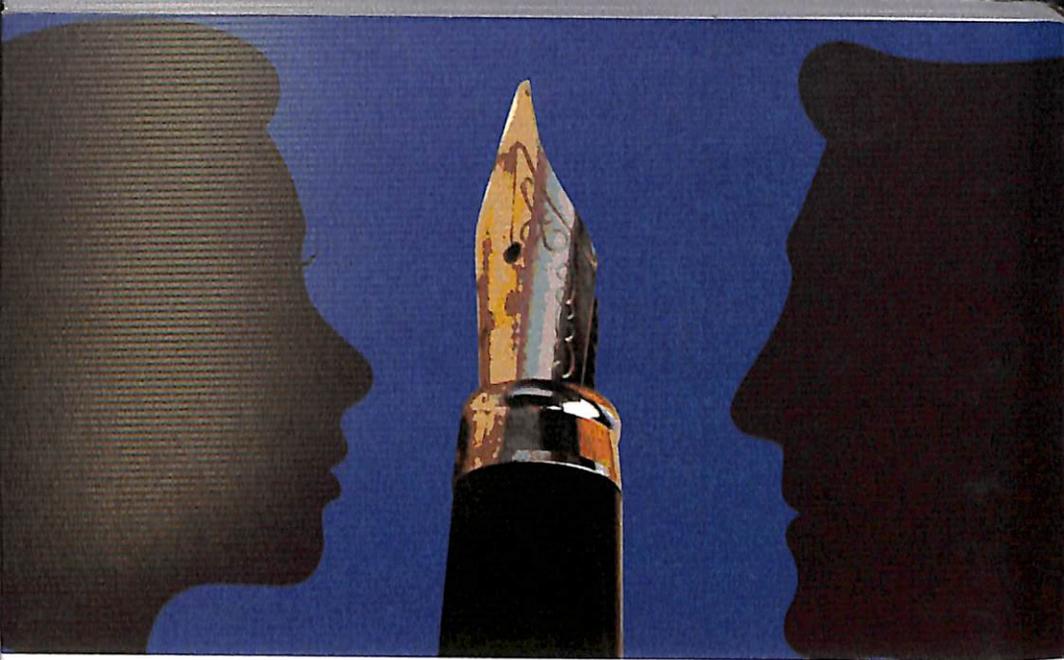
Carlos Moncada

Novela

El placer de la catástrofe

Salvador Alejandro

Dramaturgia



Después de una exitosa carrera como conferencista sobre temas de amor, el Doctor Ángel Rodríguez regresa a Sonora en donde se encuentra con Patricia, joven estudiante de periodismo, quien con su inteligencia, astucia y coqueteo seductor, le hará cuestionarse todo lo que creía saber sobre las mujeres.

En su segunda novela, *Lecciones de sexología*, ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2014, Carlos Moncada regresa al tema que le apasiona y divierte: la mujer y su sensualidad, especialmente escrita de manera sencilla, breve y ágil, esta novela destaca por su visión tragicómica de la vida, describe de forma amena el laberinto cotidiano de la pasión, la fantasía y lo que cada uno de sus personajes cree que es el amor.

ISBN 978-607-7598-96-1



9 786077 598961 >



Gobierno del
Estado de Sonora



Instituto
Sonorense
de Cultura

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

